UN THRILLER DE TERROR APOCALÍPTICO



BAJO EL CIELO ROTO

LIBRO 8

NICK CLAUSEN

CONTENIDO

PREFACIO
1. CAMILLA
2. NORA
3. GINA
4. CAMILLA
5. NORA
6. NICK
7. TOMMY
8. GINA
9. TOMMY
10. JOHN
11. TOMMY
12. FRITZ
13. ALICIA
14. MARK
15. TOMMY

16. NORA
17. FRITZ
18. TOMMY
19. NORA
20. GINA
21. TOMMY
22. MARK
23. TOMMY
24. ANTON
25. TOMMY
26. MARK
27. GINA
28. FRITZ
29. MARK
30. ANTON
31. GINA
32. NICK
33. MARK
34. CAMILLA
35. GINA
36. GINA
GRACIAS

PREFACIO

Para aprender lo bueno, mil días no bastan.
Para aprender lo malo, una hora basta.
—Dicho Chino

1

CAMILLA

—¡Camilla!

Parpadea y vuelve en sí.

Mark la sujeta firmemente por los hombros, mirándola a los ojos. Todavía están en el apartamento de Erika.

—Tienes que sacarte esa idea de la cabeza —dice—. Nadie va a matar a nadie. Vamos a bajar y vamos a hablar. Lo resolveremos. ¿De acuerdo?

Camilla parpadea de nuevo.

—De acuerdo, Mark. Te oigo.

—¿Sí? —pregunta él, examinándole la mirada.

No está segura de cómo luce su rostro, pero cree que logra esbozar una sonrisa.

—Alto y claro.

Mark la observa unos segundos más. Luego su expresión se suaviza y dice:

—Bien. Vamos.

—Solo… por favor… Déjame asearme un poco.

Mark sonríe.

—Estás bien.

—No —dice ella—. Estoy horrible. Será solo un minuto.

Va al baño, cierra la puerta y se mira en el espejo. Parece una enferma terminal. Coge un paño limpio del armario, lo empapa con

agua caliente y se lava la cara. Luego encuentra una toalla y se detiene un instante para inhalar el olor a suavizante. Está mezclado con otra cosa. Algo parecido al humo. Cuando vuelve a mirar al espejo, entiende por qué.

Allan está de pie tras ella, con los brazos cruzados y un cigarro encendido colgándole de los labios. El humo se eleva frente a su rostro, y él cierra un ojo, como si le guiñara.

—Cuánto tiempo sin vernos.

—Vete a la mierda —susurra Camilla—. Eres lo último con lo que necesito lidiar ahora mismo.

—No estoy aquí para que lidies conmigo, Camilla. No soy del tipo insistente. ¿Recuerdas? Esperé educadamente a que tú dieras el primer paso antes de que yo…

—¡Cállate! —sisea Camilla, girándose en seco. Está muy cerca de atacarlo. De ir a por su cara, arrancarle los ojos con las uñas. Lo que la frena es saber que no es real, y que interactuar con él solo hará más fuerte la alucinación—. No pienso hablar contigo.

—Creo que es lo más sensato —dice él con calma, mientras ella se dirige a la puerta—. Si me preguntas, ya no hay nada que hablar. Una pena que Mark no lo vea así, ¿eh?

Camilla titubea con la mano en el pomo.

«¡Ve!», le ordena su mente. «¡No escuches! ¡No le respondas! ¡Solo márchate!»

Pero no puede evitarloy mira a Allan.

Dando una larga calada al cigarro, deja caer la colilla y la aplasta con el talón de la bota, manchando de negro las caras baldosas.

—Esa mujer que está ahí abajo, si tiene un mínimo de sentido común, saldrá pitando en cuanto Mark le cuente lo que ese tipo que se llevó a Danny quiere de ti. ¿De verdad crees que se va a quedar con gente que la mandaron a matar? ¿Tú lo harías?

Por fin la mira, alzando una ceja, lanzándole esa mirada de chico malo que aún recuerda. Para su horror, se da cuenta de que le sigue resultando atractiva. Parte de lo que la enamoró de Mark —una gran parte, de hecho— fue precisamente esa actitud de chico malo.

—Eso es —dice Allan, sonriendo, como si ella hubiera dicho algo en voz alta—. Toda dama necesita un chico malo de vez en cuando,

aunque no lo reconozca. Alguien que se ensucie las manos. Que haga lo que haga falta —Abre los brazos. Lleva una camiseta ajustada bajo el chaleco, que deja ver sus bíceps bronceados—. Mira, si estuviera aquí de carne y hueso, con gusto te haría el favor. Bajaría y le volaría los sesos antes de que pudiera decir «hola». Sería pan comido. Incluso podríamos quedar en paz. Sé que te destrocé un poco, con todo lo que te hice, pero ayudarte a recuperar a tu niñito nos pondría a mano, ¿no crees?

—Sí… —dice Camilla. Las palabras suenan forzadas, como si no quisieran salir, pero no las controla—. ¿Puedes… puedes hacerlo?

Allan chasquea los labios.

—Lo siento, no. Como te dije, solo soy un fantasma, ya sabes… como Patrick Swayze. Igual de sexy.

Allan vuelve a sonreír, y Camilla siente un escalofrío recorrerle la espalda.

—Me voy —dice Camilla, girándose hacia la puerta.

—Sí, vete —dice Allan con tono despreocupado—. Probablemente sea lo mejor. Ve con tu noviecito blandito y deja que él hable. A ver si así recuperas a Danny.

Camilla se detiene otra vez con la mano en el pomo. Cierra los ojos y las lágrimas vuelven a brotar.

—Mira —dice Allan, suspirando—. Siento toda esta mierda de situación. Espero que sepas que yo no tengo nada que ver con esto. Lo juro por Dios. Solo soy el tipo que te jodió cuando eras una cría. Ni siquiera sé por qué estoy aquí. Lo de robar bebés no va conmigo. La verdad, me parece asqueroso. Ese tío flacucho… ¿Fritz, era?… ese necesita una buena paliza, si quieres mi opinión. Y te juro que se la daría con gusto, pero… en fin, por cobarde que sea, no creo que quieras enfrentarte a él. Lo digo en serio. De verdad creo que no tendría el menor reparo en matar a un bebé.

Camilla se da la vuelta y lo fulmina con la mirada.

—Deja de hablar. Ahora mismo.

Allan levanta las manos como si ella le apuntara con una pistola.

—Lo siento, preciosa, pero no puedo. Tienes que oírlo. Porque por lo que sabemos, ese psicópata podría estar arrancándole ahora mismo las uñas a Danny con unos alicates y…

—¡Cállate! ¡Cállateeeee!

Camilla grita tan fuerte que se hace daño a sí misma.

Allan deja de hablar. Solo la mira con sinceridad.

—¿Camilla? —dice la voz de Mark a través de la puerta, llena de preocupación. Agarra el pomo, pero la puerta está cerrada con llave. Qué curioso. Camilla no recuerda haberla cerrado—. ¿Estás bien?

—Estoy… bien —dice Camilla sin apartar la vista de Allan—. Solo fue… nada.

Allan sonríe con ironía.

—Yo no me describiría como «nada», pero bueno.

—Por favor, abre la puerta, Camilla.

Ella se da la vuelta para hacerlo, cuando Allan dice con voz tranquila, casi afectuosa:

—Si él no lo hace, tendrás que hacerlo tú. No hay otra manera, Camilla. Y lo sabes.

Ella duda un segundo más, luego abre la puerta.

Mark entra, mirándola de arriba abajo, escaneando la habitación.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha sido él? ¿Allan?

Camilla asiente. No tiene sentido negarlo.

Mark la toma por los brazos.

—¿Qué te ha dicho?

Inhala temblorosamente.

—Lo de siempre. Burlarse. Intentar meterse en mi cabeza.

«¿Por qué no le estás diciendo la verdad?»

—Lo siento —dice Mark—. Ya tienes bastante con todo esto.

Por alguna razón, la compasión sincera que oye en su voz la enfurece. No tiene sentido. Una parte de ella sabe que está reaccionando así por todo lo que arrastra. Está hecha polvo; alguien que ha aguantado a un tipo como Mark durante años no puede estar bien. Y aun así, algo la hizo quedarse con él, incluso después de lo de Erika.

Ese algo es la chica rota que lleva dentro, la niña que sufrió abusos y luego se calló porque no podía confiar en los que se suponía que debían protegerla. La que no cree que merezca a un hombre de verdad, alguien que la quiera bien. La que prefiere a un tío jodido, una bomba de relojería, alguien que tarde o temprano la

decepcionará, porque al menos eso ya lo conoce y sabe cómo manejarlo.

Y ahora que por fin necesita que Mark sea ese tipo dispuesto a saltarse unas cuantas reglas morales, él se ha vuelto blando.

—¿Cariño? —pregunta Mark, sacándola de sus pensamientos—. ¿Estás segura de que estás bien?

Camilla le toma la mano.

—Prométeme que recuperaremos a Danny.

Mark le besa la mano.

—Te lo prometo. Lo recuperaremos.

Camilla rompe a llorar otra vez. Parece que no ha dejado de hacerlo desde que Alicia se llevó a Danny. No puede evitarlo. Se derrumba en los brazos de Mark. Él la sujeta y la abraza con fuerza. Se quedan así durante medio minuto, Camilla sollozando, Mark acariciándole el cabello, diciéndole que todo irá bien.

Finalmente, las lágrimas cesan. Camilla se seca el rostro con la manga, ya empapada.

—¿Estás lista? —pregunta Mark.

Ella asiente.

—Perfecto. Vamos.

Le toma la mano derecha y la lleva hasta la puerta principal.

Menos mal que no le tomó la izquierda, porque entonces habría notado el arma.

Mientras cruzan juntos el apartamento, Camilla desliza el arma en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Es un poco grande para que quepa del todo, pero al menos no se cae.

Mark abre la puerta principal y sale al rellano. Camilla lo sigue y ve a Allan de pie, apoyado en la pared, encendiendo otro cigarro como si ni siquiera la viera.

Luego, cuando empiezan a bajar las escaleras, Allan levanta la mano, hace un gesto de aprobación con el pulgar y muestra una sonrisa amplia.

2

NORA

—Es demasiado tarde… No puedo desactivarla… No, por favor, no… ¡Haz que pare!

Nora se despierta, sintiéndose inmediatamente molesta. Es la quinta vez que el chico la despierta. Está en la litera de al lado, dando vueltas. No deja de murmurar algo sobre una bomba que necesita desactivar. A menudo llama a su padre para que le ayude.

Nora lo fulmina con la mirada. «Por el amor de Dios, ¿quieres dormirte de una puta vez?»

Se incorpora y se pasa las manos por el pelo. Aún está oscuro, y a su alrededor la gente ronca plácidamente. Mira el reloj. Las agujas y los dígitos brillan en la oscuridad. Fue un regalo de cumpleaños de Nick, cuando ambos cumplieron veinte años. Ella le regaló uno casi idéntico. No lo habían hablado antes. Fue una de esas muchas y extrañas no-coincidencias.

Son las cinco y media. Demasiado temprano para levantarse, su turno en la cocina no empieza hasta las siete cuarenta y cinco, pero no hay manera de que vuelva a dormirse.

—Pero va a explotar todo… Tengo que detenerla…

Tommy sigue susurrando, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Es muy normal, y Nora debería tener paciencia con él. Casi todas las personas que llegan aquí sufren pesadillas los primeros días.

Dependiendo de la gravedad del trauma, incluso puede llevar semanas.

Pero, tarde o temprano, lo que les atormenta en el subconsciente vuelve a hundirse y se queda ahí. Cuando le pasó a Nora, sintió alivio. Nick estaba muerto y no había nada que pudiera hacer, así que prefería, simplemente, olvidar el dolor.

Ese chico carga con una culpa enorme. Está claro que no puede hablarlo con él a la cara, pero por lo que Nora ha ido captando en sus desvaríos nocturnos, él mismo fabricó y activó una bomba que mató a varios. Así que, claro, se entiende el apodo que le puso Fritz.

No sabe por qué le encargaron a ella ocuparse de él. Tal vez, simplemente, estaba más cerca cuando Fritz llegó con él. En cualquier caso, lo detesta y cuenta los días hasta que pueda valerse por sí mismo. Hasta ahora, Nora ha sido prácticamente su cuidadora personal. Si no lo empuja, se queda ahí sentado con la mirada perdida. Es ella quien tiene que llevarlo a la cocina a la hora de comer, ponerle el plato delante, decirle que coma. Incluso lo acompaña al baño. Y justo ayer empezó a enseñarle el trabajo que va a tener que hacer: transportar suministros.

Nora ha notado que el flujo de recién llegados por fin se ha estabilizado. Empezaba a preguntarse cómo iban a meter a más gente en los barracones, pero entonces Fritz dejó de traerlos. No sabe cuántos son en total, pero deben de ser varios cientos, si no miles.

Nora no se siente en casa aquí. Agradece que este lugar le ayude a mantener a raya los pensamientos sobre Nick, pero no siente la motivación que parece mover a tantos otros. Es casi como si, al llegar, hubieran encontrado un propósito.

Tal vez sea porque Nora aún tiene asuntos pendientes, y es algo que debe mantener en secreto. Porque si alguien descubre lo que está planeando, la expulsarán inmediatamente. O peor: podría acabar como el Portero. Ayer, Fritz ordenó deshacerse del pobre hombre, y todo porque los cuervos seguían entrando en el hangar y arrancando pedazos de carne del cadáver, dejando trozos esparcidos por el suelo.

Y aun así, es un riesgo que Nora está dispuesta a correr.

Necesita hacerlo.

Por Nick.

La chica no puede salirse con la suya.

Ha visto a Nick varias veces ya. Siempre de forma fugaz. De repente aparece junto a ella, observándola en silencio. En cuanto gira la cabeza para mirarlo, desaparece.

Sabe por qué está aquí, por supuesto.

Nora robó un cuchillo pelador de la cocina junto con dos gomas gruesas. Ahora lleva el cuchillo sujeto a la parte exterior de su tobillo izquierdo, oculto bajo la pernera del pantalón. En cuanto tenga la oportunidad, lo usará para cortarle el cuello a la chica. Igual que ella se lo cortó a Nick.

Pero tiene que hacerlo sin que la pillen, y eso es lo difícil. Podría haberlo hecho ya una docena de veces, cada vez que se cruzaban por casualidad durante el día. Y no era fácil evitarlo, porque la chica trabajaba en el departamento de limpieza, justo al lado de la cocina. Nora podría haberse acercado, colocarse detrás de ella, sacar el cuchillo y acabar con todo.

Pero prefiere hacerlo sin que la descubran. No sería el fin del mundo si la atrapan y la matan. Nora no tiene mucho por lo que vivir, pero no quiere que la torturen primero.

Además, hay una amenaza aún mayor: si la atrapan en el acto pero logra escapar, nunca podrá volver al Palacio. Y eso significa que tendrá que enfrentarse de nuevo a todo el dolor y la pena que el lugar le ha ayudado a enterrar con éxito en lo más profundo.

Así que no hay duda. La chica debe morir. Pero nadie puede saber que fue Nora quien lo hizo.

Estuvo a punto de lograrlo anteayer. Coincidieron en las duchas. Nora no se dio cuenta enseguida de que la chica estaba allí, porque había media docena de mujeres duchándose también. Luego, algunas terminaron, y de repente solo quedaban Nora, la chica y una mujer gorda. Fue entonces cuando se miraron, y la chica se apresuró a terminar y se fue al vestuario.

Nora cerró el grifo, dejando el champú en su pelo, para seguirla.

Estaban solas en el vestuario. La chica se vestía aún mojada, claramente queriendo alejarse de Nora.

Nora fue directa a por su ropa. Dormir y ducharse eran los únicos momentos en los que no podía llevar encima el cuchillo, así que lo escondía en el zapato. Lo sacó, lo mantuvo discretamente a un lado y rodeó las taquillas hasta acercarse a la chica. Estaba de espaldas. Acababa de ponerse el sujetador y ahora intentaba colocarse una camiseta negra, pero como tenía el pelo mojado, la tela se le pegaba al cuerpo y peleaba con ella, cada vez más nerviosa.

Tenía todo el costado expuesto. Nora había imaginado mil veces cómo le cortaba el cuello, pero se conformaría con clavarle el cuchillo en el hígado.

Acelerando el paso, los pies descalzos de Nora no hacían ruido sobre las baldosas, y su vista se centró en el punto blando justo encima de la cadera de la chica.

Cuando estaba a solo dos pasos, la puerta se abrió y entraron cuatro mujeres. Nora pasó de largo junto a la chica, que ni siquiera se percató. Volvió a por su ropa y, con el corazón desbocado, escondió el cuchillo, se secó el cuerpo, se vistió y simplemente salió del vestuario.

Estuvo tan cerca.

Pero tendrá otra oportunidad. Solo necesita mantenerse atenta. No es que vayan a irse a ningún sitio. Tarde o temprano, volverán a encontrarse a solas, y Nora estará lista.

3

GINA

—¿Por qué tarda tanto? —pregunta Anton, moviéndose en su asiento.

Siguen en la parte trasera del camión. Está al ralentí frente a la puerta del número 118. A través de la ventanilla se distingue el edificio. Tiene una marquesina grande sobre la puerta de cristal, que podría romperse con relativa facilidad, pero Gina no ve motivo para hacerlo. Necesita un código para desbloquearse, y Mark tiene ese código.

—Estoy segura de que llegará en cualquier momento —dice.

—¿Cómo le conoces? —pregunta Lisa. Le agarra el brazo a su padre con una mano y acaricia la cabeza de Rex con la otra.

—Nos conocimos brevemente durante el primer incidente —responde Gina—. Nos interrogaron juntos. Fue tu padre quien dirigió las entrevistas.

—Claro. O sea que no le conoces de verdad, ¿no?

Gina niega con la cabeza.

—Sé que es inmune. Y creo que ha conseguido liberarse de su fantasma.

—¿Pero no sabes cómo es?

—Estoy seguro de que podemos confiar en él —dice John, antes de que Gina pueda contestar—. Y si tenemos la sensación de que no, nos marchamos. No pasa nada.

Lisa se lo piensa un momento.

—¿Está solo?

—Está con su pareja. Y con su hijo. Por lo visto, ella dio a luz hace muy poco.

—Oh. —Eso parece calmar un poco a Lisa. Luego, su expresión vuelve a oscurecerse—. Qué momento para tener un bebé.

—Sí, debe de ser muy...

Llaman a la ventanilla.

Nick señala hacia adelante.

Gina distingue las siluetas tras la puerta de cristal: una pareja joven. Reconoce a Mark, aunque ha cambiado desde la última vez que lo vio. Sigue llevando la cazadora de cuero, pero prácticamente es lo único que permanece igual. Está bien afeitado, recién duchado, y sus ojos parecen más vivos. No es que antes Mark fuera alguien apagado o ausente —de hecho, Gina siempre lo había percibido como una mezcla de agudeza y tensión constante—, pero ahora hay algo distinto en él. Parece más presente, más consciente de sí mismo y de lo que le rodea.

Abre la puerta y sale, entrecerrando los ojos por la luz del sol.

Tras él, su pareja permanece justo dentro, asomándose por detrás de Mark para mirar hacia el camión. Mark levanta una mano a modo de saludo.

Gina da unos golpecitos en el hombro de Nick y le indica que apague el motor.

—Entremos —dice a los demás—, antes de que aparezca algún ciego.

John ya ha ido a la parte trasera y está abriendo la puerta, con Lisa pegada a sus talones. Gina salta fuera, luego ayuda a bajar a Anton y a Lisa. John se las arregla solo. Gina ha decidido que, siendo John el típico tipo fuerte, autosuficiente y orgulloso, solo le ayudará si lo pide… y hasta ahora, no lo ha hecho.

Rodean el vehículo por la parte delantera hasta reunirse con Nick, que espera junto a la puerta del conductor. Sin decir nada, todos se sitúan automáticamente bajo la marquesina, buscando refugio de la vista del cielo.

Mark mira a Gina al acercarse, señalando a Nick.

—¿Este chico no habla?

—No, es sordo. Se llama Nick. Me alegra volver a verte, Mark.

Mark le devuelve la sonrisa cortés.

—Igualmente. —Luego mira a John—. Agente Nygaard.

John resopla.

—Ya no soy más agente que tú, Mark. Esta es mi hija, Lisa. El niño es de Gina, se llama Anton.

—He oído hablar de ti —dice Mark, mirando a Lisa—. Tu padre te mencionó cuando nos tenía retenidos el gobierno.

Lisa sonríe, luego aparta la mirada.

Mark se aparta y mira hacia la mujer que sigue esperando en la entrada.

—¿Camilla? ¿No vas a saludar?

La mujer da un par de pasos adelante. No lleva al bebé en brazos, como Gina esperaba. Tal vez el pequeño duerme plácidamente arriba en el apartamento. Aun así, resulta un poco extraño que una madre deje a su recién nacido fuera de su vista, aunque solo sea un minuto. Especialmente en estos tiempos.

—Hola —dice Camilla con voz ronca, echando un vistazo a todos —. Encantada de conoceros.

Tanto su aspecto como su tono revelan que ha estado llorando recientemente; tiene los ojos hinchados y la voz desgastada.

—¿Dónde está tu hijo? —pregunta Gina, mirando a Mark—. ¿No dijiste que…?

Mark suspira.

—Justo de eso necesitamos hablar con vosotros. Por favor, pasad.

Les hace un gesto para que se acerquen, John y Lisa avanzan. Anton está a punto de hacer lo mismo, pero Gina le agarra del brazo, deteniéndolo.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunta, saliendo brevemente del letargo provocado por el duelo que ha arrastrado todo el día.

Gina está mirando a Camilla, y Camilla le devuelve la mirada. En el instante en que sus ojos se cruzan, Gina lo entiende con total claridad: Camilla no solo está profundamente angustiada, también está a punto de hacer algo drástico. No parece que Mark esté al

tanto, ni siquiera consciente de ello, porque sigue mirándolos con expresión sincera, invitándolos a entrar.

La mano de Camilla va a su espalda, y antes incluso de que saque el arma, Gina ya se ha colocado delante de Anton, cubriéndolo.

Camilla empieza a respirar como quien lleva conteniendo el aliento demasiado tiempo, mientras apunta el arma hacia Gina.

Lisa —la más cercana a Camilla— es la primera en darse cuenta, y grita, retrocediendo de un salto y chocando con John, que la seguía hacia la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunta John—. ¿Ciegos?

—¡No, tiene un arma!

—Mamá, ¿qué está ocurriendo? —pregunta Anton, intentando ver.

—Quédate detrás de mí —le ordena Gina, sin apartar la vista de Camilla.

Nick abre la puerta del camión y vuelve a meterse dentro de un salto.

—Dios —exclama Mark, llevando la mano a la parte trasera del cinturón—. ¿Cómo…? ¡Camilla, no!

Está a punto de interponerse, pero Camilla lo ve venir y se dirige directamente hacia Gina.

Gina levanta las manos para mostrar que están vacías, pero no se mueve. Si intenta correr, dejará expuesto a Anton, así que no le queda más opción que quedarse quieta.

Todo el mundo grita, pero Gina lo bloquea todo. Solo ve a Camilla acercándose. Escucha su respiración entrecortada.

Camilla se detiene frente a ella, el arma está apuntando justo a la barbilla de Gina. La sostiene con ambas manos, y sus brazos tiemblan con tal violencia que, de no estar tan cerca, podría fallar el tiro. Pero el cañón está a menos de un metro de su rostro, y ni el peor tirador podría fallar.

Gina se prepara para morir, y solo espera que Anton no muera también. Reza para que, en cuanto Camilla dispare, Mark o John se lancen sobre ella y le arrebaten el arma antes de que pueda volver a apretar el gatillo.

Pero al mirar los ojos desquiciados de Camilla, Gina comprende que es a ella y solo a ella a quien quiere matar. La expresión de

desesperación le recuerda espantosamente a la que vio en los ojos de Tommy justo antes de que se marchara con Fritz.

«Han enviado a otra alma rota para matarme», se da cuenta Gina. «No fui lo bastante precavida. Debería haberlo pensado dos veces antes de venir aquí.»

Parece que el momento ha durado una eternidad, cuando en realidad solo ha pasado un parpadeo.

—Por favor, no me dispares —dice Gina en voz baja—. Me da miedo que puedas herir a mi hijo.

Parece que la última palabra golpea a Camilla como una bofetada. Sacude brevemente la cabeza, y entonces, en sus ojos, surge un dolor tan fuerte que parece casi palpable.

—Si no lo hago, matarán a mi hijo —gime—. Ellos… se lo llevaron…

Jadea, conteniendo visiblemente los sollozos que pugnan por salir de su garganta. Su mirada se desvía un instante, como si viera a alguien justo al lado de Gina, aunque no hay nadie allí. Una lágrima le cae por la mejilla y parpadea con fuerza.

—Tengo que matarte… No tengo elección…

Y todo encaja para Gina. Sigue oyendo a Mark gritar, siente a Anton aferrado a su camisa, pero lo filtra todo y comienza a hablar con calma a Camilla.

—Sé exactamente lo que estás sintiendo. He estado en tu lugar. Hace solo unas semanas, maté a alguien para salvar a mi hijo. Y no era una desconocida. Era mi mejor amiga. Y viviré con ese remordimiento para siempre. Lo único que puedo hacer es pedirte que, por el bien de mi hijo, no lo hagas. Por favor, déjame ayudarte a recuperar al tuyo.

Camilla abre la boca y emite un sonido que es a la vez un lamento y la palabra «no». Solloza, jadea y aprieta los dientes.

—No puedo… no puedo… matarán a Danny… lo matarán… no puedo…

Sus brazos se mueven ahora de un lado a otro, y es muy probable que, si aprieta el gatillo, la bala no vaya donde pretende. Lo cual no consuela demasiado a Gina, porque aún podría alcanzar a Anton.

—Por favor, Camilla —dice, bajando los brazos—. Sé que es una situación imposible. Pero si me disparas, esto no acabará nunca. A menos que trabajemos juntas… son ellos los que ganan.

Se lleva la mano al pecho.

—Te lo juro: haré todo lo que esté en mi mano para recuperar a tu hijo.

Camilla claramente oye algo, porque se sobresalta, luego hace un último esfuerzo por obligarse a disparar. Abre los ojos de par en par, aprieta los dientes con fuerza y obliga a sus brazos a quedarse quietos.

Durante un instante suspendido y sin aliento, parece que de verdad va a hacerlo.

Pero Gina nota que nunca llega a cruzar la línea. Está cerca. Lucha de verdad consigo misma. Algo —probablemente el amor que siente por su hijo— gana por un estrechísimo margen, y de pronto toda emoción desaparece de los ojos de Camilla. Su rostro se vacía, y con un suspiro, se desploma como un globo desinflado.

Mark intenta atraparla, pero está demasiado lejos.

Gina no. Logra sujetar a Camilla justo antes de que su cabeza golpee el adoquinado, y la acuesta con cuidado sobre el suelo.

4

CAMILLA

Cuando se despierta, se siente diferente. Sabe que algo ha cambiado dentro de ella, incluso antes de abrir los ojos. Cuando lo hace, se encuentra de nuevo en el apartamento de Erika. Está tumbada en el diván del salón, con una manta sobre las piernas.

Incorporándose sobre un codo, ve a los demás sentados alrededor de la mesa del comedor. Todos excepto Mark.

Gina, su hijo, el chico sordo, el ciego y su hija. Todos, excepto John, la observan en silencio.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Gina, sonriendo.

A Camilla casi le da la risa. Todo le está volviendo en grandes fragmentos. Estuvo a punto de disparar a Gina. Luego, nada. Y ahora, corte a Gina preguntándole amablemente cómo se siente.

—Estoy… estoy bien —dice Camilla, dándose cuenta con sorpresa de que es cierto—. Me siento más ligera, de algún modo… ¿Qué ha pasado?

—Te desmayaste —dice John.

Gina se levanta y se le acerca. Se sienta junto a sus pies y le pone una mano sobre la espinilla.

—Gracias por confiar en mí —dice—. Hiciste lo correcto.

Aquellas palabras le devuelven el último gran trozo de memoria que seguía oculto. Camilla se estremece y se tapa la boca.

—Danny… Oh, Dios mío…

—Tranquila —dice Gina—. Lo vamos a recuperar. Ahora mismo estamos valorando nuestras opciones.

Mark entra en el salón. Al ver que Camilla está despierta, se acerca. Ella se incorpora y lo abraza.

—Me alegra tanto que estés bien —dice Mark, besándole la oreja —. ¿Te encuentras bien?

—Sí —susurra Camilla, y luego empieza a llorar. Las lágrimas también se sienten distintas. Esta vez no llora por miedo ni desesperanza, ni siquiera por tristeza. Es más bien como si llorara de… alivio. Como si soltara algo.

Porque, aunque la horrible idea de haber perdido a Danny ha vuelto, ahora la siente sobre un fondo de calma sorprendente. Es algo que no tiene ningún sentido. ¿Cómo puede alguien en su sano juicio sentir calma cuando su bebé ha desaparecido? Camilla se plantea, aunque solo por un instante, la posibilidad de haberse vuelto loca. De que su mente haya colapsado por la presión.

Pero sabe que no es así. El miedo sigue ahí, solo que ya no la controla. Lo intenta: sube una y otra vez, arremetiendo como ráfagas de lava fundida que burbujean desde un volcán, buscando el cielo.

Pero, de algún modo, Camilla está fuera de su alcance. A menos que salte por voluntad propia, la lava no puede tocarla. Y no tiene la menor intención de hacerlo. De hecho, no solo se siente mucho más segura ahí arriba, sino que también percibe que está más capacitada para actuar. Y eso, a su vez, aumenta sus posibilidades de recuperar a Danny.

«Esto era lo que Mark intentaba decirme», se da cuenta, sujetándolo para poder verle el rostro.

—Gracias —le dice.

Él sonríe, algo desconcertado.

—¿Por qué?

—No lo sé. Solo… gracias. Y te quiero, Mark.

—Y yo a ti, cariño.

Se seca los ojos y mira hacia la mesa.

—Hola —dice—. Encantada de conoceros.

Los demás le responden con gestos y sonrisas.

—¿Era… era tu fantasma? —pregunta la chica—Lisa—. ¿Si no te importa que lo pregunte?

Camilla asiente.

—Lo era. Estuvo a punto de convencerme.

Al pensar en lo cerca que estuvo de disparar a Gina, no puede evitar estremecerse.

Allan le hablaba desde justo detrás de Gina, pintándole a Camilla imágenes vívidas de lo que le pasaría a Danny, o de lo que quizá ya le estaba pasando, si Gina no moría. Y Camilla lo escuchaba. No podía evitarlo. Quería dispararle a Gina. De verdad lo deseaba.

Entonces, justo en ese instante, cuando casi apretaba el gatillo, de pronto, instintivamente, apartó su atención de Gina y la dirigió hacia su interior. Y como Allan se estaba mostrando por completo, también fue fácil sentirlo dentro. Aquella herida de tantos años atrás no solo seguía abierta, sangraba profusamente, y dolía tanto que Camilla casi apartó la mirada de nuevo.

Pero no lo hizo.

Se quedó ahí. Por Danny. Y por la joven Camilla. La niña que fue abusada. Que sufrió durante todos estos años. La niña que se convirtió en la mujer que estuvo a punto de cometer un asesinato impulsada por el dolor.

Sintió una clara compasión hacia su yo más joven, algo que nunca había experimentado, y también, sorprendentemente, una ternura hacia Allan. En un destello de lucidez profunda, Camilla sintió incluso su dolor, el que lo llevó a hacerle aquellas cosas horribles, y comprendió cómo él simplemente transmitía el daño, cómo no tenía elección alguna, igual que ella no la había tenido hasta ese preciso momento.

Y al verlo todo con tanta claridad, de algún modo fue capaz de soltarlo. Y entonces eligió. Eligió no disparar a Gina.

Solo entonces, como si por compasión, su mente se apagó y le dio un respiro.

Mark saca una silla y Camilla se sienta. Gina le sirve una taza de café y Camilla da un sorbo.

—Bien —dice, mirando a los demás—. Entonces, ¿cómo lo hacemos?

5

NORA

La oportunidad llega de repente, completamente inesperada, y mucho antes de lo que había esperado.

Está llenando la bandeja con tazas y vasos recién salidos del lavavajillas, pensando en nada en particular, cuando de pronto se da cuenta de que hay una conversación al otro lado de la ventana. Está situada bastante arriba y entreabierta. Un hombre y una mujer hablan en voz baja entre caladas de cigarrillos.

—No entiendo por qué ella puede echarse la siesta —dice la mujer —. Me parece ridículo.

—Ya. No es como si tuviera un trabajo exigente ni nada.

—¿Y sabías que incluso tiene habitación propia?

—No jodas.

—Es verdad. En ese edificio de ahí. Le pusieron una cama de verdad. Yo misma la vi. Nada de colchones vencidos y de muelles como el resto. Una cama de verdad. —Un resoplido—. Está ahí ahora mismo, además. Roncando mientras los demás nos dejamos el lomo.

—Joder. Ojalá fuera yo. Igual debería pedirle dormir con ella.

La mujer suelta una risita.

—Sí, suerte con eso. Como si fuera a acostarse con alguien como tú.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que eres mucho mayor que ella. Y sinceramente, creo que tiene algo más de gusto.

El hombre gruñe.

—Solía ser una yonqui. No creo que tenga el listón tan alto.

—Se supone que no debemos hablar del pasado de nadie y lo sabes. Si alguien te oye...

—¡Eh, vamos! —grita otra voz masculina desde más lejos—. ¡El descanso del cigarro acabó hace tres minutos!

Nora se queda quieta con una taza en cada mano, mirando hacia la ventana y hacia el cielo roto que se extiende más allá. Tiene el pulso retumbándole en los oídos. Se había preguntado adónde había ido la chica, por qué no la había visto en los últimos días. En general, no había bajas por enfermedad —a menos que estuvieras realmente hecho polvo—, así que era mucho más probable que la hubieran reasignado a otra tarea. Por lo visto, su teoría era correcta, y ahora también sabe dónde está la chica.

Hay otros drogadictos en el Palacio. Pero por alguna razón, Nora está segura de que hablaban de la Yonqui.

Deja las tazas, se seca las manos en el trapo de cocina y le da un golpecito en el hombro al Tartamudo.

Él se sobresalta y se gira para mirarla.

—¿Q-qu-qué?

—No me encuentro muy bien. Necesito tumbarme un rato. ¿Puedes cubrirme? Casi he terminado con las tazas.

—S-sí, claro.

—Gracias.

No percibe la mentira en su voz, y Nora se da la vuelta hacia el chico.

—Tú, Bomber.

Se supone que el chico debe estar clasificando los cubiertos, pero solo está ahí plantado, cogiendo una cuchara de vez en cuando, mirándola como si no recordara para qué sirve, y volviéndola a dejar. Ahora, se sobresalta y mira a Nora.

—¿Sí?

—Tú quédate aquí, ¿vale? Sigue haciendo... lo que estés haciendo.

Parpadea.

—¿Adónde vas?

—Tengo que descansar. No me encuentro bien.

—Ah. Vale.

—Si tienes preguntas, pregunta al Tartamudo.

—¿Preguntas? —repite como en un sueño—. ¿Sobre qué?

Nora suspira.

—Olvídalo. Nos vemos luego.

Se aleja de ellos. En dirección a los baños, hace un esfuerzo por no correr. Sale del hangar, pero en lugar de girar a la izquierda hacia las duchas y retretes, gira a la derecha, hacia la salida. La puerta está abierta, sujeta por una cuña de madera, y un grupo de personas entra justo cuando ella está a punto de salir. Por el olor que traen, Nora deduce que son los fumadores.

Una vez han pasado, sale al pavimento. Desde que llegó, lo ha hecho pocas veces, solo respirando aire fresco al amanecer o al anochecer, al ir y venir entre el hangar y los barracones. Estar bajo el cielo abierto en pleno día se le hace extraño.

Entrecerrando los ojos, echa un vistazo a su alrededor. Los barracones están justo ahí, extendiéndose hacia las pistas de aterrizaje, y un poco más a la izquierda hay otro edificio, solitario y mucho más pequeño. Nora nunca le había prestado atención, porque jamás tuvo motivos para acercarse, y ni siquiera pensaba que se utilizara. Probablemente no se usaba. Hasta ahora.

En la esquina del hangar, donde está la puerta corredera, se oye a gente cargando camiones. Un montacargas circula por ahí, y grandes contenedores llenos de armas están alineados, esperando a ser desembalados.

A Nora se le eriza la piel sin saber por qué. En realidad, le da igual lo que estén haciendo. Es como si no tuviera nada que ver con ella, y prefiere no pensarlo. Fritz no lo ha explicado nunca en detalle en sus discursos, pero ha insinuado que hay enemigos ahí fuera, creciendo en número y fuerza, gente que conspira para sabotear su causa y matarlos a todos si se presenta la oportunidad. Por eso deben atacar primero, y eso es precisamente lo que han estado haciendo. Ya han salido tres veces con camiones llenos de hombres y mujeres armados. Una vez, Nora los vio partir, con los rostros

duros como piedras. No todos volvieron, y los que lo hicieron estaban heridos o con la mirada vacía.

La gente murmura, aunque se supone que no deben hacerlo, y Nora ha ido juntando las piezas: el enemigo son los inmunes.

Lo cual es algo extraño, porque algunas personas aquí lo eran antes. Nora ha oído hablar de eso también, en susurros. No son muchos, probablemente menos del uno por ciento. Siempre que oye a alguien mencionar a los inmunes, no puede evitar pensar en Nick. Si él estuviera vivo, ¿habría acabado aquí, como ella? ¿O habría tenido la determinación de quedarse y luchar contra esta gente?

—Te echo de menos, Nick —susurra, sin ser del todo consciente de que lo ha dicho en voz alta.

Recuerda vívidamente haber visto su fantasma justo después de que muriera. El gesto de cortar. «Deuda». Nora aún le debe arreglar las cosas. Saldar cuentas. Vengarlo. No le importan las reglas. Aquí se pegan todos los días. Gente que de repente estalla en furia y deja a otro hecho polvo. Casi a diario matan a alguien, sin mencionar los suicidios. Ahora ya hay al menos media docena al día.

Algunos se ahorcan en los barracones, usando sus cinturones. Otros se cortan la yugular en las duchas con cuchillas o cristales rotos. También hay quienes suben por la escalera de incendios y se tiran. Nora ha visto manchas oscuras y visibles en el hormigón de fuera.

Cuando alguien mata a golpes a otro, normalmente se llevan al agresor y no se le vuelve a ver, salvo que no lo pillen en el acto.

Más de una vez, Nora ha visto grupos de personas rodeando un cadáver ensangrentado y apaleado, cuando una pelea ha ocurrido sin testigos. Si no hay nadie a quien culpar, nadie recibe castigo. Y eso es justo lo que espera que pase con ella y la chica.

Cruza el espacio entre el hangar y los barracones como si realmente se dirigiera allí. Sabe que todas las literas están ocupadas por gente que ronca: los del primer turno nocturno, que por fin están durmiendo.

Al llegar al barracón más cercano, lo rodea y se cuela por el hueco que lo separa del siguiente. Corre hasta el otro extremo y se detiene en la esquina para comprobar si alguien la está mirando. Desde ahí

puede ver a la gente junto a la puerta del hangar, pero están ocupados. Con el corazón desbocado, sale al descubierto y camina decidida hacia el edificio pequeño.

No tiene paredes de hormigón como los barracones, sino ladrillos rojos y antiguos. Por la antena en el tejado, Nora supone que debió de ser algún tipo de oficina de comunicaciones. Se detiene junto a la puerta y agudiza el oído. No se oye nada desde dentro. Así que la abre y se cuela en una habitación en penumbra, cerrando con cuidado la puerta tras de sí.

Al darse la vuelta, se encuentra en lo que debió de ser una oficina. Hay estanterías grandes llenas de cajas de plástico, y los escritorios han sido empujados contra las paredes, dejando espacio libre en el centro para una cama grande. Sobre ella descansa una figura que ronca suavemente. Nora no puede verle el rostro, pero reconoce el cabello.

«Es ella. Es ella de verdad.»

Nora casi se marea de la euforia. Siente el zumbido del pulso hasta en las yemas de los dedos mientras se agacha y saca el cuchillo.

La invade una fuerte sensación de déjà vu. Es la segunda vez que se acerca a la chica dormida con intención de matarla. La primera vez, Nora llevaba un martillo. Fritz apareció en el último segundo para detenerla.

—Ya basta —dijo él, sonriendo, mientras le quitaba el martillo—. He visto lo que necesitaba ver.

Nora sacude la cabeza, intentando apartar el recuerdo.

«Concéntrate en Nick. Estás haciendo esto por él.»

El pensamiento debería reforzar su determinación. Pero, por alguna razón, consigue lo contrario. Y viene seguido de otro, mucho más incierto:

«¿De verdad querría Nick esto?»

Entonces su mente evoca una vez más la imagen del fantasma de Nick, haciendo el gesto de «deuda». Su expresión era grave. Sus ojos, oscuros.

«Sí» —piensa Nora—. «Sí, esto es lo que quería. Esto es lo que tengo que hacer.»

Avanza hacia la cama, cruzando la habitación en cinco zancadas largas. Antes de que pueda volver a dudar, alza el cuchillo y...

Y ve al bebé.

Está envuelto en una manta, durmiendo cara a cara con la chica.

—Jesús —exclama Nora.

La chica da un respingo, parpadea y la mira. Sus ojos se agrandan.

—No… por favor, no lo hagas.

Nora baja el cuchillo.

—¿Has… has tenido un bebé? —pregunta, dándose cuenta de que es una pregunta estúpida. La chica obviamente no estaba embarazada la última vez que Nora la vio, que fue hace solo un par de días. Así que reformula—: ¿De dónde lo has sacado?

La Yonqui se incorpora sobre un codo, mirando del cuchillo a los ojos de Nora.

—Si te lo digo, ¿me prometes que no me matarás?

Nora se siente mareada.

—Sí —murmura.

La chica comprueba brevemente al bebé, luego vuelve a mirar a Nora y dice en voz baja:

—El Profeta me lo trajo. Es muy importante que lo mantenga a salvo. Nadie debe saber que está aquí.

Nora frunce el ceño.

—¿De quién es el bebé?

La yonqui se encoge de hombros.

—No lo dijo. Pero…

—¿Pero qué?

La chica parece aún más incómoda. Luego continúa:

—Creo que es como… un rehén. Por la forma en que el Profeta habló de él… creo que lo está reteniendo para chantajear a alguien.

—Jesús… —murmura Nora, sintiendo que la habitación gira cada vez más rápido. Se lleva las manos a la cabeza, y nota que aún sostiene el cuchillo. Lo deja caer al suelo. El sonido es lo bastante fuerte como para hacer que el bebé se agite. Gruñe y empieza a lloriquear.

La yonqui lo coge rápidamente en brazos y se levanta de la cama. Se dirige a una mesa con un fregadero y un microondas. Con una mano, prepara un biberón con leche de fórmula y lo calienta veinte segundos en el microondas. Da la impresión de haberlo hecho muchas veces. El llanto del bebé va en aumento, cada vez más alto, hasta que la chica le coloca el biberón en la boca. Él empieza a succionar con avidez. La yonqui vuelve a sentarse en la cama. Mira el cuchillo que Nora dejó en el suelo. Luego alza la vista hacia su rostro.

—Has venido a matarme, ¿verdad?

Nora solo la mira boquiabierta; no le salen las palabras.

—Está bien —suspira la chica—. Sabía que pasaría tarde o temprano. Lo vi en tus ojos. Y… lo entiendo. —Sus labios empiezan a temblar—. De verdad que lo entiendo. Yo misma pensé en hacerlo, pero soy demasiado cobarde. Así que, en realidad, me estarías haciendo un favor. —Aspira por la nariz y continúa en voz muy baja —. Solo quiero que sepas cómo me llamo antes de hacerlo.

—No, no me lo digas —oye Nora decirse a sí misma—. Ya no quiero saberlo.

Pero la chica se lo dice igualmente.

—Me llamo Steffie. —Niega lentamente con la cabeza, su mirada se pierde un momento—. ¿Recuerdas cómo dijo que todo desaparecería? ¿Los fantasmas y todo eso? Creo… creo que mintió. Creo que aún sigue ahí. ¿No lo sientes?

Nora parpadea.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que lo sabes —insiste la chica. Una lágrima le recorre la mejilla, se detiene en la mandíbula y ella la limpia con el hombro—. Sé que ya no lo veo, pero… todo lo que lo componía sigue dentro, solo que… más enterrado.

Nora traga saliva. No quiere entenderlo, pero lo hace. Solo con oír a la chica hablar, puede sentirlo agitarse en su interior: el dolor.

—Me siento tan culpable —continúa la chica, su voz se hace aún más débil. Sigue hablando muy bajo, para no molestar al bebé, que aún está mamando—. Por lo que le hice a tu hermano. Solo quiero que desaparezca. Eso es todo lo que siempre quise. Por eso tomaba

drogas. Lo veo claro ahora, porque estoy limpia. Pero este lugar… —mira alrededor con desprecio en el rostro—. Es otro tipo de droga. No necesitamos pincharnos, porque está, como… en nuestras almas o lo que sea. No fue hasta que lo vi a él…

Mira al bebé, y una sonrisa se dibuja en su cara.

—Me recuerda tanto a mi hermanito. No tengo ni idea de dónde está ahora. Prácticamente lo crié yo, porque mi madre estaba completamente ida con la heroína. Fue antes de que yo empezara a consumir.

Esto, para Nora, explica lo ensayada que parece la chica al cuidar del bebé.

—Mira —dice la chica, sonriendo aún más y echándose un poco hacia delante.

Y entonces Nora ve con claridad el rostro del bebé por primera vez. Al parecer, él la percibe, porque aparta la mirada del biberón y fija los ojos en ella. Nora se da cuenta de que, en realidad, no puede verla bien: la habitación está demasiado oscura, y recuerda haber oído que los recién nacidos solo distinguen lo que tienen muy cerca. Pero es suficiente. Suficiente para que algo estalle dentro de ella.

Es como una presa que, hasta ahora, contenía agua templada. Y ahora, al ceder las rocas, esa agua irrumpe con fuerza, desbordándolo todo por dentro.

Ver el rostro del bebé es como contemplar la inocencia en su forma más pura. Y en un instante, se ve reflejada en esa cara. Es como una experiencia extracorporal, como si de pronto viajara atrás en el tiempo y se viera a sí misma de bebé. Luego el rostro cambia: es el Nick recién nacido. Luego, el de la chica que sostiene al niño. Y sigue transformándose, una y otra vez, en alguien nuevo: todos con apenas unos días de vida, en paz, plenos, felices, inconscientes y sin rastro de dolor ni intención de hacer daño jamás.

Y entonces, al comprender —de verdad— que todos vinieron al mundo así, Nora lo ve con total claridad: todos están hechos del mismo material puro. Y por mucho que luego se corrompan, esa pureza que llevan dentro jamás podrá ser tocada.

Al verlo todo así, es casi demasiado para asimilarlo, y Nora da un paso atrás, tambaleándose.

—Oh, Dios… —murmura, llevándose una mano a la boca, como si quisiera detener las palabras, pero ya es tarde—. Esto nunca fue lo que él quería… ¿Cómo pude… cómo pude hacerme creer a mí misma que Nick querría que yo…? Oh, Jesús…

Se cubre los ojos, las rodillas le fallan y cae al suelo.

—Dios… Oh, Dios… Nick, lo siento tanto… Lo siento, lo siento muchísimo…

Lo cálido sigue rugiéndole dentro del cuerpo. Duele, pero al mismo tiempo es un alivio inmenso, y no le queda más remedio que dejarlo salir. Si va a ahogarla por dentro, que así sea.

—Siento no haber estado ahí… Por favor, perdóname…

Y al decirlo, siente a Nick de nuevo.

No como un fantasma.

No como un recuerdo.

Sino en un destello clarísimo, casi violento, de conexión.

Siente la suave presión del asiento bajo los muslos. Nota el calor en las palmas. Huele a café.

Luego se disipa tan rápido como llegó.

Nora se quita las manos de los ojos. Mira a Steffie, que le devuelve la mirada con preocupación en el rostro.

—¿Estás… bien? —pregunta ella.

—Sí —susurra Nora—. Estoy bien. Y Nick también.

No sabe si está a punto de reír, llorar, o ambas cosas.

Steffie alza las cejas.

—¿Tu hermano? ¿Estás segura?

—Completamente —dice Nora, poniéndose en pie—. Acabo de sentirlo. Está con alguien. Bebiendo café. Está vivo.

Se da la vuelta y va hacia la puerta.

—¡Espera! —llama Steffie—. ¿Adónde vas?

Nora se vuelve.

—A buscarlo, por supuesto.

Steffie niega con la cabeza.

—No puedes irte así como así. Te detendrán. Te matarán.

Nora duda.

—Mierda, tienes razón… Pero no tengo elección. Tengo que salir de aquí. Tengo que encontrar a mi hermano.

Jamás pensó que volvería a hablar de Nick en voz alta, y las palabras aún le suenan extrañas al oído. Pero la convicción de que Nick está vivo y bien es tan fuerte como el latido de su propio corazón.

—Tengo una idea mejor —dice Steffie, dejando a un lado el biberón, ya que el bebé ha terminado—. Déjame arroparlo…

Se levanta, coge la manta y envuelve al bebé con sumo cuidado. Al dejarlo de nuevo en la cama, él suelta un suspiro satisfecho.

—¿Qué pasa? —pregunta Nora.

Steffie va hacia la pared y alza los brazos para alcanzar una de las cajas de plástico. Parece pesada al colocarla sobre una mesa y quitarle la tapa.

Nora se inclina para ver lo que parece ser más de un centenar de teléfonos móviles.

—Supongo que el tuyo está ahí en algún sitio —dice Steffie, señalando hacia las estanterías—. O en otra caja. Así que, a buscar.

Da un paso atrás, y Nora observa todos los móviles ante ella.

Entonces sus ojos se detienen en uno en particular. Justo ahí, encima del montón.

«No, no puede ser. Solo es un modelo parecido.»

Lo coge. La funda se parece mucho a la suya. Intenta encenderlo, pero está sin batería.

—¿Tienes un cargador? —pregunta.

Steffie señala hacia la mesa. Hay una regleta. En uno de los enchufes hay un cargador. Nora lo conecta al teléfono. Encaja. La pantalla se ilumina al encenderlo.

—Joder, sí que es mi móvil —murmura—. Es como si fuera el destino…

En cuanto el teléfono está operativo, llama a Nick.

Espera que no funcione. Que aparezca algún mensaje diciendo que la red está caída.

Pero la llamada se realiza.

Mira fijamente la pantalla, conteniendo la respiración.

6

NICK

Nick está sentado a la mesa, sujetando la taza caliente con ambas manos, siguiendo la conversación.

—Muy bien —dice Gina, sonriendo a los demás—. Ahora que Camilla está despierta, haré un pequeño resumen de nuestra situación.

Mira a Nick.

—Sabemos, por lo que vio Nick, que el lugar está muy probablemente en la base aérea de Karup. Eso está en el centro de Jutlandia, a unos trescientos kilómetros de aquí. Fui contactada por el padre de Fritz, Franz Hagen, quien estuvo de su lado en el pasado, pero ahora intenta ayudarnos, a la resistencia. Al igual que Fritz, puede usar las puertas como atajos dimensionales. Me dijo que tarde o temprano esto desembocará en una guerra, y que probablemente nos enfrentamos a varios miles de personas allí. Sea exacto o no, está claro que estamos ampliamente superados en número. La buena noticia es que eso no importa tanto. Ellos nos temen más a nosotros de lo que nosotros les tememos a ellos. Somos como una pequeña llama en plena oscuridad: por muy densa que sea, la noche siempre retrocede ante la luz. Y nosotros somos esa llama.

Baja la mirada, pensativa por un momento.

—Ahora, hay dos tareas pendientes. Primero, debemos recuperar a Danny, sano y salvo. Y como no podemos contar con la ayuda de Franz, y no podemos abrir los portales por nuestra cuenta, parece que tendremos que ir en coche. La segunda tarea que tenemos por delante es matar a la criatura que Fritz ha engendrado.

Gina mira a Camilla, y sus ojos se vuelven repentinamente serios.

—Todo esto fue provocado por entidades malignas que desean alcanzar existencia física, por eso nacen y crecen de forma increíblemente rápida. Está ocurriendo en todo el mundo, pero nos centraremos en la que tenemos más cerca, por ahora. Estoy segura de que en otros lugares también se están formando grupos de resistencia.

—Espera —dice Camilla, frunciendo el ceño—. ¿Estás diciendo que esas cosas… no son humanas?

—En parte, creo —responde Gina—. Son como demonios en cuerpos humanos.

—¿Y cómo sabemos que pueden morir? ¿Y si las balas no les hacen nada?

Gina se humedece los labios.

—Hay dos tipos de peligros en este mundo: fantasmas y depredadores. Hasta ahora hemos estado enfrentándonos a fantasmas. Y tienes razón, en su caso, las balas no sirven. De hecho, cualquier tipo de agresión suele hacerlos más fuertes. Por eso el amor y el perdón son lo que nos libra de ellos.

Mira a Camilla con intención, y Nick percibe que ella lo capta.

—Los depredadores, en cambio —continúa Gina—, requieren otros métodos. No ahuyentas a un lobo con compasión; le das una patada con todas tus fuerzas. Estas… criaturas son depredadores. Las balas sí les afectarán.

—Siempre que no fallemos —añade John, con rostro sombrío. Su brazo roto descansa sobre la mesa delante de él—. No tenemos forma de saber de lo que son capaces.

—Es cierto, pero al menos sabemos cómo lucen —dice Gina, mirando a su hijo—. Anton, ¿se lo enseñas a Camilla?

El chico saca su teléfono, desliza unas cuantas veces y luego lo empuja por la mesa.

Camilla se inclina. Nick ya ha visto la imagen, pero no puede evitar volver a mirar.

Anton la encontró en internet. Fue tomada por alguien escondido entre arbustos, como lo evidencian las hojas que cubren parte de la imagen. Justo frente a un edificio enorme, que parece una fábrica, hay un grupo de personas vestidas de negro. En el centro destaca claramente una figura, casi el doble de alta que las demás. Está de espaldas, pero como si hubiera sentido la presencia del fotógrafo en el último momento, ha girado la cabeza justo a tiempo, y su rostro es visible. Aunque está bastante lejos, sus rasgos son inconfundiblemente inhumanos. Casi lo parecen... pero no del todo. A Nick le da la sensación de estar viendo algo generado por ordenador. Un escalofrío le recorre la espalda.

Camilla parece sentir algo similar, porque le devuelve el teléfono a Anton con una mueca.

—Jesús… ¿eso es lo que se ha llevado a mi hijo? —Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Lo recuperaremos —le asegura Mark, pasándole un brazo por los hombros.

Gina continúa:

—Conducir hasta allí puede llevar solo unas horas. Pero creo que presentarnos armados hasta los dientes sería mala idea.

—Podríamos infiltrarnos —sugiere Mark, aún abrazando a Camilla —. Sabemos que todos van vestidos de negro. Si realmente hay tantos, probablemente no notarán una cara nueva. Uno o dos de nosotros podríamos disfrazarnos, colarnos allí, encontrar a Danny y sacarlo por detrás, donde el resto esperáis con el camión.

Mira a los demás. Todos parecen considerar la idea. Nadie la rechaza.

—Esa es una opción —admite Gina—. Yo tengo otra. Contactar con alguien que esté allí dentro. Conocemos al menos a tres: la hermana de Nick, la chica que se llevó a Danny y, por supuesto, Tommy.

Esto hace que los demás se muevan incómodos o intercambien miradas tensas.

—No lo dices en serio —protesta Lisa, sin levantar la vista, lo que dificulta que Nick le lea los labios—. ¿Que contactemos con Tommy…

después de lo que hizo?

—La hermana de Nick es, por supuesto, la opción más obvia —continúa Gina, con expresión serena—. Pero si no conseguimos llegar hasta ella, creo que Tommy debería ser nuestra segunda opción.

—¿De verdad crees que nos ayudará? —pregunta John, frunciendo el ceño.

Gina parece meditar su respuesta. Luego dice:

—No creo que quisiera hacer lo que hizo. Creo que…

—¡Claro que quiso hacerlo! —grita Lisa, mirando a Gina con fuego en los ojos—. ¡Lo planeó todo! Estuvo días preparando esa bomba. ¿Cómo puedes decir que no lo quería?

—Estaba impulsado por otras fuerzas —responde Gina con calma —. Como todos lo hemos estado en algún momento. Lo de Tommy fue más extremo, sí, pero…

—¿Más extremo? —exclama Lisa, con una mueca de rabia—. ¡Mató a mi madre! ¡Mató a tu hijo también, Gina! ¿Cómo puedes siquiera pensar en cooperar con él? Se merece pudrirse en el infierno por lo que hizo…

Su rostro se desmorona mientras habla, y John la atrae hacia sí con su brazo sano. Lisa empieza a sollozar contra su pecho.

Anton agacha la cabeza y también empieza a llorar. Gina le toma la mano y se la aprieta.

Nick baja la mirada hacia la mesa, incómodo. Siempre ha sido muy sensible a los estados de ánimo, y ahora mismo, el ambiente que la rodea es tenso, casi opresivo.

Cuando vuelve a levantar la vista, Gina comienza a hablar. También tiene lágrimas en los ojos.

—Sé lo que hizo Tommy. Pero también sé que eso es solo la superficie. En realidad, no fue él quien mató a vuestra madre, ni a mi hijo, ni a todos los que hemos perdido. Ni siquiera fue Fritz. Fueron las fuerzas oscuras contra las que luchamos. Y seguirán matándonos si no las enfrentamos de la manera correcta.

Aspira y sacude la cabeza.

—Tommy no es un fantasma, ni siquiera un depredador. Es un ser humano. Y sé que ahora es muy difícil verlo, pero lo que él merece…

Traga saliva, intentando contenerse.

—Lo que merece por lo que hizo es nuestro perdón.

Lisa se zafa de los brazos de su padre, se levanta y sale de la sala.

Gina fija la mirada en John, mientras una lágrima le corre por la mejilla.

—Lo siento mucho. No quiero molestar a nadie. Solo puedo decir la verdad como yo la veo.

—Lo entiendo —murmura John—. Dale tiempo.

Gina asiente, se limpia la lágrima y vuelve a mirar a todos.

—Creo que Tommy se arrepiente de lo que hizo. Creo que hay una posibilidad de redención. Y si lo conseguimos, él podrá llegar a Danny mucho más fácilmente que cualquiera de nosotros. Pero, como dije, la hermana de Nick es nuestra primera opción.

Todos miran a Nick. Él se endereza.

—¿Podemos llamarla? —pregunta Camilla.

Él saca el móvil y escribe un mensaje breve: «Lo he intentado muchas veces.»

Cuando Gina lo lee en voz alta, él vuelve a llamar a Nora. Salta directamente al buzón. Encogiéndose de hombros, deja el teléfono sobre la mesa.

Gina se muerde el labio.

—Ojalá hubiera alguna forma de contactar con ella sin que Fritz u otro se entere. ¿Alguien tiene una idea?

Intercambian miradas.

—Probemos con Tommy —dice Mark, sacando su móvil—. Aún tengo su número.

Hace la llamada, pero rápidamente sacude la cabeza.

—Nada.

—De acuerdo —dice John—. Lo dejamos en pausa por ahora. Coincido en que sería una gran oportunidad si conseguimos contactar con alguno. Pero hasta entonces, repasemos otras opciones. Creo que si intentamos…

Nick deja de mirar los labios de John, porque de repente, sin previo aviso, siente a Nora.

Es, sin duda, la conexión más fuerte que han tenido jamás. Incluso más intensa que cuando la sintió justo antes de cruzarse con

ella en los coches.

Hay tanto dolor en la conexión que Nick da un jadeo audible. No es físico, sino un dolor emocional profundo. Es miedo, tristeza, arrepentimiento, culpa, todo mezclado en una bola candente que le llena el pecho durante un par de segundos, haciéndole llevarse las manos al corazón.

Luego se desvanece tan rápido como llegó, dejando tras de sí una sensación clara de Nora.

Nick respira con rapidez y se da cuenta de que la conversación se ha detenido. Todos lo miran.

—¿Qué pasa? —pregunta Gina—. ¿Estás bien, Nick?

Nick asiente. Tragando saliva, escribe en su teléfono: «Acabo de sentir a mi hermana. Se ha puesto en contacto conmigo.»

Gina lo lee en voz alta. A juzgar por sus caras, no todos lo entienden.

Gina parece que sí.

—¿Es como lo que pasó en el coche, justo antes de separarnos?

Nick asiente.

—¿Tenéis algún tipo de conexión entre gemelos? ¿Casi como telepatía?

Nick asiente otra vez.

—¿Tu hermana sigue donde está Fritz?

Una vez más, asiente.

Gina mira a los demás, y hay un momento de reflexión en silencio.

Entonces Mark pregunta:

—Tu hermana… ¿cómo acabó allí?

Nick se encoge de hombros.

—En realidad no importa —continúa Mark—. Lo que quiero decir es: ¿crees que nos ayudará?

Nick asiente con firmeza. No tiene la menor duda de que Nora sigue de su lado. Nada en el mundo podría ponerlos en contra, y por mucho que haya cambiado desde que Fritz se la llevó, lo que Nick acaba de sentir es más fuerte que todo eso.

—Eso son buenas noticias —dice Mark, mirando de Nick hacia los demás—. Esto significa que podríamos tener a alguien dentro. Alguien que nos abra una puerta. Si pudiéramos simplemente…

Se interrumpe cuando, de pronto, el móvil de Nick vibra.
En la pantalla aparece la imagen de Nora.
Es una videollamada entrante.

7

TOMMY

«¿Por qué sigo vivo?»

La pregunta le ha perseguido desde que llegó a este lugar. Vuelve a su mente una y otra vez, y no tiene una buena respuesta. En realidad, no sabe cómo sigue respirando. Cómo su cuerpo continúa funcionando. Apenas come o bebe. Duerme mal, y sus sueños son superficiales, llenos de pesadillas.

Sueña con explosiones. Bombas a punto de estallar. Siempre intenta desactivarlas, pero no lo consigue. A diferencia del TNT que hizo estallar en la casa segura, las bombas de sus sueños llevan mechas de las antiguas. Pero da igual cuánto sople o escupa Tommy sobre ellas: siguen ardiendo, hasta que finalmente… boom. La explosión es siempre lo bastante potente como para arrasarlo todo a su alrededor. Personas, coches, edificios. Los cuerpos quedan destrozados, las ventanas saltan por los aires, bloques enteros se vienen abajo.

Pero, sorprendentemente, Tommy nunca resulta afectado. Se queda ahí, sintiendo el calor y la onda expansiva golpeándolo, pero de algún modo permanece anclado en el sitio, y no siente dolor. No él. Solo los demás.

Entonces se despierta gritando. Le pasa al menos seis veces por noche. Luego llora hasta volver a dormirse, sabiendo perfectamente que en cuanto se duerma de nuevo, la pesadilla volverá a empezar.

«¿Por qué sigo vivo?»

Fritz le dijo que todo el dolor desaparecería, y no mentía del todo. Tommy puede notar que los sueños se vuelven menos intensos. Los recuerdos empiezan a desvanecerse, detalles que tenía grabados en la mente desaparecen de pronto.

Pero llevará tiempo. Es mucho que asimilar. Intentó pedir ayuda a la Gemela, pero ella solo le dijo que tuviera paciencia.

—¿Cómo acabaste aquí? —le preguntó, aunque sabía que no estaba permitido hablar de eso. Pero era medianoche y todos los demás en el barracón dormían profundamente.

Ella suspiró y le dijo que había llegado a ese lugar porque intentó matar a alguien.

—¿Así que no llegaste a hacerlo?

—Lo habría hecho —le respondió con tono serio—. Si Fritz no me hubiera detenido en el último momento.

Tommy sintió envidia. ¿Por qué Fritz no pudo detenerle a él también? Podría haber llegado después de que Tommy colocara la bomba, quitarle el mando, y hacer el resto por su cuenta.

Claro que Tommy probablemente se sentiría igual de culpable. Seguiría siendo el asesino. El motivo por el que toda esa gente está muerta.

Debería estar muerto, igual que ellos.

Sabe con certeza que Victor y Patrick han muerto. Patrick aún intentaba desactivar la bomba cuando estalló. Y a Victor lo vio con sus propios ojos, en brazos de Gina. Esa imagen, afortunadamente, también empieza a volverse borrosa.

Tommy no miró demasiado el monitor después de que estallara la bomba. Todo era humo y polvo, de todos modos, así que no sabe con certeza quién más ha muerto. Tal vez solo Gina sobrevivió. Tal vez Otto, Lisa, John, incluso Rex… tal vez todos hayan volado por los aires.

Cuando se asfixiaba en el sótano y subía corriendo las escaleras, Tommy pensó que lo que sentía era claustrofobia. Pero ahora entiende que, en realidad, era la verdad acercándose a toda velocidad. Porque fue justo en ese instante, en el segundo exacto en que estalló la bomba, cuando su padre desapareció. Y con él, se

desvaneció la niebla en la que Tommy había vivido hasta entonces. El hechizo bajo el que estaba quedó destruido, igual que la casa segura, y de pronto pudo ver lo que había hecho… lo que su fantasma le había convencido de que era lo único correcto.

Y era demasiado.

Tommy está convencido de que, si hubiera tenido que asumirlo todo de golpe, si hubiera comprendido por completo lo que había hecho, habría muerto de verdad asfixiado. Su pecho habría implosionado bajo el peso insoportable de tantas vidas sobre su conciencia; le habría aplastado los pulmones al instante, detenido en seco el latido del corazón.

Quizá eso sea lo correcto. Dejar simplemente que la verdad venga y lo mate. Que el karma lo aplaste como a un insecto. Es lo que se merece.

Tommy echa de menos a su padre. Lo echa mucho de menos. Al menos, cuando estaba a su lado, tenía a alguien con quien hablar. Ahora está completamente solo, aunque esté rodeado de gente.

Sabe que su padre era solo un fantasma, y es consciente de que fue él quien le impulsó a hacer lo que hizo.

Aun así, no hay rabia. Solo tristeza y pérdida.

A nivel intelectual, Tommy entiende que fue engañado por una entidad maligna que se hacía pasar por su padre muerto.

A nivel emocional, es un niño perdido, solo y asustado, que anhela desesperadamente a su papá.

Por fuera, Tommy es un asesino despiadado… el Bombardero, lo llaman, y la gente le dedica gestos de admiración y sonrisas de reconocimiento, impresionados por lo que hizo contra sus temidos enemigos.

Por dentro, Tommy es como una hoja, arrastrada de un lado a otro, que solo desea encontrar refugio y un poco de paz en un mundo donde todo duele.

«¿Por qué estoy siquiera aquí?», piensa Tommy, mirando el tenedor que sostiene por algún motivo. «Si solo estoy esperando a morir, podría acabar con esto de una vez.»

Sería fácil. Podría clavarse el tenedor en el ojo.

La idea surge de la nada. Es a la vez aterradora y curiosamente tentadora. Si lo hace bien, puede que ni siquiera sienta dolor.

La sola idea de volver a ver a su padre casi le arranca las lágrimas del alivio. Claro que, si Kent Jansen está allí, también lo estarán todos los demás. Las personas a las que mató. Y Tommy tendrá que enfrentarse a ellos.

Algo más lo retiene. Tal vez sea miedo, tal vez sea simplemente un cobarde. O tal vez sea porque Tommy teme que lo que encontrará en el más allá no sea el alma de su verdadero padre, sino la figura espantosa que ya conoce, la imitación lúgubre atada a la cama del hospital. La idea de pasar la eternidad con esa entidad no resulta precisamente atractiva.

O tal vez sea algo completamente distinto. De algún modo, simplemente siente que no sería lo correcto. No todavía, al menos.

«Aún hay algo que tengo que hacer.»

No puede explicar de dónde viene esa sensación, pero suena verdadera. Hay una última tarea para él en esta vida. Un propósito más que debe cumplir. Solo que todavía no sabe cuál es.

Su vejiga le recuerda que necesita vaciarse. Se vuelve hacia el Tartamudo y dice:

—Tengo que ir al baño.

—S-sí —responde el otro, apenas mirándole.

Tommy se abre paso hasta la salida.

Encuentra los cuatro retretes ocupados. El último no está técnicamente ocupado por nadie, pero hay una mujer muerta en el suelo, con ambas muñecas abiertas, un cuchillo junto a ella, en un charco de sangre. Al mirarla, Tommy se siente sorprendentemente indiferente.

Sale al exterior, se aparta de la puerta y se baja la cremallera. Mientras empieza a orinar en la pared del hangar, algo le llama la atención. Al girar la cabeza, ve a una mujer —parece la Gemela— correr desde los barracones hacia otro edificio mucho más pequeño.

Se detiene junto a la puerta, mira atrás rápidamente —con culpa— y luego entra.

Tommy ha dejado de orinar y se sube la cremallera. Mira a su alrededor para ver si hay alguien más cerca. No hay nadie. Él es el

único que ha visto a la mujer entrar en ese edificio.

«¿Qué hay ahí dentro?»

Tommy no tiene ni idea. Pero siente curiosidad. Por la forma en que se movía la mujer, era evidente que no quería ser vista.

Está a punto de dirigirse allí, cuando un grupo de personas sale por la puerta. Todos empiezan a encender cigarrillos.

Uno de ellos —un chico joven con barba desaliñada— se fija en Tommy, que está de pie.

—¿Eh, quieres un pitillo?

—Gracias —murmura Tommy, cogiendo el paquete sin pensarlo mucho—. Se me habían acabado.

—Me alegra poder ayudarte —dice el chico, dándole un mechero.

Se quedan allí, fumando en silencio un momento. Dos de las mujeres hablan de nada en particular.

Entonces el barbudo gira la cabeza hacia Tommy.

—Tú eres el Bombardero, ¿no?

Tommy traga saliva.

—Lo soy.

—Eh, tío. Buen trabajo. Eres un héroe.

Tommy inhala profundamente, llenándose los pulmones de humo.

—Ya lo sé.

—Quiero decir, he oído que también volaste a un par de críos. Eso debe de ser duro de llevar, lo entiendo. Pero oye, mejor ellos que nosotros, ¿no? Habrían venido a por nosotros si no los hubieras detenido.

Tommy no puede mirarle. Siente que va a vomitar y a llorar al mismo tiempo. Solo sigue fumando.

El chico deja caer la colilla y la pisa. Exhalando la última bocanada de humo, se inclina hacia Tommy y le susurra:

—Todos tenemos mierda que queremos olvidar. Déjala ir, colega. Sigue con tu vida. Te lo mereces.

Luego vuelve a entrar con los demás.

Tommy espera a quedarse solo. Entonces corre hacia el edificio solitario. Se detiene junto a la puerta y escucha.

Puede oír a dos mujeres hablando en el interior. Una de ellas es sin duda la Gemela. La otra, Tommy no recuerda haberla oído antes.

Se inclina un poco más para poder captar lo que dicen. Al principio, no tiene ni idea de qué trata la conversación.

Pero sigue escuchando.

8

GINA

Gina ve la foto de una joven en el teléfono de Nick. Se parece mucho a él, solo que con el pelo largo. No necesita leer el nombre para saber que es su hermana gemela.

—Es ella —jadea Anton, mirando del teléfono a Nick—. ¡Contesta! ¿A qué esperas?

Nick no lo percibe, porque está absorto mirando la pantalla.

Gina se inclina y le da un toque en el hombro.

Él parpadea, la mira brevemente, y entonces responde la llamada.

La imagen de Nora desaparece y es reemplazada por una imagen en directo de ella, tomada desde un ángulo ligeramente inferior a su rostro. Evidentemente, está sosteniendo el teléfono con las manos, porque la imagen tiembla un poco. Se encuentra en un lugar con poca luz, y su cara refleja esperanza y aprensión.

—Dios, Nick —dice, llevándose una mano a la boca por un instante. Luego, dejando que su hermano vea lo que dice, retira la mano—. No me lo puedo creer... ¡De verdad estás bien!

Nick emite un sonido a medio camino entre un sollozo y un suspiro. Gina no ha pasado tanto tiempo con él, pero ya ha notado lo poco habitual que es oírle hacer cualquier ruido. Está visiblemente conmovido, luchando por contener las lágrimas. Apoya el teléfono contra la taza y realiza una serie de movimientos rápidos con las manos.

—Sí, estoy bien —dice Nora, sonriendo entre lágrimas—. Mejor que nunca, ahora que sé que estás vivo.

Nick sonríe y responde algo.

—Lo sé, yo también tengo un montón de cosas que contarte. ¿Dónde estás? ¿Estás a salvo?

Nick asiente y dice algo con las manos.

—Oh —dice su hermana—. ¿Quiénes son?

Nick entrelaza los dedos índices, luego hace otro gesto como si se quitara algo del dorso de la mano. Después, coge el teléfono y lo gira, mostrando a cada uno de ellos en pantalla. Todos asienten o murmuran un "hola".

—Hola a todos —dice Nora—. Soy Nora, la hermana de Nick. Él me ha dicho que sois sus amigos, y que la mayoría sois inmunes.

Nick le pasa el teléfono a Gina.

—Hola, Nora —dice ella con una sonrisa—. Soy Gina. Creo hablar en nombre de todos al decir que nos alegra mucho conocerte. ¿Puedo preguntarte dónde estás ahora mismo?

Nora mira brevemente a su alrededor en la habitación en penumbra, luego vuelve a mirar a la pantalla.

—Sigo en el Palacio, pero estoy en un lugar seguro. Hay otra persona aquí conmigo. Bueno, en realidad, dos…

Gira el teléfono y muestra a una joven sentada en una cama.

Gina la reconoce enseguida. Tiene el mismo aspecto demacrado y agotado que la última vez que se vieron.

—Hola, Steffie —dice.

Por el rabillo del ojo, nota cómo Nick se tensa al leer el nombre en sus labios. Estira el cuello, intentando ver la pantalla, pero Nora ya ha vuelto la cámara hacia sí. Al ver a Nick asomándose al encuadre, su expresión se convierte en algo entre el remordimiento y la incomodidad.

—Nick, sé cómo parece, pero puedo explicarlo…

Nick frunce el ceño y le hace una señal que Gina capta: se pasa un dedo por el cuello como si se afeitara, y luego toca la tirita que aún lleva en el cuello.

—Sé lo que hizo —dice Nora, con tono arrepentido—. Mira, es difícil contarte esto por teléfono, pero tienes que confiar en mí. Hizo

algo terrible, y lo hizo porque sintió que tenía que hacerlo. Que no tenía otra opción. Lo entiendo, porque eso es exactamente lo que me pasó a mí. La encontré, Nick —la voz de Nora se vuelve más fina —. Después de pensar que te había perdido, encontré a Steffie, y yo… iba a destrozarle el cráneo. Lo habría hecho, si ese tipo, Fritz, no hubiera aparecido en el último momento…

Que Nora mencione a Fritz hace que todos —especialmente Mark y Camilla— se enderecen un poco.

—Hizo que el dolor desapareciera —susurra Nora. Sus ojos brillan con lágrimas—. Al menos, eso fue lo que prometió que pasaría. Pero desde que llegué aquí, he estado obsesionada con matar a Steffie, con saldar la deuda que tenía contigo, Nick, por no haber estado cuando me necesitabas. No pude salvarte como tú me salvaste de la medusa. Y estuve a punto de hacerlo otra vez, hace apenas diez minutos…

Nora está llorando ahora, pero sigue hablando.

—Pero entonces la perdoné, Nick. Y me perdoné a mí misma. Espero que tú también puedas. Pero si no, lo entenderé. No quiero seguir cargando con esta horrible carga. Me está haciendo hacer cosas horribles. Está convirtiendo mi amor por ti en algo monstruoso, y eso no es real…

Niega con la cabeza, y de repente sonríe entre lágrimas.

—No es real, Nick. Nada de esto. El odio, el miedo… es solo… no sé, un espejismo. Espero que lo entiendas, porque no sé cómo explicarlo de otro modo…

—Lo entendemos —dice Gina—. Has pasado por lo mismo que varios de nosotros.

Nora se suena la nariz.

—Me alivia mucho oír eso. Pensé que podría haber perdido la cabeza.

—Yo también lo pensé cuando me ocurrió a mí —le dice Gina con una sonrisa—. Pero creo que es justo lo contrario.

Nora asiente, y luego mira a su hermano.

—Nick. Por favor, dime qué estás pensando.

Gina mira de reojo. Nick está simplemente sentado, mirando el teléfono, con expresión ausente. Parece estar reflexionando sobre

una pregunta profunda, y no se da cuenta de que sus dedos juguetean con los bordes de la tirita. Entonces, inhala profundamente y muestra una mano con la palma hacia arriba. Con la otra, la acaricia dos veces, como si se quitara polvo.

Nora suspira en voz alta. Cerrando los ojos con fuerza, se lleva una mano al pecho y susurra:

—Te quiero, Nick.

Nick olisquea, parpadea para contener una lágrima, y le muestra a Nora lo que a Gina le parece un gesto con los cuernos: un puño con el pulgar, el meñique y el índice levantados. Se levanta de la mesa y se aleja hacia el otro extremo del salón. No parece tener un objetivo claro, salvo la necesidad de tomar un poco de distancia, así que Gina carraspea y continúa:

—Nick sigue aquí, solo está tomando aire. Has dicho que había otra persona más contigo, ¿verdad?

Nora asiente, carraspeando.

—Sí, y no tengo ni idea de quién es, pero tengo la sensación de que vosotros sí. Espera, os lo enseño…

Nora se acerca a la cama, gira el teléfono y lo acerca al rostro de un bebé que duerme plácidamente, envuelto en una manta.

El corazón de Gina da un vuelco.

—Dios mío —exclama Anton. Está de pie detrás de Gina, mirando por encima de su hombro—. ¿Es él?

—¿Qué pasa? —pregunta Mark, frunciendo el ceño, mirando alternativamente a Gina y a Anton—. ¿Qué estáis viendo?

Camilla no espera a que respondan. Se levanta, casi tirando la silla, y corre alrededor de la mesa. Al ver la pantalla, lanza un sonido entre grito y suspiro.

—¡Danny!

9

TOMMY

Tommy escucha durante mucho tiempo.

Cuando por fin termina la llamada, corre de vuelta al hangar.

Ha oído todo lo que necesitaba.

En lugar de volver a la zona de la cocina, Tommy se dirige a los baños. El último retrete —donde antes yacía la mujer muerta— está ahora vacío y han limpiado la mayor parte de la sangre.

Tommy cierra la puerta y se sienta sobre la tapa del váter. Empieza a mover las rodillas arriba y abajo, fijando la vista en una mancha de sangre en la puerta que quienquiera que limpiara el cubículo debió pasar por alto. Parece un fusil apuntando al cielo.

Sí —piensa Tommy, con la cabeza curiosamente vacía—. Eso es lo que necesito.

Se siente ansioso, casi hasta el punto de las náuseas, pero al mismo tiempo también hay una sensación de resignación. De aceptación.

Desde que apareció la grieta en el cielo, la vida de Tommy ha sido una espiral continua de desastres. Lo ha perdido todo y a todos, y sus actos se han vuelto cada vez más incontrolables y violentos.

Intenta hacer memoria, aunque sus recuerdos siguen algo borrosos; trata de identificar el momento exacto en que cruzó la línea—¿cómo lo llamaban en el colegio? El punto de no retorno.

¿Fue cuando vio morir a su madre?

¿Fue cuando abrió la puerta a Melissa en el refugio?

¿Quizá cuando apuñaló a Johan hasta matarlo?

¿O aquel instante en que decidió no contarle a Otto que su padre muerto seguía por allí?

El mayor punto de inflexión fue, sin duda, la bomba. Pero Tommy sospecha que ocurrió antes. ¿Y si fue mucho antes? Tal vez incluso antes de que el cielo empezara a romperse. Quizá cuando perdió a su padre. O antes aún. Durante su infancia, con una madre ausente y un padre maltratador.

Tommy no lo sabe. Le cuesta pensar en ello. Es como si su mente no quisiera ir allí.

Si su vida fuera la historia de una novela, sin duda pertenecería al género de terror. Probablemente escrita por Stephen King, o por alguien igual de retorcido y cruel con sus personajes. Solo a un loco se le ocurriría crear a un adolescente más o menos normal y equilibrado, solo para arrastrarlo después por un infierno sin ninguna esperanza de redención.

Excepto que…

Eso no era cierto.

Había habido esperanza. En cada etapa del camino, siempre tuvo una elección. Hasta el último instante. Incluso un segundo antes de cruzar aquella puerta con Fritz. Él mismo lo dijo: «Es tu elección, Tommy.»

Y él eligió como siempre: la opción más fácil. Tomó la decisión que le trajo un pequeño alivio inmediato, un respiro frente al dolor y al miedo. Pero también lo llevó un paso más abajo en la escalera que llevaba descendiendo durante meses, si no años.

Y ahora, ya era demasiado tarde.

¿O no?

«Te perdono, Tommy.»

Al oír la voz de Gina en su mente, estuvo a punto de echarse a llorar. Tapándose la boca con ambas manos, consigue contener los sollozos. En su lugar, todo su cuerpo comienza a temblar violentamente.

«Nada de esto es, en última instancia, tu culpa.»

Pero, por supuesto, sí lo es.

Él fue quien clavó el cuchillo en Johan. Él mintió a todos. Él activó la bomba.

Nadie más.

«No escuches esas tonterías», le había dicho Fritz. «Aquí no hay nada para ti salvo dolor y miseria.»

Y eso, desde luego, era verdad.

Fritz le prometió que podía seguir viviendo. Que haber matado a toda esa gente no tenía por qué ser el final. Que incluso podía encontrar un nuevo propósito.

Pero, pensándolo bien… ¿no era eso también lo que le había dicho Gina? Ella quería que se quedara. Quería que lo afrontara todo y que entonces...

«Perdónale. Perdónate.»

No puede hacer eso. Simplemente no puede. Lo que ha hecho es demasiado grande para ser perdonado.

Y perdonar a su padre no es necesario, porque Tommy ya no siente ira hacia él. Ni resentimiento. Lo cual, pensándolo bien, es bastante curioso, dado que el fantasma de su padre había estado allí todo el tiempo, empujándole a cometer aquellas atrocidades.

—Él no era realmente mi padre —susurra Tommy al cubículo vacío —. Mi verdadero padre murió hace años. Qué suertudo… Se libró de toda esta mierda… incluido yo.

Esas dos últimas palabras se le escapan sin querer, y Tommy murmura:

—Me abandonó.

Para su sorpresa, siente de verdad un estallido de rabia. Aunque muy leve. Más parecido a una molestia pasajera. Pero está ahí. Es como si algo amortiguara la emoción. Como si estuviera drogado.

Es este lugar —se da cuenta, parpadeando sin pensar—. Eso es lo que Fritz quería decir. Lo entierra todo, poco a poco.

«Todo desaparecerá para siempre.»

Así fue como lo dijo.

Fuera de la vista, fuera de la mente. Ese ha sido el lema de Tommy desde que tiene memoria. Nunca le ha gustado detenerse en sus problemas. Simplemente ignorarlos y seguir adelante.

Le había funcionado hasta ahora.

Pero esto. Esto era demasiado grande como para seguir adelante.

«Tu padre te quería más que a nada.»

Siente otra punzada en el corazón, y esta vez no puede evitar llorar. Con la cabeza gacha, abrazándose a sí mismo, Tommy solloza como un niño pequeño.

Mientras llora, los recuerdos cruzan su mente. Tommy, con seis años, en su primer día de colegio. Su padre estaba allí, sonriéndole cada vez que se ponía nervioso. Tommy, con ocho, jugando al fútbol en el jardín. Su padre le dejó marcar el gol de la victoria, aunque podría haber parado el balón sin esfuerzo. Tommy, con catorce. Su padre entrando en su habitación para darle la mala noticia. Tommy no lloró al oír la palabra «cáncer». Aun así, su padre lo abrazó con fuerza.

—No puedo perdonarle —dice Tommy, cuando por fin deja de llorar—. No puedo dejarle marchar.

«Quédate, Tommy», susurra Gina en su mente. «Créelo.»

—No —sisea Tommy—. No puedo. Sin él, no tengo a nadie.

Traga saliva con dificultad, se limpia la cara con la camiseta, y entonces vuelve a mirar la mancha de sangre.

Y de pronto, lo comprende.

Lo que Fritz quería decir. Lo ve con una claridad sorprendente.

Lo que tiene que hacer.

Cuál es su propósito.

Tommy inhala profundamente. Por primera vez en mucho, mucho tiempo, puede llenar completamente sus pulmones. Al exhalar, casi toda la tensión lo abandona.

Se siente tranquilo. Lúcido.

Aún tiene una elección.

Y acaba de elegir.

10

JOHN

Le duele el brazo.

Los analgésicos que Camilla encontró en el armario de la cocina le están aliviando un poco, pero solo lo justo para que John siga despejado. Quiere poder pensar, o no será de utilidad para nadie. Siendo ciego, su mayor aportación al grupo no es su fuerza física, sino su conocimiento y su mente analítica.

Así que ignora las punzadas palpitantes que le irradian desde el codo y se concentra en escuchar a quien esté hablando. Llevan ya un buen rato, John ya no tiene el lujo de mirar un reloj, así que el tiempo se percibe de otro modo, pero está bastante seguro de que se acerca el atardecer. Han pasado por más de cuatro jarras de café. Anton duerme en el dormitorio, y en la chaise longue está Lisa, que regresó al cabo de unos diez minutos. Murmuró una disculpa a Gina, la abrazó y luego se tumbó. John puede oír su respiración suave mientras duerme.

Alrededor de la mesa están Mark y Camilla, John, Gina y Nick. Al teléfono está Nora, que actúa como intérprete de lo que Nick dice con las manos. El perro parece estar acurrucado junto a Lisa, porque John lo oye suspirar de vez en cuando.

«Pobre animal. Perdió a toda su familia.»

Quizá Rex haya sufrido la pérdida más dura, pero todos han perdido a alguien. Nick está separado de su hermana, que tal vez no

logre salir con vida de allí. Mark y Camilla han perdido a su bebé. La madre de Lisa murió hace apenas unas horas, y Gina y Anton perdieron a su hijo y hermano.

John se siente sorprendentemente afectado por su propia pérdida. La muerte de Karen aún le parece algo irreal. No era consciente de cuánto amor seguía sintiendo por su exmujer. Aparentemente, haber convivido durante años, hecho el amor miles de veces y criado juntos a un hijo, todo eso no se borra con unos cuantos años de separación.

Aun así, John necesita funcionar, así que aparta firmemente el duelo para más tarde, y tiene la sensación de que los demás están haciendo lo mismo. Todos están tensos, preocupados por lo que está por venir. La ansiedad se palpa en el aire.

Pero también hay una atmósfera de optimismo.

Es diferente a todo lo que John ha sentido hasta ahora. De algún modo, el hecho de estar juntos, hablando sobre sus opciones, planeando cómo proceder, parece generar una especie de… esperanza es una palabra demasiado fuerte, pero al menos crea una oportunidad. Una expectativa tácita de que en realidad hay algo que pueden hacer. Que, a pesar de lo desesperada que parezca la situación, ahora tienen la posibilidad de intentar arreglarla. Al menos en parte.

Puede que no lo consigan. De hecho, el detective que lleva dentro —la parte racional, fría, guiada por los hechos y experta en calcular probabilidades— le susurra que las cifras juegan en su contra. Terriblemente en contra. Enfrentarse a una criatura no humana, un demonio encarnado, con habilidades que solo Dios sabe cuáles son, no le inspira precisamente confianza en que muchos —si acaso alguno— vayan a salir con vida de esto.

Aun así.

Al menos lo van a intentar.

Y eso le da una oportunidad. Por pequeña que sea, sigue siendo una oportunidad.

—Muy bien —dice Gina—. Recapitulemos. Primero, Nora vuelve como si nada hubiera pasado. A medianoche recogerá a Danny y se reunirá con nosotros en el extremo sureste del aeródromo, junto a

los árboles. Se encargará de preparar el mensaje para Fritz y de dejarlo en un sitio donde él lo encuentre. Después, todos nos iremos por el mismo sitio por el que vinimos y conduciremos directamente hasta el destino. Mark, tú nos llevarás a la cabaña de la playa de los padres de Erika. Allí nos quedamos.

Nadie dice nada durante un buen rato.

John carraspea.

—Y, ehm, eso que Nick vio hacer a ese tipo… hacer que la gente volviera sus armas contra sí misma… eso significa que las armas están descartadas, ¿no?

—Creo que, como mínimo, debemos tener mucho cuidado —dice Gina—. Cuando me enfrenté a Fritz en la casa, creo que intentó usar ese truco conmigo, pero no funcionó. No sé por qué ni cómo, pero no creo que pueda controlarme. Tal vez sea así con todos los que hemos hecho frente a nuestros fantasmas, pero probablemente no deberíamos asumirlo. Si todos vamos armados y Fritz realmente puede controlar nuestros movimientos… bueno, se acabará todo muy rápido.

—¿Entonces serás tú la única que irá armada? —pregunta Camilla a Gina.

—Creo que es lo más sensato, sí —responde Gina—. Cuantas menos armas, mejor. La mía la mantendré oculta, por si acaso.

—Y esa es también la razón por la que no podemos hacer lo que hizo ese chico… Tommy, ¿no? —pregunta Nora por teléfono—. Colocar una bomba junto a la puerta y volar a Fritz en cuanto la cruce.

—Exacto —dice Gina—. Dado que Fritz puede mover objetos, estoy segura de que la desactivaría de inmediato. O, peor aún, podría usarla contra nosotros.

—¿Y si Fritz no viene solo? —pregunta John—. Podría traer a un grupo armado con él.

—Si alguien que no sea Fritz intenta pasar, Mark cerrará la puerta —dice Gina—. De hecho, lo hará en cuanto Fritz la cruce.

—¿Y la criatura? —pregunta Camilla—. ¿Y si Fritz la trae con él?

Gina no responde de inmediato. Los demás esperan su respuesta. En el silencio, John puede oír la respiración constante de Gina

mientras lo considera.

—Entonces la mataremos —dice finalmente—. Tarde o temprano tendremos que hacerlo de todos modos, y creo que cuanto antes, mejor, porque según me dijo Franz, crecen muy rápido, tanto en tamaño como en fuerza.

—¿Y estás totalmente segura de que podemos abatir a esa cosa con balas? —pregunta John—. Porque si no, vamos directos al matadero.

—No puedo dar ninguna garantía —concede Gina—. Solo puedo basarme en lo que me dijo Franz. Todo lo demás que me contó parece ser cierto, y no tengo motivos para creer que mintiera sobre esto.

Hay otra pausa en la conversación.

Entonces, Mark habla.

—Creo que estamos olvidando un detalle importante: la puerta. Aunque la quite de las bisagras, eso no evitará que Fritz vuelva, ¿cierto? Y otros podrían cruzar también, ya que el portal permanecería abierto.

—Cierto —dice Gina—. Los portales solo se cierran cuando las puertas se cierran. Buena observación, Mark. Entonces tendrás que dar un portazo, luego abrirla de nuevo, y entonces sacarla de las bisagras. Eso debería cortar el portal.

—No me gusta que Mark esté tan cerca de Fritz —interviene Camilla—. Quiero decir, para cerrar la puerta, tendrá que estar justo detrás. Fritz sin duda lo oirá.

—Tienes razón —dice John—. No podemos exponer a Mark así. Tengo una idea mejor.

Siente las miradas de los demás posarse en él. Gira el rostro en dirección a Mark.

—Dices que esa cabaña, ¿es de madera?

—Sí. Es una de esas móviles. Muy pequeña y ligera.

—Entonces prendámosle fuego —dice John con un encogimiento de hombros de su brazo bueno—. La empapamos entera en gasolina de antemano, y encendemos una cerilla en cuanto Fritz cruce. Ni él podrá volver, ni nadie más querrá intentarlo.

—Me gusta la idea —dice Mark—. Una hoguera acogedora en la playa. Incluso podríamos llevar nubes.

La broma provoca algunos gruñidos, y el ambiente se aligera un poco.

—Además de la gasolina, llevaremos suministros médicos —continúa John—. Vendas, torniquetes, gasas, antisépticos, incluso pinzas y un kit de costura para sacar balas. Básicamente, todo lo que podamos necesitar en caso de que alguien resulte herido.

—Eres un tipo meticuloso, agente Nygaard —dice Mark.

John se encoge de hombros.

—Solo me gusta estar preparado, nada más. Sé dónde encontrarlo todo; será solo una parada breve por el camino.

—Bien —dice Gina—. Muy bien, creo que hemos cubierto todo. Nora, ¿tienes claro cómo llevarás a Danny al punto de encuentro?

—Sí —dice Nora—. Steffie acaba de aceptar ayudarme.

—¿Vendrás con nosotros, Steffie? Estaremos encantados de llevarte.

Como no hay respuesta, Gina añade:

—No tienes que venir con nosotros a la playa; podemos dejarte donde prefieras.

—Dice que no —les informa Nora—. No quiere marcharse.

—Me parece justo —dice Gina—. Gracias por tu ayuda, Steffie. Si cambias de opinión, la oferta sigue en pie. Nora, te mandaremos un mensaje cuando estemos a diez minutos. Hasta entonces, ten cuidado y mantén a Danny a salvo.

—No hay de qué preocuparse —dice Nora—. Nos aseguraremos de que esté… oh, se ha despertado.

John oye un gemido de bebé de fondo. Luego Nora pregunta:

—Chicos, ehm… ¿queréis saludarle?

Camilla suelta un suspiro, luego susurra:

—Sí, por favor. Si pudieras acercarle el teléfono. Quiero que oiga mi voz…

John no quiere entrometerse en una conversación tan personal, así que se levanta y se mueve con cuidado alrededor de la mesa. Oye a Gina y a Nick levantarse también. Al llegar a la chaise longue,

palpa hasta encontrar las piernas de Lisa. Al apretarle el tobillo, ella gruñe.

—Perdona por despertarte, cariño. Pero tenemos que preparar todo. Nos vamos.

—Oh. Vale —Lisa bosteza y se incorpora—. He tenido el mejor sueño. Estaba de vuelta antes de que empezara todo esto. Todo iba bien. Tú y mamá aún…

Su voz se quiebra.

John extiende el brazo y la abraza con uno solo.

—Todo volverá a estar bien. Te lo prometo. Solo nos queda hacer una cosa.

Lisa no contesta. Puede notar que no le cree del todo.

—¿Qué pasa, cielo?

—Es solo que… —Baja la voz—. Aunque logremos matar a esa cosa, ¿qué pasa con las demás? Si hay cientos o miles por todo el mundo, ¿de qué sirve acabar con una?

John se toma un momento para responder.

—No es la forma de verlo. Pensar que un paso no sirve de nada es justo lo que impide empezar una maratón. ¿Y si lo más difícil es la primera, y luego es más sencillo? No hay otra salida. Mantener la esperanza es lo único que podemos hacer.

Lisa murmura algo.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que será una esperanza ciega.

John sonríe.

—Es la única que soy capaz de tener últimamente.

Lisa gruñe.

—Vale, papá. Seré optimista.

—Esa es mi chica —dice John, besándole la coronilla—. Ahora, por favor, vístete.

11

TOMMY

Tommy necesita un arma.

Nada de explosivos esta vez. Tiene que ser un arma de fuego. Tampoco una pistola. Una más grande. Mucho más letal.

Ya se había fijado en los camiones aparcados delante y en las cajas militares apiladas bajo el voladizo. Ha visto suficientes películas bélicas como para saber lo que contienen, así que se dirige al exterior y rodea el edificio.

Gina y los demás están en camino. Conoce el lugar. La Gemela —Nora— les dijo que entraran desde el sur, ya que hay una hilera de pinos que bordea un lateral de la pista.

Todo ocurrirá alrededor de la medianoche. Lo cual es inteligente. La oscuridad les dará cobertura. La mayoría de la gente de aquí estará durmiendo, salvo los del turno de noche. Acordaron mandar un mensaje a Nora diez minutos antes de llegar. Entonces, ella irá al edificio donde tienen al bebé y se lo llevará.

La otra mujer, la Yonqui, no quiso acompañarlos. Le ofrecieron llevársela, pero lo rechazó. Dijo que no tenía nada allá fuera. En su lugar, fingirá que Nora la dejó inconsciente para robarle al bebé. Así, con suerte, Fritz no ordenará matarla. Tommy no lo tiene tan claro. Ha visto el cadáver momificado colgando del techo del hangar, clavado a una gran cruz de madera. Cuando se lo preguntó al

Tartamudo, este dijo que el pobre tipo había decepcionado a Fritz de algún modo.

«Eso no es asunto mío», se recuerda Tommy mientras avanza por el exterior del hangar. «Debo centrarme en mi tarea».

Es agradable, en cierto modo, volver a sentirse como antes. No su yo de siempre, sino la versión más reciente, la que era justo antes de llegar aquí. El Tommy seguro de sí mismo. El Tommy que tenía cosas por hacer. El Tommy que conversaba con su padre muerto. Esa parece ser la única diferencia entre entonces y ahora: el fantasma de su padre no aparece, ni habla en su mente. Tommy sigue esperando oír su voz, pero hasta ahora, solo resuenan en su interior sus propios pensamientos oscuros.

Necesita un arma de verdad. Una que dispare muchas balas en poco tiempo.

Llega al voladizo. Media docena de hombres están cargando cajas en un avión.

El más cercano —un tipo bajo y gordo que suda a chorros— se gira y le lanza una mueca de desprecio a Tommy.

—Lárgate, chaval.

Tommy no se mueve. Los hombres siguen cargando.

Cuando el gordo recoge otra caja, se da cuenta de que Tommy sigue ahí plantado.

—¿Eh? ¿No me has oído, mocoso? Fritz dijo que nada de fisgones. Así que piérdete o te voy a dar una patada en el...

—¡Cierra la puta boca, Muñeco de Nieve! —le interrumpe otro.

Un hombre mayor, con entradas y gafas de montura fina, le lanza una mirada significativa al gordo.

—¿No sabes quién es?

El Muñeco de Nieve —probablemente apodado así por su forma redonda— fulmina a Tommy con la mirada.

—Es un puto metomentodo, eso es lo que es.

—Soy el Bombardero —dice Tommy. Su voz suena tensa, por tener la mandíbula apretada—. Y a mí no me hablas así.

Todos los hombres han dejado de trabajar para mirarlo. A Tommy no le importa lo más mínimo.

Los ojos del gordo se agrandan de forma casi cómica, tanto que parece que van a salírsele de la cara.

—Oh... yo... mierda... Lo siento, Bombardero... no te había... no te había reconocido...

—No —dice Tommy—. No lo habías hecho. Y seguramente tampoco sabes lo que hice para llegar hasta aquí, ¿verdad?

El Muñeco de Nieve asiente con fuerza, haciendo que su papada tiemble.

—Claro que sí, Bombardero. Volaste por los aires a un grupo entero de resistentes. Los mataste a todos antes de que pudieran venir a hacernos daño.

—Eso es —dice Tommy—. Y ahora tengo otra misión.

Aparta la vista del Muñeco de Nieve y se dirige al hombre mayor que está en la rampa del avión.

—Tú. Necesito un arma. El Profeta dijo que podía conseguir una aquí.

—Claro, claro —dice el flacucho, asintiendo con la cabeza calva. Su largo cuello y su nariz torcida le dan aspecto de ave—. Estamos cargando esto para el asalto de mañana. ¿Te enteraste de lo que encontró Fritz? Otro grupo escondido en una iglesia. Vaya. Debería ser fácil llegar hasta ellos, ¿no? —ríe nerviosamente, y ese chillido le hace parecer aún más un pájaro—. Estooo... bueno, ¿qué estás buscando, Bombardero?

—Algo que cause mucho daño en muy poco tiempo —dice Tommy —. Y que sea fácil de usar.

—Dale uno de los automáticos, Buitre —interviene otro, señalando una pila de cajas dentro del avión—. Acabo de sujetarlos.

El viejo —con razón apodado el Buitre— se pone manos a la obra y desata las cajas. Abre la tapa de la de arriba y saca el arma más grande que Tommy ha visto jamás. Solo ha visto algo así en fotos de soldados estadounidenses en Oriente Medio.

—¿Esto sirve? —pregunta el viejo, mostrándosela.

Finge considerarlo.

—¿Es la que dispara más rápido que tenemos?

—Y-yo no lo sé...

—Lo es —dice el otro, el que sugirió el arma para Tommy. Es más joven, de piel oscura y habla con un ligero acento—. Dispara cerca de mil balas por minuto. Debería abatir a cualquiera antes de que pueda parpadear.

—Servirá —dice Tommy, extendiendo las manos.

El Buitre vuelve a colocar el arma en la caja y se la entrega con cuidado. Tommy empieza a ponerse un poco nervioso. Los hombres siguen observándolo, y teme que alguno le pregunte por su misión. No quiere contarlo, ni que Fritz se entere. Este es su trabajo; de nadie más.

Está a punto de irse cuando el árabe lo llama:

—Eh, Bombardero.

Tommy se gira con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Necesitarás munición, ¿no?

—Ah. Cierto.

El tipo le trae una gran caja metálica con una correa de cuero.

—Aquí tienes. Cuatro cintas. Debería ser suficiente.

—Gracias —dice Tommy.

—Oye, ehm... —dice el gordo cuando Tommy está a punto de irse —. No le dirás al Profeta lo de antes, ¿verdad? Lo de, ehm... el malentendido...

Tommy lo mira fijamente, dejándolo sufrir un momento.

—No —dice.

El Muñeco de Nieve suspira con alivio y sonríe.

—Gracias, Bombardero. Es un gran alivio.

El flaco ríe con ese chillido agudo.

—Eres idiota, Muñeco de Nieve. Eh, Bombardero, ¿sabes por qué Fritz lo apodó así? No solo por su forma, también porque se está derritiendo.

Los demás sueltan carcajadas. Tommy no puede evitar sonreír.

El Muñeco de Nieve gira la cabeza bruscamente, esparciendo gotas de sudor.

—¿Ah, sí? Pues ¿sabes por qué a ese imbécil lo llaman Buitre? No solo porque parece un pajarraco estúpido... —Mira a Tommy, alzando las cejas—. ¡Es porque se comía a los muertos!

—¡Eh! —croa el flaco, señalando al gordo con un dedo tembloroso —. ¡Eso te lo conté en confianza...!

—¡Pues a la mierda tu confianza! Siempre estás encima de mí porque no soy un esqueleto andante como tú...

Mientras los hombres empiezan a gritarse entre ellos, Tommy se escabulle.

Está tan centrado en desaparecer de la vista que, al pasar tras un camión aparcado, casi tropieza con una chica sentada en el suelo.

—¡Ay! —grita ella, dándole un golpe con un palo en la pierna—. ¡Ten cuidado, idiota!

Tommy está tan sorprendido que no reacciona al instante. La chica es joven, probablemente la persona más joven que ha visto por aquí. Tiene el pelo rojo y brillante bajo el sol. Cree saber cómo se llama; oyó a alguien murmurar sobre ella.

Es la chica que se llevó al bebé. La que mencionó Gina.

—¿Alicia? —dice.

12

FRITZ

—¿Papá? ¿Papi?

Alguien lo empuja.

Fritz gruñe y se gira de lado. No quiere despertarse. Está teniendo un sueño agradable. Trata sobre Melissa. Ella está viva, y todo va bien. Están en una playa tropical, compartiendo una tarta de chocolate y champán mientras disfrutan de la puesta de sol. Están celebrando algún tipo de aniversario.

Una parte de él sabe que es un sueño. Aun así, no quiere que termine todavía.

—¿Papi?

Alguien lo sacude. El sueño se desvanece. La playa soleada es sustituida por la oficina sombría que apesta a sangre. La sensación luminosa y alegre de estar con Melissa se transforma en dolores y pesadez por todo el cuerpo.

Frej está sentado en el borde de la cama, con el rostro inclinado sobre Fritz, los ojos abiertos de par en par y una expresión seria.

—¿Estás despierto, papá?

Su voz es notablemente más grave que la noche anterior.

—Sí —murmura Fritz, dejando caer las piernas al suelo.

Él también se siente más viejo, pero no en el buen sentido. A diferencia de su hijo, Fritz no está creciendo ni más grande ni más fuerte; está envejeciendo deprisa. Las últimas semanas han sido

increíblemente duras para su cuerpo, y a medida que su tarea se acerca al final, siente que la energía que lo ha sostenido hasta ahora se va apagando poco a poco, dejándolo agotado y exhausto. De hecho, casi espera con alivio el momento de cederle la responsabilidad a Frej. Retirarse y disfrutar del declive, sabiendo que ha contribuido a allanar el camino hacia un mundo nuevo y mejor.

—¿Qué ocurre, hijo? —pregunta, cogiendo la botella de agua de la mesilla—. ¿Tienes hambre?

Para su sorpresa, Frej niega con la cabeza, cada vez se le dan mejor esos pequeños gestos.

—Algo va mal.

Fritz duda, con la botella apoyada en los labios.

—¿Qué? ¿Ha pasado algo?

—No estoy seguro. Pero Gina aún no está muerta.

No solo el cuerpo y la mente de Frej están evolucionando a una velocidad impresionante. También ha empezado a hablar de cosas que no debería tener forma de saber. Como lo que está ocurriendo en el mundo, cómo están las otras congregaciones, cómo siente la llamada de sus hermanos y hermanas, y cómo puede percibir a Gina como la gran mosca venenosa en su ungüento. Al parecer, Frej ha heredado las habilidades de las voces. Tiene sentido, claro; quizás necesitó el plano genético de Fritz, junto con el útero de Melissa, pero está claro que también desciende de algo más. Es la encarnación viva de los dioses ciegos. Las poderosas entidades nacidas en carne, finalmente capaces de ver el mundo. De moverse en él. De moldearlo a su gusto.

Fritz bebe un sorbo de agua.

—Tenemos que ser pacientes, hijo. Estoy seguro de que Hoffman...

—Ya no puedo sentir a Hoffman.

Fritz baja la botella.

—Eso no es bueno.

Frej asiente con énfasis.

—Exacto. Solo puede significar una cosa...

—Bueno, bueno, no saquemos conclusiones precipitadas —dice Fritz, dejando la botella—. Hay otras explicaciones posibles. ¿Cuándo

lo perdiste exactamente?

—En algún momento de la noche. No lo sé. Simplemente me desperté y ya no podía sentirlo.

Fritz frunce el ceño.

—¿No crees que ellos…?

La expresión de Frej se oscurece.

—Es lo único que tiene sentido. O está muerto, o está con Gina. En cualquier caso, son malas noticias.

De pronto, Fritz siente una oleada de furia. Se levanta y empieza a pasearse por la habitación.

—Por el amor de Dios, ¿es que nada puede salir como yo quiero?

Se apoya contra la pared, respirando con fuerza.

—Si está muerto —dice Frej, acercándose—, probablemente sea porque Gina lo vio venir y le disparó. Si no lo está... entonces es aún peor. Significa que han unido fuerzas. Y probablemente estén conspirando contra nosotros ahora mismo.

—Él no haría eso —murmura Fritz, mirando la pared—. Ama a su hijo. Poner en peligro la vida de su recién nacido, eso es una locura. Créeme, lo sé. Ningún padre haría algo así.

—Esa gente está loca —dice Frej—. Lo han demostrado muchas veces. Son inestables, impredecibles. Tengo un mal presentimiento, papá. Creo que tenemos que prepararnos para lo peor.

Fritz se da la vuelta para mirar a su hijo. Es casi dos cabezas más alto que él ahora, su ropa ya no puede ocultar su pecho robusto ni los músculos fibrosos de sus brazos y piernas.

Es impresionante. En el sentido más literal de la palabra. Y ni siquiera ha madurado del todo aún.

—¿Qué tienes en mente? —pregunta Fritz.

Los ojos de Frej brillan.

—Creo que podrían venir a por nosotros.

—Pero no saben dónde estamos.

—Creo que sí.

—¿Cómo?

Frej se encoge de hombros.

—No lo sé, es solo… un presentimiento. No puedo… ¿cómo se dice?... localizarlos. Por culpa de Gina. Pero puedo sentir que se

están acercando.

Fritz traga saliva. Sabe que sería un error no confiar en los instintos de Frej. No tomárselo en serio.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—De acuerdo —asiente Fritz, mirando a su alrededor—. De acuerdo. Entonces tenemos que prepararnos para recibirlos. Pero no podemos decírselo a la gente. Solo los asustaría.

—Déjame ocuparme de ellos, papá.

—¡No! —Fritz se vuelve hacia Frej y le apunta con el dedo en la cara. Se siente ridículo haciéndolo, como un enano regañando a un gigante—. No estás preparado.

Frej asiente con calma.

—Sí. Lo estoy. Los mataré a todos, papá.

—No eres inmortal, hijo —dice Fritz, esforzándose por sonar afectuoso—. Pueden hacerte daño. Incluso matarte.

—No tendrán la oportunidad —dice Frej, hablando con toda la seguridad de un adolescente dispuesto a enfrentarse al mundo—. Soy demasiado rápido. Demasiado fuerte. Los destrozaré antes de que me vean venir. Déjame mostrarte lo que puedo hacer, papá.

Fritz no puede evitar considerarlo, aunque le pese. Sabe que Frej probablemente tiene razón: el chico mató a un hombre minutos después de nacer. Aun así, sigue siendo su responsabilidad. Al menos por un poco más de tiempo. Y si hay algo que Fritz detesta, es asumir riesgos innecesarios.

—Escúchame bien, hijo —dice, agarrándolo por los brazos—. Tendrás ocasión de demostrarte ante mí y ante el mundo. Pero no hay prisa. Esa gente… son alimañas. No merece la pena correr el riesgo, ni siquiera el esfuerzo. Estás destinado a gobernar, hijo mío. Y lo harás. Pero déjame a mí encargarme de Gina, de Hoffman y de quien más hayan convencido para unirse a ellos. Si de verdad vienen, se van a llevar una buena sorpresa. Los superamos en número con creces.

—Pero, papá —dice Frej con intensidad—. Tengo muchas ganas de hacerlo.

—Lo sé, hijo. Te lo prometo, la próxima vez. Por ahora, reuniré a los hombres y los colocaré en posiciones alrededor de la base. En cuanto los veamos, los eliminamos.

Frej imita un suspiro.

—Está bien. Pero me prometes que la próxima vez… ¿sí?

—La próxima vez —dice Fritz.

13

ALICIA

Está sentada con las piernas cruzadas en el suelo. Con un palo, pincha a una gran araña, empujándola de un lado a otro, haciéndola corretear en círculos.

Apenas es consciente de que está tarareando la canción infantil que su madre solía cantarle antes de dormir. Solo que ella ha cambiado un poco la letra.

—La arañita pequeña quiere escapar,
pero un palo bajó y no pudo pasar.
Corre que corre todo el día sin parar,
¡la pobre arañita no puede marchar!

A su madre nunca le gustaron las arañas. En realidad, las odiaba. Cada vez que aparecía una en casa, se ponía histérica. Si era diminuta, tal vez la mataba con un matamoscas. Pero si era más grande que una uña, llamaba al abuelo. Él vivía a pocas manzanas y no le importaba pasarse. Nunca mataba las arañas, eso sí. Las atrapaba con un vaso y un trozo de papel, y luego las soltaba con cuidado en el jardín. A mamá le fastidiaba que hiciera eso. Decía que solo volverían a entrar. Pero jamás consiguió que el abuelo las matara.

Alicia se parece mucho más al abuelo. A ella tampoco le molestaban las arañas, y tampoco quería que muriesen. Cuando su

madre descubrió que Alicia no les tenía miedo, empezó a encargarle que se deshiciera de ellas, para no molestar al abuelo.

Alicia echa de menos al abuelo. Lo echa tanto de menos que solo pensar en él le hace doler el corazón. No tanto como cuando llegó aquí por primera vez. Pero aún lo suficiente como para que un sollozo se le atasque en la garganta. Se concentra en la araña y vuelve a tararear.

Está tan absorta en el juego que no oye al chico que se aproxima por detrás del camión hasta que tropieza con ella, golpeándole el hombro con la rodilla y casi tirándola al suelo.

—¡Ay! —exclama, dándole un golpe con el palo—. ¡Fíjate, idiota!

El chico lleva dos grandes maletines de metal, uno en cada mano. Tarda un segundo en reconocerlo. No es que le importe demasiado. Pero sabe que el chico tiene fama de ser uno de los favoritos del Profeta, así que probablemente no debería haberlo golpeado.

El Bombardero no parece haberse hecho daño. La está mirando sorprendido.

—¿Alicia? —pregunta.

Oír su antiguo nombre despierta algo dentro de ella. Igual que cuando lo dijo Camilla. Y cuando lo dijo Mark. Y cada vez que lo piensa en voz baja dentro de su cabeza. No es agradable. Es como si algo tratase de despertarse en lo más profundo de su vientre, algo grande y poderoso. Como un dragón dormido. No sabe exactamente qué es, pero prefiere que se quede dormido.

—Ya no me llamo así —murmura—. Ahora soy la Amapola.

—Sí, vale, como digas —dice él, lanzando una mirada rápida a su alrededor y bajando la voz—. Pero tú fuiste la que se llevó al bebé, ¿verdad?

Ella entrecierra los ojos para mirarlo.

—Sí, ¿y qué?

El chico abre la boca como si fuera a decirle algo. Luego parece pensárselo mejor.

—Nada —dice—. Olvídalo. Ten cuidado.

Al pasar junto a ella, aplasta la araña bajo el talón sin siquiera darse cuenta, dejándola hecha una masa viscosa con patas negras que aún se estremecen.

Ella lo fulmina con la mirada, enfadada porque le ha estropeado el juego. Ahora tendrá que buscar otra araña, y eso puede llevar horas.

Mientras lo ve alejarse, se le ocurre otra idea. Desde que trajo al bebé ha estado aburrida. No tiene una tarea como los demás, así que básicamente se limita a deambular todo el día, intentando que el tiempo pase. Por la forma en que camina el Bombardero, lanzando miradas rápidas a su alrededor, tiene la sensación de que está tramando algo. Algo que probablemente sea mucho más emocionante que atormentar arañas.

Alicia espera hasta que desaparece de su vista. Entonces se levanta y lo sigue rápidamente.

14

MARK

En condiciones normales, serían tres horas de trayecto, siempre que evitaran la hora punta.

Pero con decenas de coches estrellados o simplemente abandonados en mitad de la carretera, tardarán el doble. Como mínimo.

No es que todas las carreteras estén intransitables; durante largos tramos, el camino está despejado. Esto sucede sobre todo en los paisajes abiertos, entre una ciudad y otra. Sin embargo, en cuanto se aproximan a algún núcleo urbano, la carretera vuelve a llenarse de vehículos abandonados, cadáveres y otros obstáculos, lo que les obliga a reducir la velocidad y zigzaguear con precaución. Como se han asegurado de bordear las ciudades por la autopista en lugar de atravesarlas, apenas se cruzan con nadie con vida. Solo de vez en cuando divisan a algún vagabundo solitario o pequeños grupos de ciegos, pero los dejan atrás con facilidad.

Las partes más complicadas son los puentes. Para pasar de Selandia a Jutlandia, necesitan cruzar primero el Gran Belt y luego el Pequeño Belt. Y tal como Mark temía, ambos viaductos están atascados de coches que intentaron huir de las islas. Por suerte, parece que alguien —probablemente el ejército— vino después y despejó un paso estrecho empujando coches a un lado. Hay cristales rotos por todas partes, y algunos vehículos pequeños han sido

volcados. En ciertos tramos, tienen que aprovechar la potencia del camión para apartar con fuerza algún coche que aún bloquea el camino.

No es fácil, pero consiguen seguir hacia el norte.

Nick condujo los primeros ochenta kilómetros, luego le tocó a Gina, y ahora es Mark quien está al volante. No para de mirar el reloj del salpicadero. Parece que llegarán justo a tiempo.

Tiene la mente extrañamente concentrada. Debería estar alterado, o como mínimo preparándose mentalmente. Pero aunque sus pensamientos giran constantemente en torno a Danny, logra mantenerse sereno y lúcido por dentro. El miedo está ahí, por supuesto, pero no tiene suficiente poder como para arrastrarlo.

—No pienso volver a perderlo de vista.

Mark gira la cabeza para mirar a Camilla. Antes se estaba quedando dormida, pero ahora está sentada recta, con la vista fija en la carretera.

—Va a estar a menos de un metro de mí hasta que cumpla veintiuno.

Mark sonríe.

—Eso será incómodo cuando tenga novia.

—Me da igual —dice Camilla—. No pienso correr más riesgos.

—No fue un riesgo —dice Mark—. Estábamos durmiendo. La puerta principal estaba cerrada. Era completamente imposible prever que eso ocurriría.

Camilla suspira profundamente.

—No puedo dejar de pensar que, si hubiera esperado para ir al baño. O si te hubiera despertado antes. Entonces, tal vez...

—Lo habrían conseguido de todos modos —dice Mark—. El mal siempre encuentra una forma. No te culpes, Camilla. La chica lo tenía planeado. Quería que gritaras mi nombre, para poder escabullirse y llevárselo.

Camilla aprieta los labios y asiente.

—Me da mucho miedo que no esté bien. O que no logremos recuperarlo.

—Sí, a mí también —Le toma la mano—. Pero tenemos que mantenernos fuertes por él.

Hay una pausa. Mark echa un vistazo al retrovisor. Está oscuro en la parte trasera, pero puede distinguir las siluetas. John y Lisa parecen estar descansando, la chica apoyada en su padre. Nick también está encorvado, y hasta Gina ha echado la cabeza hacia atrás y parece dormida.

La única figura que sigue despierta es Anton. Está mirando al frente, aparentemente sin ver nada, mientras acaricia al perro, que está sentado entre sus piernas.

«Pobre chico. Probablemente está pensando en su hermano», piensa Mark.

Mark no puede imaginarse lo que debe de ser perder a tu gemelo. Alguien que siempre ha estado a tu lado. Tu mejor amigo. Y a una edad tan temprana.

El destino, desde luego, no se ha andado con sutilezas. Ha sido tan cruel con los niños como con los adultos.

—No puedo evitar sentir pena por ella —dice Camilla, como si leyera los pensamientos de Mark—. Alicia. Estaba tan... Quiero decir, sus ojos... Apenas la reconocí.

Mark traga saliva.

—Sí. Gina dijo lo mismo de Tommy. Esos malditos fantasmas te destrozan.

—Espero que esté bien —dice Camilla, mirando por la ventanilla mientras pasan junto a una casa calcinada—. Espero que no esté sufriendo demasiado.

Mark lo medita.

—¿Tú crees que puede salvarse? ¿Que alguno de ellos puede?

—¿Te refieres a si matamos a esa cosa? No lo sé. Por lo que ese tipo le contó a Gina... parece que esto es mucho más grande de lo que imaginábamos. Si de verdad hay miles de ellos por todo el planeta, entonces...

—Sí, lo sé, pero... ¿y si todo está... concentrado en esa criatura? Como una espina. La arrancas, y la inflamación disminuye.

—¿Y los fantasmas? Alicia seguiría teniendo que enfrentarse a su madre.

—Supongo que sí. Pero sin esa energía maligna, puede que sea mucho más fácil.

Camilla lo considera.

—Es plausible. Creo que Gina tiene razón al decir que los fantasmas no son más que nuestros traumas personales, llevados al extremo. Lo que podría haberse tratado con terapia y tiempo, de pronto se impone de golpe. Nos obligan a enfrentarlo, y o nadas o te hundes. No hay término medio. Pero también pienso que nunca es demasiado tarde para nadar, ¿sabes? Siempre hay otra oportunidad. Por muy deprimido o asustado o lleno de culpa que estés, siempre puedes encontrar el camino de regreso. Incluso las mentes muy dañadas pueden sanar. Solo requiere mucho tiempo y mucho esfuerzo —Inspira hondo—. Así que sí. Creo que hay esperanza para Alicia y para los demás. Al menos, quiero creerlo.

Mark asiente lentamente.

—Yo también lo espero. Y supongo que pronto lo sabremos con certeza. Porque ese resplandor de ahí... —Señala hacia el horizonte —. Creo que esa es la base aérea. Llegaremos justo a tiempo. Será mejor despertar a los demás y prepararlos.

15

TOMMY

Hay un gran bloque de hormigón en mitad de la pista de aterrizaje. Mide unos tres metros y medio de alto, y en uno de sus lados hay una trampilla metálica y varias antenas. Probablemente se trate de algún tipo de centro técnico, aunque a Tommy no le importa su función. Lo único que le interesa es que es el lugar perfecto: abierto por todos los lados, Desde allí se ve bien la fila de árboles del sur.

El hormigón le dará cobertura a prueba de balas, por si empiezan a devolverle el fuego, cosa que da por hecha. Lo único que falta es una vía de escape. Al estar en campo abierto, Tommy no podrá huir si lo necesita. Lo cual significa que solo puede atrincherarse y seguir disparando.

Pero todo está bien. Sabe que probablemente no saldrá vivo de esta. Ya lo ha asumido. Siempre que pueda arreglar esto. Si logra completar su tarea final. Terminar lo que empezó. Entonces podrá morir en paz.

Espera hasta oír los ronquidos de todos a su alrededor. La única excepción es la Gemela. Tumbada en la litera de al lado, permanece con una mano detrás de la cabeza, mirando el fondo de la cama superior. Tommy, de lado, la observa con atención a través de los ojos entrecerrados. De vez en cuando, ella gira la cabeza hacia él, y Tommy finge estar profundamente dormido.

«Vamos», piensa con impaciencia. «Es hora. Levántate ya.»

Y por fin, la chica se mueve. Se desliza fuera de la cama y se marcha tan silenciosamente que Tommy casi no se da cuenta. Se da cuenta de que se estaba quedando dormido por un instante, porque de pronto la litera de al lado está vacía. Se incorpora bruscamente y se inclina hacia la salida. Apenas alcanza a ver la puerta cerrándose, cortando la luz de la luna.

Se viste a toda prisa con las manos temblorosas. Luego sale del barracón y cierra la puerta con extremo cuidado, sin hacer ruido. Alza la vista hacia el hangar: las luces siguen encendidas, y del interior llegan sonidos del turno de noche. Con el corazón golpeándole el pecho, Tommy rodea la esquina del edificio… y echa a correr.

Hay bastante distancia hasta su destino, y el terreno está completamente expuesto. Pero el sol ya se ha ocultado, y la media luna, junto con unas pocas estrellas, apenas proyecta un tenue resplandor azulado. Es improbable que alguien pueda distinguir su figura mientras corre… suponiendo, claro, que hubiese ojos atentos vigilando, cosa que él duda mucho.

Unos minutos más tarde, llega al puesto y se detiene, jadeando para recuperar el aliento. La noche veraniega es húmeda, y el sudor le empapa bajo la ropa negra.

—Voy a necesitar una ducha después de esto —gruñe. Luego, al darse cuenta de lo absurda que es esa idea, casi se echa a reír. No va a necesitar una ducha después de esto, porque no habrá ningún «después de esto». Al menos no para él. Y, si hace bien el trabajo, tampoco para Gina.

Tommy alza la vista hacia el cielo roto. El resplandor antinatural se filtra por las grietas. Nunca se acostumbrará; es hermoso y aterrador a la vez.

«Bien. Ponte a trabajar. Debe de ser cerca de la medianoche.»

Mira hacia los pinos. Se balancean suavemente con la brisa nocturna. No hay vehículos, ni figuras, ni luces a la vista.

Tommy rodea el bloque de hormigón y localiza las cajas metálicas donde las había dejado. No pensaba que nadie se molestara en venir hasta aquí a buscarlas, pero aun así pasó por el taller donde

trabajaban en un avión y, entre un armario lleno de herramientas, logró encontrar dos pequeños candados.

Agachado, marca la combinación en la primera caja y la abre, revelando la munición.

Luego toma la caja más grande… pero duda. Los números no son los correctos. Recuerda haber dejado el candado en 1-2-3-4, pero ahora marca una combinación aleatoria.

Tommy frunce el ceño. Alguien ha intentado abrirla.

Justo cuando ese pensamiento cruza su mente, escucha un gruñido cerca.

Tommy se inclina hacia un lado para mirar al otro lado del bloque.

En el suelo está la chica pelirroja, acurrucada, con los brazos rodeándose a sí misma, dormida.

—¿Pero qué demonios…? —dice Tommy—. ¿Qué haces aquí?

16

NORA

Nora sabe que el chico no está dormido. Tiene los ojos cerrados, pero su respiración es demasiado regular. Tampoco se está moviendo, ni murmurando. Por alguna razón, solo está fingiendo. Tal vez simplemente no tiene sueño.

Sea como sea, Nora no puede marcharse sin que él lo note, así que espera pacientemente.

Tumbada en su litera, piensa en Nick. Recuerda su cara en la videollamada. Sus ojos. Estaban tan vivos. Tan solo unas horas antes, estaba convencida de que seguía tirado en la habitación del hotel, pudriéndose.

Verle, hablar con él, saber que estaba a salvo y que se encontraba bien, le hizo sentir que volvía a ser la de antes… aunque diferente. De algún modo, ya no era la misma Nora que fue antes de que todo esto comenzara. Aquella joven que vivía sola en un piso acogedor del centro, estudiaba para ser profesora de primaria y salía con un chico anodino llamado Thomas, que era muy dulce, a pesar de seguir viviendo con sus padres.

Esta nueva Nora es mucho mayor, mucho más sabia, pero al mismo tiempo, paradójicamente, también es más joven. O más bien, sin edad.

Puede sentir la oscuridad. Desde luego, sigue ahí. Y ahora que ha regresado a los barracones, la percibe con más intensidad.

Definitivamente, es este lugar. Puede que no sea el origen de la oscuridad —sospecha que eso está dentro de ella—, pero sin duda la amplifica. Nora está convencida de que cualquiera que permanezca aquí demasiado tiempo acabará sucumbiendo a sus propios demonios, y probablemente no se recuperará jamás. Se siente profundamente agradecida de que solo tenga que quedarse un poco más.

Ya ha tomado una decisión: va a huir, pase lo que pase. Como Steffie, Nora entiende perfectamente el riesgo enorme que supone traicionar este lugar, traicionar a Fritz y al monstruo al que llama hijo. Solo necesita pensar en el pobre Portero. Cometió un error mínimo, y aun así fue torturado hasta morir. No hay forma de saber qué castigo impondría Fritz si los sorprendiera intentando liberar a Danny y escapar con él. Tal vez, simplemente, los entregaría como alimento a su hijo.

Empiezan a circular rumores. Sobre para qué necesita Fritz todos esos cadáveres. Por qué nunca se vuelven a ver. Y qué contienen las bolsas que se llevan por la parte trasera.

Caníbal. Esa es la palabra que Nora ha oído más de una vez, en susurros. Y, tras ver a la criatura —Frej, según anunció Fritz que se llamaría—, no le sorprende en absoluto. Cuando está quieto, con el rostro inexpresivo, casi podría pasar por humano. Un adolescente muy alto y desgarbado. Al menos, de lejos. Pero basta con que se mueva, hable o esboce un gesto, para que la ilusión se desvanezca por completo.

Tiene la boca de un depredador. Los modales de un sociópata. Los ojos de un alma muerta.

Es un monstruo, sin más.

Nora ya lo había visto antes, pero por alguna razón creyó lo que decía Fritz. Que Frej era tan humano como los demás, incluso más. Que era el futuro de la humanidad, el que salvaría a su especie de una extinción inevitable, y la conduciría a una nueva era, la edad de oro de la humanidad.

Sonaba maravilloso. Fue recibido con vítores, lágrimas y algo cercano a la histeria.

Lo había visto antes, pero ahora Nora lo ve de verdad. No hay nada humano en esa criatura. Es una máscara. Y una muy fina y poco convincente, además. Sus intenciones no son en absoluto benignas. No ha venido a salvarlos, sino a erradicarlos.

Y eso la aterra. La idea de que criaturas como esa estén naciendo en distintas partes del mundo… representa un peligro de otro calibre. Los ciegos, al fin y al cabo, son humanos. Pueden ser terribles, sí, pero terminan muriendo de hambre o de puro agotamiento. Estas otras entidades, en cambio, tienen mucho de lo que alimentarse. Y Nora no cree, ni por un segundo, que vayan a ser fáciles de matar.

Se da cuenta de que sus pensamientos vuelven a oscurecerse, así que se obliga a visualizar de nuevo a su hermano. Solo con evocarlo, logra recuperar una perspectiva más clara. El miedo y la preocupación siguen ahí, pero ya no la paralizan. Aún puede actuar.

Echando un vistazo de reojo, se da cuenta de que el chico por fin está dormido, o al menos cerca de estarlo. Tiene la boca entreabierta y el ceño ligeramente fruncido.

Inmediatamente aparta la manta y se desliza fuera de la cama. Recuerda coger el pequeño paquete que ha escondido bajo la almohada. Ya lleva puesto todo el atuendo, incluidos los zapatos, así que se dirige directamente a la puerta, procurando moverse con rapidez y en silencio. Al mirar el reloj, comprueba que son las doce menos veinte.

«Tengo que darme prisa.»

Corre pegada a la pared del edificio. En el hangar aún hay luz, pero a estas horas no se ve a nadie fuera.

Al llegar a la esquina del barracón, se asoma al descampado… y enseguida se aparta de un salto al distinguir, no muy lejos, a un grupo de hombres charlando y fumando. Están armados con fusiles pesados.

«¿Qué demonios?»

Normalmente no hay guardias. Todo el mundo aquí es libre de marcharse si lo desea… aunque nadie quiere. No hay un peligro real de ataques externos: nadie conoce este lugar. Y, aunque lo

conocieran, ¿quién en su sano juicio intentaría asediar una base aérea con varios miles de personas y un arsenal a juego?

Nora se queda inmóvil y agudiza el oído. Los hombres hablan en voz baja, con evidente intención de no ser oídos.

—Debería estar echándome una cabezada ahora mismo.

—No le veo sentido a esta puta farsa.

—No va a venir nadie. Ya verás cómo no pasa nada.

—Mejor mantén los ojos abiertos de todos modos.

—Sí, lo último que quieres es que el Profeta aparezca y te pille durmiéndote. Ya lo oíste. No estaba de broma.

Nora se aleja por donde vino, sintiendo cómo se le acelera aún más el corazón.

Fritz sabe que vienen. Ha ordenado a esos hombres que hagan guardia.

Agachándose, corre hasta el siguiente barracón, deslizándose entre las sombras. Su mente no deja de dar vueltas. ¿Alguien habrá escuchado su conversación con el grupo? ¿Les habrá delatado Steffie?

No, no tiene sentido. Si así fuera, Fritz sabría exactamente dónde esperarlos. No se molestaría en colocar un grupo de hombres junto a los barracones donde duermen. Además, ya habrían ido a buscar a Nora para llevarla ante él y castigarla.

Quizá simplemente se ha vuelto paranoico. Tal vez sea solo por precaución.

Pero Nora no está tan segura. No cree que Fritz sepa exactamente lo que va a pasar, pero intuye que algo se está gestando. Tiene esa forma inquietante de enterarse de las cosas sin necesidad de que nadie se las diga. Como cuando descubrió el vínculo entre ella y Nick. O cuando apareció, justo en el instante preciso, mientras Nora estaba a punto de matar a Steffie a golpes.

«Está oyendo voces. Alguien le guía. Le dice cosas de antemano.»

Nora sabe que esto es grave. Significa que deben extremar las precauciones. Y lo peor es que no tiene forma de avisar a los demás: no se atrevió a volver con el móvil a los barracones, así que lo dejó con Steffie.

Ya ha rodeado el segundo barracón y se detiene un instante en la esquina para recuperar el aliento. Desde allí, escudriña la pista de aterrizaje. No ve más grupos armados, al menos no de pie. Pero sí distingue un jeep aparcado junto a una antena solitaria, algo más lejos. El motor está apagado, pero el vehículo desentona, como si no perteneciera allí.

Al observarlo con atención, Nora capta un movimiento tras las ventanillas. Hay alguien dentro. Apostaría lo que fuera a que se trata de más hombres armados.

Otro puesto de vigilancia. Listos para disparar a quien se acerque sin invitación.

Nora siente un escalofrío recorrerle la espalda sudada. Tiene que llegar hasta Steffie y Danny lo antes posible. Necesita alcanzar su teléfono, llamar a Nick y avisarles. Tal vez haya que posponerlo todo. Quizá es demasiado arriesgado.

Nora dirige la mirada hacia el edificio de oficinas. El trayecto hasta allí está completamente expuesto, sin una sola cobertura. No le queda otra que lanzarse a campo abierto, confiando en que quien esté en el jeep no mire por el retrovisor durante los próximos treinta segundos.

Nora respira hondo varias veces, llenándose de oxígeno.

Y entonces corre.

17

FRITZ

Debería estar durmiendo. Desde luego, está lo bastante cansado. Pero no puede. No ahora. No hasta que todo haya terminado.

Porque Gina viene. No sabe cuándo ni dónde. Pero vendrá, y tiene que estar preparado. Podría ser la oportunidad que estaba esperando. Todo podría acabar esta noche.

Pasea de un lado a otro en el sótano. El lugar es increíblemente hermoso. Si lo hubiera descubierto antes, lo habría hecho su despacho. Y aún podría hacerlo. Incluso podría convertirlo en su hogar de retiro. Porque, una vez terminada la lucha, Frej dejará el nido para salir al mundo, y Fritz ya no tendrá utilidad alguna. Su propósito se habrá cumplido.

Los demás —todos esos siervos de ahí arriba, ocupados en la construcción de una máquina de guerra— seguirán siendo necesarios. Porque hay otros como Gina y su grupo ahí fuera, y deberán ser eliminados antes de que pueda levantarse el nuevo mundo.

Y hablando de construir un mundo nuevo, el sótano fue construido hace décadas por personas que querían hacer justamente eso: crear un futuro radicalmente distinto, un futuro en el que una determinada raza gobernara con superioridad. Leyó en el cartel enmarcado en la pared que el sótano se ha conservado casi exactamente como estaba durante la ocupación. Incluso hay aún esvásticas en los

mosaicos del baño, que también contaba con un vomitorio, diseñado para cuando los oficiales nazis se excedían y necesitaban vomitar parte de las, sin duda, deliciosas comidas que se les servían.

Fritz percibe una atmósfera cargada de poder aquí abajo. Es como si los espíritus de sus antiguos ocupantes aún permanecieran en el lugar. «Esta es la verdadera razón por la que elegí este lugar. No sabía que este maravilloso sótano estaba aquí, justo debajo. Pero podía sentirlo.»

De algún modo, ha logrado lo que los nazis no pudieron hacer. Ha puesto en marcha la maquinaria que realmente cambiará el mundo. Él lo ha hecho posible. Y pronto podrá dar un paso atrás y observar cómo todo se despliega, sabiendo que nada de ello habría podido suceder sin su…

Las pesadas puertas dobles estallan de pronto como si estuvieran hechas de cartón, golpeando con fuerza las paredes de ladrillo.

Fritz se gira de inmediato y ve a Frej de pie allí. Respira con rapidez, su pecho sube y baja con fuerza. Es demasiado alto para estar erguido, y tiene los ojos clavados en Fritz.

—¿Qué pasa? —pregunta Fritz, aunque ya conoce la respuesta.

—Se acercan —susurra Frej.

18

TOMMY

La chica se incorpora de golpe y mira a su alrededor. La diadema cae de su pelo, y su cabeza gira de un lado a otro hasta que por fin lo ve. Traga saliva y parpadea.

—Eh… hola.

—¿Qué coño haces aquí? —vuelve a exigir Tommy, agachándose para agarrar la camiseta de la chica. La obliga a ponerse de pie y la mira fijamente—. ¿Por qué estás aquí? ¿Te ha enviado Gina? ¿Eh? ¿Ha sido ella?

—¿Qué? ¡No! ¿Quién es Gina? Yo solo… ¡Suéltame!

Ella se zafa empujando a Tommy hacia atrás, y durante un instante se miran fijamente.

—¿Por qué estás aquí? —gruñe Tommy.

—¿Y tú por qué estás aquí? —responde la chica, recogiendo la diadema con un movimiento seco. Se aparta el pelo y se la vuelve a poner.

—Eso no es asunto tuyo —dice Tommy, señalándola—. Has estado trasteando con mis cosas. Así que será mejor que me digas qué haces aquí y cómo me has encontrado, o te patearé el culo. Me da igual que seas una chica.

—Uuuh, qué miedo —se burla la Amapola—. ¡Inténtalo si te atreves!

Tommy baja la voz.

—Sabes que he matado gente, ¿verdad?

Los ojos de la chica apenas parpadean. Luego, con calma, saca un cuchillo del bolsillo trasero. Tommy lo reconoce al instante: es uno de los cuchillos de carne de la cantina. Tiene la hoja dentada y, si llegara a herirlo, dejaría una cicatriz fea. Decide que no merece la pena gastar energía con ella.

—No voy a perder más tiempo contigo —dice Tommy, dándole la espalda—. Haz lo que te dé la gana. Tengo asuntos más importantes.

Abre la caja y saca la ametralladora. Tiene un trípode de patas anchas y varias piezas que hay que montar. Se pone manos a la obra.

La chica se asoma desde la esquina.

—¿Qué es eso?

Tommy la mira de reojo. Ella aún sostiene el cuchillo.

—Un consolador gigante —murmura—. ¿Qué parece que es?

—Parece una pistola.

—Qué perspicaz —dice Tommy, encajando la mira—. Ahora, vete.

—¿A quién vas a disparar?

Tommy no contesta.

La Amapola sigue allí, mirando cómo monta el arma.

—Si te digo cómo te encontré, ¿me dirás a quién planeas disparar? —pregunta. Su tono es menos confrontativo ahora. Más curioso.

Tommy gruñe.

—Sabes que podría pegarte un tiro, ¿no?

—Sí, pero no lo vas a hacer —responde la Amapola con desafío—. Porque no quieres que nadie sepa que estás aquí.

Tommy aprieta la mandíbula. Ya casi ha terminado. Solo necesita la munición, así que coge la otra caja.

—Te seguí —dice la chica simplemente—. Después de que pisaras mi araña.

—¿Tu qué?

—Después de que chocaras conmigo. Detrás del camión. Esta tarde.

—Ah.

Ella se encoge de hombros.

—Simplemente te seguí. Vi cómo cogías los candados, luego viniste hasta aquí. Te observé desde allí… —señala los árboles—. Cuando te fuiste, vine a ver qué habías escondido. Como no pude abrir la caja, decidí esperar. Sabía que probablemente volverías pronto, pero supongo que me quedé dormida.

—Eres una metomentodo —dice Tommy.

—Bueno, ¿puedo quedarme?

Suspira. No ve realmente el daño. Que la chica se quede probablemente es mejor que si vuelve al hangar, donde podría contarle a alguien que Tommy está allí.

—Si no me molestas —dice—. Y si te quedas callada.

—¡Claro, sin problema! —La chica sonríe mientras guarda el cuchillo en el bolsillo. Se coloca a su lado—. Entonces, ¿a quién vamos a disparar?

Tommy alza una ceja.

—¿Esta es tu idea de "callada"?

—Solo dímelo y me callo. Prometido. Pero necesito saber a quién vamos a matar, ¿no?

Tommy la mira. Su rostro pálido contra el cielo nocturno es, por alguna razón, inquietante. Tal vez sea la expresión de entusiasmo en sus ojos.

Está muy mal. Lleva aquí demasiado tiempo.

—No vamos a matar a nadie —le dice—. Yo sí.

—¿Es esa mujer que mencionaste? ¿Cómo era? ¿Dina?

—Gina.

—Eso. ¿Es ella? ¿Qué te hizo?

—Nada. Solo necesita morir, eso es todo.

—¿Pero por qué?

—Porque es peligrosa. Y… es mi deber. El Profeta me dijo que lo hiciera.

Técnicamente no es cierto, pero al menos logra que la chica se calle un rato. La verdadera razón por la que hace esto es porque sabe que es lo que Fritz quiere. O, mejor dicho, lo que quieren las fuerzas que él representa. Actuaron antes a través del recuerdo de su padre, guiándolo suavemente, pero ahora, Tommy está solo.

«Tuve la oportunidad de acabar con todo, pero fallé en el momento decisivo. Esas malditas pilas... Si no se me hubieran olvidado, Gina estaría muerta. Y ahora tengo que terminar lo que empecé.

Si no lo hago, nunca seré libre.»

La culpa lo consume. Tommy anhela que desaparezca, tal como Fritz le prometió. Ahora entiende por qué sigue ahí: porque falló. Porque no terminó lo que debía hacer.

Tommy comprueba que todo esté en orden. No sabe mucho de armas reales, pero ha jugado a varios videojuegos. Está bastante seguro de que el arma está lista para disparar. La levanta, es sorprendentemente pesada, y la coloca cerca del bloque de hormigón, con el cañón apuntando hacia la línea de árboles.

—¿Cuándo va a venir? —pregunta la Amapola.

—A medianoche. Por allí. Junto a los pinos.

—¿Vendrá sola? ¿O también...?

—¡Cállate!

Tommy le sisea al captar un sonido. Es un motor que se aproxima. Uno grande. Parece estar aún lejos, pero la brisa transporta el sonido. Tommy se lanza al suelo y agarra el arma. Solo entonces se da cuenta de que no ajustó bien la altura, sin perder tiempo, comienza a manipular el soporte.

—Dime si ves un camión —susurra.

La chica asiente y mira hacia los árboles, entrecerrando los ojos.

Tommy escucha cómo el motor se acerca lentamente, y logra bajar el arma unos centímetros. Ajusta los tornillos y adopta la posición correcta, o lo que él supone que es la posición correcta, basándose en lo que hacen los soldados en las películas.

—¡Allí! —dice la chica, señalando—. ¡Lo veo!

Tommy sigue la dirección que señala con el dedo y distingue el contorno del camión. Se ha detenido cerca del final de la hilera de árboles. El motor está al ralentí y las luces apagadas, por lo que sería difícil verlo si no fuera por el sonido.

—¿Y ahora qué? —susurra la chica, agachándose junto a Tommy.

—Tápate los oídos —murmura él, cerrando un ojo mientras apunta por la mira.

Ve los árboles y el camión detrás, pero está desenfocado. Encuentra el botón y lo gira hasta que la imagen se vuelve nítida.

Puede ver al tipo que está al volante: un joven delgado, de cabeza rapada, al que no había visto nunca. Tampoco le oyó hablar por teléfono, así que podría ser alguien nuevo. Se gira en el asiento y, aparentemente, le dice algo a alguien que va en la parte trasera. Acompaña sus palabras con muchos gestos.

«¿Es lenguaje de signos? ¿Es sordo?»

Tommy gira suavemente la mira y el arma hacia la derecha, enfocando la parte trasera del camión. La puerta se abre y un hombre salta al suelo. Lleva ropa distinta, pero Tommy lo reconoce al instante.

—Hola, Mark —murmura.

—¿Mark? —repite la chica, con voz aguda.

Tommy la manda callar bruscamente.

—¡Silencio! Nos oirán.

—¿Has dicho "Mark"? —insiste la Amapola, bajando ligeramente la voz—. ¿Quiénes son esas personas?

Tommy la mira brevemente.

—Son los padres del bebé que robaste.

La chica se tapa la boca con la mano, los ojos bien abiertos.

—¿Por qué… por qué están aquí?

—Para recuperar a su bebé, claro —dice Tommy, volviendo a la mira—. Y han traído a la mujer que tengo que matar.

Un movimiento a un lado le llama la atención.

La Gemela cruza la explanada corriendo. Lleva en brazos un bulto envuelto en una manta. Tommy puede oír sus zapatos sobre el hormigón, escuchar cómo resopla, oír al bebé gemir mientras lo mecen con el trote.

—Dios —susurra la Amapola—. Es ella… y ha traído a Danny…

Tommy la ignora. Vuelve a enfocar el camión. Mark ha salido de entre los árboles. Usa unos prismáticos, escaneando su entorno. Hay otra persona también. Una joven que Tommy no conoce. Corre hacia la Gemela, su rostro es una mezcla de miedo y alivio.

«Debe de ser la madre del bebé. Vamos, Gina. ¿Dónde estás?»

Y entonces la ve. Ha surgido entre los pinos. Lo ha engañado alejándose por la línea de árboles, acercándose más al hangar. Lleva un arma y está muy alerta.

Tommy nota cómo se le acelera el pulso. Su dedo encuentra el gatillo. La Amapola dice algo, pero él no la escucha.

«No te muevas, Gina. Quédate quieta medio segundo.»

Gina se desplaza de un lado a otro, da unos pasos en una dirección, luego en otra. Casi parece que sabe que alguien la tiene en la mira y no quiere quedarse expuesta.

Entonces, finalmente, se detiene. Y mira directamente a Tommy. Aunque probablemente no lo vea… debe de estar mirando al bloque de hormigón.

No importa.

Tommy la tiene.

19

NORA

Parece que cruzar la pista de aterrizaje le lleva una eternidad, aunque esté corriendo a toda velocidad.

Con cada paso, teme oír que alguien la llama. O peor aún, que suene un disparo.

Pero eso no ocurre.

Al llegar al edificio, casi se estampa contra la pared. Al doblar la esquina, cae de rodillas y manos, jadeando. Cuando por fin consigue respirar con normalidad, se incorpora y mira hacia el jeep. Sigue allí, inmóvil. Nadie sale. No se ha encendido ninguna luz.

«Lo he conseguido. No me han visto.»

Se desliza alrededor del edificio, dirigiéndose hacia la puerta, cuando...

Se detiene en seco y da un salto hacia atrás. Un paso más y habría tropezado con un tipo gordo, sentado en el suelo, apoyado contra la pared, con la boca abierta y roncando. Sobre su regazo, hay un fusil; en el suelo, junto a él, una linterna y un termo de acero.

Nora no se atreve a respirar, así que aguanta el aliento mientras pasa junto al hombre. Parece profundamente dormido, pero no puede arriesgarse. Al girar el pomo, descubre que la puerta está cerrada con llave. Da unos golpecitos suaves, sin apartar la vista del guardia. Si abre los ojos, irá directa a por el arma.

—¿Sí? —dice la voz de Steffie al otro lado, muy baja.

—Soy yo —susurra Nora.

La puerta se abre de inmediato. Nora entra, y Steffie la cierra y vuelve a echar el cerrojo. Al girarse, la chica la mira con los ojos muy abiertos, llenos de miedo.

—Ha estado aquí antes. El Profeta. Sabe que algo pasa.

Nora asiente.

—Se notaba por los guardias.

—Dijo que podrían venir a por Danny —continúa Steffie, acercándose a la cama—. Que debía estar especialmente atenta. Y que si veía u oía algo, tenía que gritar con todas mis fuerzas. —Mientras habla, envuelve a Danny con otra manta—. Tienes que irte ahora mismo. Si vuelve y te ve aquí, nos matará a los dos. —Toma a Danny en brazos—. Por favor, llévatelo y márchate.

—De acuerdo —dice Nora—. Déjame comprobar algo. —Rápidamente saca el paquete que lleva escondido en la parte trasera del pantalón y lo coloca sobre la cama. Por impulso, lo cubre con la manta.

Después, se acerca a la ventana orientada al sur. La pista de aterrizaje se extiende vacía bajo la pálida luz de la luna. A lo lejos se distinguen los pinos. Es una carrera larga. Diez veces más larga que la que acaba de hacer. Y volverá a estar completamente expuesta todo el trayecto. Además, irá con el bebé en brazos.

—Por favor, Nora —dice Steffie, con voz quebrada, al borde del llanto—. Puede volver en cualquier momento.

Nora se dispone a tomar al bebé. Para hacerlo, rodea la cama. Y es entonces cuando oye el pomo moverse. El cerrojo salta.

Steffie ahoga un grito y se gira. Nora mira hacia la puerta, que empieza a abrirse, y se agacha detrás de la cama. Observa las botas que cruzan el umbral. Se detienen justo dentro.

—Hola, Yonqui —dice la voz de Fritz. Nora nota al instante que suena distinto. No habla con su habitual tono de superioridad. En su voz hay tensión. Tal vez incluso un matiz de miedo—. Quería comprobar cómo estabas. ¿El bebé está bien?

—Está… bien —responde Steffie, con dificultad. Está de pie junto al cabecero, y Nora desea con todas sus fuerzas que se acerque a

Fritz, para que él, a su vez, no se acerque a la cama. Pero Steffie parece clavada al suelo—. Le acabo de dar de comer y… y estaba a punto de acostarlo.

—Bien —dice Fritz. Sus pies se mueven ligeramente, primero a la izquierda, luego a la derecha. Como si girara el cuerpo para escanear la habitación—. Bien. ¿Y no has visto a nadie?

—No —responde Steffie con demasiada rapidez—. A nadie.

Hay una breve pausa. Luego, Fritz se acerca a Steffie y a la cama. Nora se da cuenta de que la puerta sigue abierta, mostrando lo que parece un sótano. Eleva una oración silenciosa, agradeciendo a Dios haber decidido, en el último segundo, cubrir el paquete; de lo contrario, Fritz sin duda lo habría visto.

—Déjame verlo —dice Fritz. No suena afectuoso, como si muriera por ver la carita del bebé, sino más bien como alguien obligado a mirar algo que le resulta desagradable.

—Está… está dormido —responde Steffie, con voz débil.

—Solo un vistazo —dice Fritz, deteniéndose justo delante de ella.

Nora contiene la respiración. El pulso le golpea con tanta fuerza que lo siente tras los globos oculares. No puede meterse bajo la cama, porque no hay suficiente espacio, y los muelles desnudos crujirían si los toca siquiera.

—¿Ves? —dice Steffie—. Está dormido. Tal como te dije.

—Sí —responde Fritz—. Lo veo. ¿No crees que la manta extra es demasiado? Parece que aquí hace bastante calor.

—Supongo que tienes razón —dice Steffie. Quita la manta y la deja sobre la cama—. Así mejor, ¿no?

Fritz parece a punto de responder, cuando Nora ve un movimiento en la puerta abierta. Al girar la cabeza, ve unos pies enormes, descalzos, que entran en la habitación. Las piernas también están desnudas hasta media espinilla, donde empiezan los pantalones.

Si Nora no hubiera identificado al recién llegado, el suspiro de Steffie lo habría delatado.

—Te dije que esperaras, Frej —dice Fritz, dándose la vuelta.

—Pero, papá, puedo ayudar —responde la criatura. Su voz es más profunda, aunque aún rasposa, como la de un adolescente grande—. Están muy cerca. Lo puedo sentir.

—Me estoy ocupando. Por favor, vuelve.

La criatura no se va. Da unos pasos más, mirando a su alrededor.

—Nos están engañando, papá. Alguien les está ayudando.

Hay un largo silencio. Todos parecen contener la respiración.

Entonces Fritz dice:

—Estás muy nerviosa, Yonqui. ¿Mi hijo te asusta? No tienes por qué temerle. No te hará daño.

Nora se prepara para levantarse y correr. Saldrá disparada hacia la puerta. Probablemente no lo consiga, pero es su única oportunidad.

—No, es solo que… toda esta situación —balbucea Steffie. Está luchando por no llorar—. Es muy… angustiosa. Espero que no le pase nada al bebé.

Esa última frase suena sincera, y Fritz parece creérsela, porque cuando vuelve a hablar su tono es menos acusador.

—Lo entiendo. Tú y el bebé estáis a salvo aquí. El guardia está justo fuera, y nadie va a entrar. Te lo aseguro… —Algo parece llamar la atención de Fritz, que gira hacia la cama y deja la frase inconclusa —. Hmm.

—¿Qué? —pregunta Steffie, alarmada—. ¿Qué pasa?

La mente de Nora va a mil por hora. ¿Ha detectado su olor? ¿Ha hecho algún ruido sin querer? ¿Ha dejado algo sobre la cama que él haya notado? No se le ocurre qué podría ser, pero...

—Esa ventana de ahí —dice Fritz, empezando a rodear la cama—. Tal vez deberíamos tapiarla. Por precaución.

Nora sigue el movimiento de sus pies. Se agacha aún más, intentando volverse invisible. Pero no lo está. De hecho, está completamente a la vista, y Fritz se encuentra a solo tres pasos. En lugar de esconderse más, se prepara para saltar y huir.

—¡Profeta! —grita Steffie.

Él se detiene y se gira.

—¿Qué ocurre?

—El… el guardia —resopla Steffie, con dificultad—. El hombre que colocaste fuera…

—¿Sí?

—Está dormido. Le dijiste que… que se mantuviera despierto, pero… está roncando.

La voz de Fritz cambia.

—Espero que eso no sea cierto.

—¡Lo es! —insiste Steffie—. Ve tú mismo a comprobarlo. Por favor.

Fritz vacila un momento, luego se dirige hacia la puerta. La cierra y la vuelve a abrir de inmediato. Esta vez, el hueco muestra la vista correcta: el patio oscuro y abierto.

—Vamos, Frej —dice Fritz. Sale y va hacia la izquierda, donde está sentado el hombre. La criatura lo sigue sin oponer resistencia. Fritz cierra la puerta tras ellos y dice en voz alta:

—¿Estás de coña, Muñeco de Nieve?

Se escucha un gruñido de sorpresa. Alguien empieza a balbucear, y Fritz amenaza con despedazarlo. El tipo suplica por su vida, mencionando algo del café y la apnea del sueño.

Nora solo escucha a medias. En cuanto Fritz cierra la puerta, se pone en pie y corre hacia la ventana. La ha abierto del todo y agita las manos frenéticamente para que Steffie se acerque. Ella ya ha entendido, y se acerca con Danny. Nora se impulsa, trepa por la ventana y salta al exterior. Steffie le entrega el bulto a través del hueco, y Nora ve fugazmente el rostro de Danny cuando lo toma en brazos.

Lanza a Steffie una última mirada. Los ojos de la chica brillan con miedo, pero también con un atisbo de alivio.

—Vete —susurra—. Llévalo a un lugar seguro.

—Gracias —dice Nora; es lo único que se le ocurre.

Luego se da la vuelta y echa a correr, hacia las sombras deshilachadas a lo lejos, que sabe que son árboles.

Tras recorrer unos doscientos metros, un grito agudo rasga la noche.

Nora no puede evitar aminorar el paso y mirar atrás.

Se oye otro grito, aún más fuerte y estridente. Esta vez está cargado de dolor.

Proviene del interior del edificio que acaba de abandonar. Y no puede ser otra que Steffie.

Entonces, el grito se corta en seco, seguido de un silencio absoluto.

Nora echa a correr aún más deprisa.

20

GINA

Atraviesa las ramas y contempla la pista de aterrizaje. Es aún más grande de lo que imaginaba.

A lo lejos se alzan los edificios principales: el hangar del que Nora les habló, flanqueado por los barracones. En el primero hay luces encendidas.

Más cerca, se levanta una construcción menor, que Gina supone debe de ser donde tenían a Danny, porque desde esa dirección ve a Nora corriendo, con un bulto apretado contra el pecho.

Cuando Camilla sale a su encuentro, Gina distingue a Mark más abajo, junto al borde del bosque. Él la mira y le hace un leve gesto con la cabeza: señal de que no ha visto a nadie.

Gina vuelve a mirar a su alrededor, y esta vez repara en un bloque de hormigón no muy lejos. Tiene forma de edificio, pero es demasiado pequeño, así que probablemente sea algún tipo de caseta técnica.

Por algún motivo, su atención se fija en él, y sus ojos se quedan un momento quietos. Tiene una sensación, casi como un sexto sentido, de que alguien, desde allí, la está observando. No ve más que sombras, pero está casi segura de que…

De repente, todo se inunda de luz, cuando se encienden unos potentes focos justo sobre su cabeza, junto con otros situados más lejos.

Gina parpadea y se cubre los ojos.

Su primer pensamiento es que Nora los ha traicionado. Que los ha atraído a una trampa.

Pero entonces ve cómo Nora le entrega a Danny a Camilla, y ambas mujeres corren hacia el bosque.

Después suena una sirena ensordecedora. Es muy parecida a los simulacros de ataque aéreo que realiza el ejército una vez al año, salvo que Gina nunca la había oído tan cerca. Da una vuelta, mirando la pista, y siente cómo se le hunde el corazón. Tres, no, cuatro faros vienen directamente hacia ellas desde distintas direcciones. No puede asegurarlo, pero parecen jeeps.

«Esto es una trampa», piensa Gina.

Se vuelve para gritarle a Mark, pero él ya ha visto los vehículos que se acercan. Así que se agacha y corre hacia los árboles, viendo cómo Camilla y Nora se cuelan entre ellos.

—¡Mamá!

Es la voz de Anton, que llega desde la parte trasera del camión. Gina lo ve asomado a la puerta, sujetándose con una mano. Con la otra, señala hacia el campo. Gina sigue la dirección de su dedo y distingue otros dos faros que se aproximan, bloqueando el camino por el que habían llegado.

«Mierda. Estamos rodeados.»

Nora ayuda a Camilla a subir al camión y luego mira hacia Gina.

—¡Vamos! ¿A qué esperas?

Mark viene corriendo.

—Mierda, esto pinta muy mal. No tenemos más opción que cruzar la pista.

—Lo sé —responde Gina—. Díselo a Nick. Yo os cubriré.

—¿Qué? —grita Anton, al ver que Gina empieza a retroceder hacia los árboles otra vez—. ¿Vas a quedarte? ¡No, mamá, eso es un suicidio!

—¡No tenemos elección, Anton! —le grita ella, mirándole con intensidad—. ¡Vienen a por nosotros! ¡Corre ahora o moriremos todos!

Anton parece a punto de saltar del camión, pero Mark se interpone y lo empuja de nuevo al interior.

Gina dirige la mirada hacia los faros. Se acercan deprisa. Puede oír el rugido de los motores por encima del sonido de la sirena.

Corre hacia los árboles. Al menos al principio le ofrecerán algo de cobertura, aunque no se hace ilusiones: sabe que no podrá aguantar mucho.

Quienquiera que vaya en esos vehículos, seguramente viene a matarlos. Y seguramente va armado hasta los dientes.

Cuando el camión arranca, oye de nuevo a Anton gritar su nombre. El sonido de su voz le parte el alma, pero lo aparta de su mente con firmeza, centrándose en los jeeps que irrumpen en el claro.

Uno de ellos ya ha llegado. Frena en seco y se detiene justo delante del bloque de hormigón. De su interior saltan cinco hombres vestidos de negro, todos armados.

Apuntan con sus armas al camión, que avanza hacia el extremo de la línea de árboles. En cuestión de segundos estará a la vista, y los hombres tendrán un ángulo perfecto y sin obstáculos.

Gina se agacha, apunta y está a punto de disparar cuando, de repente, alguien se le adelanta, abriendo fuego con una sucesión de estruendosos disparos.

21

TOMMY

—¡Ay, me duele! —exclamó Alicia—. ¿Quién encendió todas esas luces? ¿Has sido tú?

—Por supuesto que no —siseó Tommy, frotándose los ojos.

La tenía. La tenía justo donde quería. Y entonces, las malditas luces lo dejaron ciego.

Cuando por fin pudo volver a ver, Gina ya no estaba. Al otro lado del bosque, el camión comenzaba a moverse. A lo lejos, Tommy distinguió dos pares de faros.

Los han acorralado, se dio cuenta, y al mirar por encima del hombro, vio más vehículos dirigiéndose hacia ellos a gran velocidad.

No tenía ni idea de cómo Fritz sabía que Gina y los demás vendrían, pero estaba claro que lo sabía. Aquello no era simplemente una alarma activada por un guardia cualquiera: era una trampa bien organizada.

Y el camión estaba atrapado justo en el centro de la red.

Solo había dos salidas: cruzar la pista de aterrizaje, enfrentándose de lleno al ataque, o internarse en el páramo que la rodeaba. Pero, aunque aquel terreno era abierto, también resultaba muy irregular, cubierto de brezos y matorrales dispersos.

Incluso suponiendo que el camión no se atascara, las carreteras transitables más cercanas estaban a once kilómetros. Los jeeps los alcanzarían mucho antes.

La chica seguía parloteando, pero Tommy no le prestaba atención. Aún con la vista algo borrosa, captó un movimiento junto a los árboles. Era Gina. Estaba de rodillas, con el arma en las manos. Parecía que se estaba atrincherando, dispuesta a resistir y cubrir la retirada del camión, dándoles una oportunidad a los demás.

Tommy estaba a punto de apuntar de nuevo cuando un jeep se cruzó por un lado, interrumpiendo su línea de visión.

Se detuvo a pocos metros, y un grupo de hombres saltó al asfalto. Tommy reconoció al Buitre. Ninguno lo había visto allí tendido, justo detrás.

Iban armados, no con armas automáticas como la suya, pero sí con fusiles bastante grandes, y apuntaban al camión, que seguía ganando velocidad y estaba a punto de bordear la línea de árboles en cuestión de segundos.

Cuando lo hiciera, los hombres abrirían fuego sin dudarlo, y lo harían pedazos.

Sería como un tiro al blanco. Solo que el blanco era tan grande que no podían fallar.

Tommy no pudo más que quedarse mirando. Estaba observando directamente el interior del jeep, y sus ojos parpadeantes se posaron en el aparato montado en el salpicadero. Entonces...

—¿Qué es eso, papá?

….antes incluso de darse cuenta de lo que estaba mirando, un recuerdo...

—Es un GPS, hijo. Me indica el camino.

…irrumpió con fuerza en su mente. Quizá fuera por la confusión, o por la completa falta de preparación. O quizá porque estaban lejos del Palacio.

Fuera por lo que fuera, Tommy no pudo evitar que las imágenes cobraran vida en su cabeza.

De pronto, fue arrastrado al pasado: tenía solo cinco años otra vez.

Iba en un coche, sentado delante con su padre por primera vez. Era una tarde soleada y tenía una vista despejada de la carretera.

—¿Qué es eso, papá? —preguntó Tommy, señalando el aparato en el salpicadero.

—Es un GPS, hijo. Me indica el camino.

Tommy observaba fascinado la pequeña pantalla mientras el mapa animado se actualizaba cada pocos segundos, mostrando la ruta que seguían.

—Funciona por satélite —dijo su padre, sonriendo—. ¿Puedes creerlo?

—¿Qué es un satélite?

—Es un trozo de tecnología que orbita la Tierra justo fuera de la atmósfera.

—¿En el espacio exterior?

—Ajá. Hay miles ahí arriba. Este aparatito recibe información de ellos. ¿No es increíble?

Tommy se apoyó en la ventana y miró hacia el cielo despejado. Un par de cuervos volaban y, mucho más arriba, un avión dibujaba una línea blanca, pero aparte de eso, no se veía nada.

—No son visibles a simple vista —explicó su padre—. Están demasiado lejos y son demasiado pequeños. Pero están ahí. A veces, de noche, puedes llegar a ver alguno. Podemos intentarlo esta noche si quieres.

—Sí, estaría guay.

Tommy no podía apartar la vista del aparato. Entonces reparó en la palabra impresa en la esquina superior. Aún faltaba un año para que empezara el colegio, pero ya había aprendido a escribir su nombre; su padre le había enseñado las cuatro letras que necesitaba, y en ese momento reconoció tres.

—Casi pone mi nombre —dijo, inclinándose hacia delante. Miró a su padre—. ¿Por qué pone "Tom" dos veces?

—Porque así se llama —respondió su padre encogiéndose de hombros—. Es un TomTom.

Tommy frunció el ceño y luego sonrió.

—Tom-Tom. Suena gracioso.

—¿Te gusta ese nombre?

—Bueno, es un poco raro.

—Entonces te pega —dijo su padre, sonriendo mientras le daba un golpecito en el hombro—. Y a partir de ahora, será conocido como Tom-Tom el Curioso, y conquistará mundos.

Tommy no entendió del todo esa última parte, pero le hizo reír. Dijo algo más a su padre, pero su yo presente no llegó a escucharlo, porque el recuerdo se desvanecía. Los sonidos del entorno regresaban: las sirenas, el motor del jeep, los gritos breves de los hombres, incluso los sollozos de la chica.

Tommy parpadeó y se dio cuenta de que solo había pasado una fracción de segundo. Y aun así, el recuerdo le había dejado una claridad cortante.

De pronto, recordó a su padre con una nitidez deslumbrante. A su verdadero padre. No a la burda imitación con la que llevaba hablando semanas.

Era como si al fin despertara de un sueño lúcido en el que había estado atrapado durante una eternidad. Y lo más sorprendente era que ya no le daba miedo hacerlo. De hecho, la sensación se disipó como si nunca hubiese sido más que una burbuja de jabón.

—Todo esto está mal —murmuró, apenas oyendo sus propias palabras—. Esto no es lo que debo hacer. Lo tengo todo al revés.

Pensando apenas un instante, Tommy ajustó el agarre de la ametralladora. La giró ligeramente hacia un lado, apuntando a la espalda del tirador más cercano.

Entonces apretó con fuerza el gatillo. El arma cobró vida y empezó a escupir balas.

La chica gritó, pero su voz quedó ahogada.

El retroceso no fue tan fuerte como esperaba, probablemente gracias al trípode, pero aun así le resultaba difícil mantener una puntería limpia, y no pudo evitar fallar con la media docena de disparos iniciales.

Las balas impactaron contra el jeep, abriendo agujeros en la puerta, el asiento del conductor y el salpicadero. Un cristal estalló, un neumático reventó, y los hombres comenzaron a gritar y a girarse justo cuando Tommy empezaba a controlar el arma.

Con un mejor manejo, logró apuntar directamente a los hombres y abatirlos antes de que se dieran cuenta de quién estaba disparando.

Uno corrió alrededor del jeep en busca de cobertura, pero Tommy le acertó en el cuello y cayó al asfalto. Otro disparó a ciegas en su dirección, soltando tres o cuatro tiros, todos ellos incrustándose en

el bloque de hormigón, antes de que Tommy le alcanzara en el abdomen, haciéndole encorvarse con un gemido ahogado.

No era en absoluto como en las películas. Los hombres no saltaban por los aires ni se retorcían. Simplemente caían, agarrándose la parte del cuerpo que Tommy había alcanzado. Algunos incluso se mantenían en pie unos segundos, como si no comprendieran que acababan de recibir un disparo mortal. El Buitre comenzó a alejarse tambaleándose del jeep, sin un destino claro. Evidentemente, había recibido varias balas, algunas en la pierna derecha, porque sangraba profusamente, dejando un reguero. También gritaba de forma incoherente. Ni siquiera eran palabras, más bien sonidos animales, y resultaban espeluznantes. Tras una decena de pasos, se desplomó, se hizo un ovillo y murió.

Tommy se dio cuenta de que había dejado de disparar.

Se levantó. Le zumbaban los oídos. Las piernas le temblaban. Apenas podía oír.

Y aun así, su mente estaba sorprendentemente tranquila, incluso al contemplar los cadáveres frente a él.

Luego miró más allá del jeep y vio el camión detenido al final de la línea de árboles. Gina salía de entre los pinos.

Era una auténtica imprudencia por su parte: se estaba exponiendo por completo, y ni siquiera apuntaba con el arma a ningún sitio.

Simplemente estaba allí, mirando hacia él, contemplando la escena horrenda.

Y Tommy supo con exactitud el momento en que ella lo reconoció, porque su expresión pasó de la confusión al reconocimiento.

Durante un momento, se limitaron a mirarse.

—Tommy —dijo ella. Al menos, eso parecía decir. La sirena era ensordecedora, y el sonido de los otros jeeps se intensificaba tras él.

De pronto, Tommy recuperó la voz y gritó tan fuerte como pudo:

—¡Gina, corre! ¡Por aquí! ¡Pasa por mi lado! ¡Yo te cubro!

Gina dudó un segundo más. Luego asintió una vez, se giró y echó a correr hacia el camión.

Tommy se dio la vuelta y vio acercarse el siguiente jeep.

Giró el rifle ciento ochenta grados, se tumbó, apuntó, y volvió a disparar.

22

MARK

Sujeta a Anton y lo arrastra consigo hacia la parte delantera del camión.

—¿Qué pasa? —pregunta John al pasar. Lisa le agarra del brazo. Al otro lado está Camilla, que sostiene a Danny contra su pecho. El niño llora con todas sus fuerzas, como si se diera cuenta de que ha vuelto a los brazos de su madre. Nora la está ayudando a abrocharse el cinturón.

—Una emboscada —dice Mark, avanzando hacia la ventanilla de la cabina.

—¡Sabían que veníamos! —grita Nora—. No sé cómo, pero estaban preparados. Fritz casi me atrapa. ¡Maldita sea!

Al llegar a la ventanilla, Mark introduce el brazo y da unos golpecitos en el hombro de Nick.

—¡Vamos! ¡Ahora!

Nick lo mira brevemente y luego señala el retrovisor con expresión sombría.

—Lo sé. Tenemos que cruzar la pista.

Nick hace un gesto rápido pero inequívoco: simula cortarse ambas muñecas.

—¡Lo sé! —grita Mark—. ¡Sé que es un suicidio, pero no hay otra opción! ¡Ahora, adelante!

Nick asiente una sola vez, pone el camión en marcha y arrancan de golpe. Mark casi pierde el equilibrio.

Anton se aferra a él.

—¡No podemos dejar a mi madre!

—¡Escúchame! —dice Mark, agarrando con fuerza el brazo del niño, obligándole a alzar la vista—. Tienes que estar preparado. Puede que tengamos que abandonar el camión y salir corriendo. Si revientan los neumáticos...

Una ráfaga de ametralladora lo interrumpe.

Instintivamente, se agacha y arrastra a Anton con él, incluso antes de que John ruja que todos se tiren al suelo, mientras se lleva a su hija consigo.

Nora grita, y Camilla se encorva sobre Danny todo lo que puede, protegiéndolo con su cuerpo.

Mark espera oír y sentir los proyectiles silbar por encima o, si el camión resulta ser realmente a prueba de balas, al menos escuchar cómo impactan en los laterales con estruendosos golpes metálicos.

Pero a pesar de que la ráfaga continúa durante varios segundos, ninguna bala parece alcanzar el camión.

«O bien el tirador es pésimo», piensa Mark, alzando la vista y viendo que los demás también se miran sorprendidos. «O bien...»

—¡No nos disparan! —grita John, leyendo el pensamiento de Mark —. ¡Creo que Gina ha conseguido un arma más potente! ¡Nos está cubriendo!

«No», piensa Mark, sin saber de dónde viene la certeza. «No es Gina.»

No importa. Lo que importa es que están ganando velocidad, y hasta ahora no han encontrado resistencia. Mark levanta a Anton y lo empuja hacia el asiento más cercano.

—¡Abróchate el cinturón! —le ordena, y luego va hacia Camilla—. ¿Estáis bien los dos?

Camilla lo mira, con los ojos llenos de miedo, pero no de pánico.

—Sí —dice, alzando la voz por encima del llanto de Danny—. Está bien. No le han hecho daño.

—Gracias a Dios —murmura Mark.

Luego corre hacia la parte trasera del camión, casi cayendo cuando Nick da un volantazo, como si estuviera esquivando algo.

Aún están acelerando, pero no lo suficiente, y Mark, por el sonido del motor, nota que Nick sigue en tercera, probablemente porque todavía no tiene un camino despejado para pisar a fondo.

Fuera, la ametralladora sigue rugiendo, y Mark aún no ha oído una sola bala impactar contra el camión.

Su arma sigue asegurada en la funda, junto a su asiento, y la toma. El camión tiene dos ventanillas blindadas en las puertas traseras, y corre hacia ellas.

Desde allí, la escena está perfectamente iluminada por los potentes focos. Al principio, lo que ve lo desconcierta.

Acaban de pasar junto a un jeep volcado, con las ruedas aún girando. Un brazo sobresale de la ventanilla rota del conductor, y dos cadáveres yacen en el suelo junto al vehículo.

Luego pasan junto a la caja de hormigón que Mark notó antes, y el sonido de los disparos se vuelve aún más fuerte. Ve a alguien tumbado allí, casi oculto por las sombras, disparando una ametralladora. Desde la distancia, solo se distinguen los fogonazos. Aun así, pasan lo bastante cerca como para que Mark distinga al tirador.

No es un hombre, sino un chico grande.

Es Tommy.

Y no está disparando al camión, sino a los dos jeeps que han alcanzado el final del pinar y están entrando en la pista, con los neumáticos chirriando.

El primero pierde una rueda delantera casi de inmediato y derrapa de lado. El segundo esquiva la primera ráfaga de disparos. El conductor parece haberse percatado de dónde vienen los tiros e intenta rodear la caja de hormigón en un amplio arco.

Pero Tommy simplemente lo sigue con el arma, haciendo solo una breve pausa antes de volver a abrir fuego.

El parabrisas del jeep estalla, y parece que el conductor ha sido alcanzado, porque el vehículo reduce la velocidad y se detiene, con el claxon sonando sin cesar.

De las puertas salen tres hombres más, armados con pistolas o fusiles de asalto, y son abatidos al instante por las balas que siguen lloviendo sobre ellos.

«Dios mío», piensa Mark. «Menos mal que el chico ha vuelto a nuestro bando...»

Entonces ve otro jeep que se acerca a la caja de hormigón. Viene desde la dirección opuesta, y Tommy parece no haberlo visto. Se detiene justo a su lado.

—Oh, no —murmura Mark, sacando de nuevo los prismáticos—. Cuidado, chico...

Pero para sorpresa de Mark, Tommy deja de disparar. En su lugar, se pone de rodillas y gesticula con fuerza hacia alguien que él no ve al principio. Entonces, una figura más pequeña, una chica, sale de las sombras y se acerca al jeep. Camina con paso vacilante, inseguro, y al entrar en la luz, Mark reconoce su melena roja.

Ve cómo se abre la puerta del jeep y Gina baja. Agarra a la chica y prácticamente la lanza dentro. Luego le dice algo a Tommy, y Mark lo ve negar con la cabeza.

Gina vuelve a subir al jeep, que arranca con fuerza justo cuando otro vehículo aparece rugiendo en escena. Este no va hacia el camión, sino tras el jeep de Gina.

Tommy vuelve a disparar.

Entonces Mark se gira y grita:

—¡Anton, dile a Nick que reduzca la marcha! ¡Tu madre viene!

23

TOMMY

—¡Corre! —grita Tommy—. ¡Lárgate de aquí!

—¡Yo... yo no puedo! —gime Alicia, aún acurrucada en la sombra —. ¡Me harán daño!

Tommy gira la cabeza con brusquedad y le sisea:

—¿Y qué crees que hará Fritz si te quedas aquí? ¡Pensará que me ayudaste a hacer esto!

Eso parece convencerla por fin. Se pone en pie y da unos pasos hacia el jeep.

Gina salta fuera, la agarra y la lanza dentro. Luego se vuelve hacia Tommy.

—Ven conmigo. Por favor.

—No —responde Tommy con firmeza—. He dicho que no voy. ¡Vete ya!

Gina parece sufrir al dejarlo atrás, pero probablemente puede ver en su rostro que no tiene elección, que no hay ni la más remota posibilidad de que Tommy vaya con ella. Se lanza al volante, pisa el acelerador y el jeep sale disparado.

Otro vehículo se aproxima, y el tipo del asiento del pasajero se asoma por la ventanilla, empuñando una pistola. Cuando empieza a disparar contra el jeep de Gina, Tommy gira la ametralladora y abre fuego también.

Ya le resulta más fácil. Solo le lleva medio segundo alcanzar la parte delantera del jeep, destrozar el parabrisas y volar los dos neumáticos delanteros. El vehículo gira bruscamente en la otra dirección y se lanza hacia los árboles.

—¡Se me está dando bien esto! —grita Tommy a nadie en particular, con la voz quebrada.

Gira la cabeza para seguir el jeep de Gina. Lo ve acelerar, ganando terreno al camión. En parte, esto se debe a que el camión está reduciendo la velocidad, hasta detenerse por completo. Tommy ve a Gina salir, arrastrando a Alicia, y cuando se abren las puertas traseras del camión, Mark reaparece para subirlas a ambas. Entonces el camión vuelve a ponerse en marcha. Gracias a Tommy, ahora tiene el camino despejado hacia el extremo sur de la pista. Las sirenas siguen aullando, y más jeeps salen del hangar, pero con suerte, Gina y los demás tendrán ventaja suficiente para…

Tommy percibe la presencia de alguien detrás de él. Gira bruscamente la cabeza y se le escapa un jadeo.

Fritz ha aparecido, como surgido de la nada. Está mirando fijamente a Tommy. Sus ojos arden de rabia.

—¿Qué has hecho, Tommy? —Hace un gesto hacia los hombres muertos y los jeeps destrozados—. ¿Eh? ¿Qué has hecho?

Las palabras apenas se oyen entre los aullidos de las sirenas. Como si Fritz lo notara, su expresión se ensombrece brevemente, y hace un gesto casi casual hacia el poste de luz más cercano. La sirena se apaga de inmediato.

El silencio que sigue es ensordecedor. Los oídos de Tommy zumban.

Agarra la ametralladora e intenta girarla hacia Fritz, pero de pronto no puede moverla. Se da cuenta de que, por supuesto, es Fritz quien la mantiene inmóvil.

—Maldito traidor —gruñe Fritz, mirando a Tommy de arriba abajo con desprecio—. Los ayudaste a escapar. La teníamos atrapada, y tú…

—Sí, lo hice —dice Tommy, soltando el arma y poniéndose en pie —. ¿Y sabes qué? Que te jodan. —Señala con el pulgar por encima del hombro—. ¿La quieres tanto? Pues empieza a correr, gilipollas.

Fritz entrecierra los ojos y baja la voz hasta convertirla en un susurro.

—¿Cómo te atreves? Te salvé del dolor, ¿y así me lo pagas?

—¡No me salvaste de una mierda! —escupe Tommy—. ¡Tú no quitas el dolor; lo causas! ¡Eres un falso profeta!

No puede creer que esté diciendo eso, pero al mismo tiempo se da cuenta de que no hay vuelta atrás. Fritz lo ha pillado con las manos en la masa, y no hay manera de salir vivo de esta, así que más vale decir la verdad. Señala hacia el hangar sin apartar la vista de Fritz.

—Esa cosa que creaste es un puto monstruo, ¿lo sabes, verdad? Si crees que puedes controlarlo, entonces eres aún más imbécil de lo que pensaba. Va a matarte, tío. Va a matarnos a todos.

Fritz ladea la cabeza.

—En parte, tienes razón.

Lanza una breve mirada a algo por encima del hombro de Tommy.

Tommy quiere girarse, pero no puede. No sabe si es Fritz quien lo retiene o si está paralizado por sí mismo. Una sombra enorme lo envuelve. Un soplo de aliento cálido le roza la nuca, y huele a sangre fresca.

Y entonces llega el dolor.

24

ANTON

Anton se desabrocha el cinturón y se pone de pie. El camión se balancea y aún sigue ganando velocidad. El motor ruge, el bebé llora y, fuera, la ametralladora vuelve a disparar.

Anton se acerca a la ventanilla y se pone de puntillas para alcanzar a Nick. El tipo gira la cabeza de inmediato para mirarle.

—¡Para! —le dice Anton con los labios—. ¡Tenemos que recoger a mi madre!

Nick comprueba por el retrovisor y luego levanta el pie del acelerador.

Anton mira hacia el interior del camión. Nora y Camilla están sentadas muy juntas, intentando calmar a Danny. John ha ayudado a Lisa a volver a su asiento, y se gira para gritar:

—¿Qué pasa, Mark? ¡Oigo que se acerca un jeep!

—¡Es Gina! —grita Mark—. ¡Lo ha conseguido! ¡Tommy es quien dispara con la ametralladora! ¡Está cubriéndonos!

Anton siente cómo le late aún más deprisa el corazón. Estaba seguro de que no volvería a ver a su madre. La idea de perderla justo después de perder a Vic era casi insoportable, y no puede evitar echar a correr hacia Mark. Necesita verla con sus propios ojos.

Cuando Nick detiene el camión por completo, Anton tropieza. Mark lo ve en el último segundo y lo sujeta.

—Maldita sea —gruñe—. Nada de correr por el pasillo.

—¡Mamá! —grita Anton, mirando por la puerta abierta—. ¡Mamá, vamos! ¡Rápido!

No necesita decirlo; ella ya ha saltado del jeep en marcha, tirando de una chica pelirroja aún más joven que Anton. Corren hacia el camión. Gina alza a la chica y Mark la recibe. Luego Gina salta dentro, tropieza al entrar, y Anton se lanza a sus brazos, casi derribándola.

—Gracias, gracias —le oye decir a su madre, sin saber muy bien a quién o a qué agradece.

—Está bien, cariño —jadea su madre, acariciándole una vez el cabello—. Estoy aquí. Nos vamos.

Esa última frase parece dirigida a Mark, que corre de inmediato hacia la cabina para avisar a Nick. Aunque parece innecesario, ya que el camión vuelve a ganar velocidad. Nick debe de haberlo visto por los espejos retrovisores.

Anton sigue abrazando a su madre hasta que ella rompe el abrazo.

—Deberíamos sentarnos —le dice.

—¿Todos bien? —pregunta John.

Percibe los asentimientos y los murmullos de afirmación.

—No me lo puedo creer —dice Anton, soltando casi una risa nerviosa—. Lo conseguimos. De verdad lo conseguimos. Lo recuperamos y sin que nadie saliera herido ni muerto.

—Aún no estamos a salvo —dice Gina.

Anton sigue su mirada. Ella se ha girado para cerrar la puerta, pero parece que algo fuera ha llamado su atención.

Anton ve tres jeeps que se han lanzado a la persecución, pero están al menos a doscientos metros de distancia y no parecen estar recortando terreno al camión. Por lo que puede deducir, van igualados.

De hecho, el camión sigue acelerando poco a poco y parece estar sacándoles algo de ventaja.

—No pueden alcanzarnos —dice Mark, de repente detrás de ellos —. Incluso si nos siguen hasta la autopista, mientras podamos seguir conduciendo, será cuestión de quién se quede sin gasolina primero. Y nos aseguramos de que el camión tuviera el depósito lleno antes de salir, así que…

—No son ellos —dice Gina, sin apartar la vista.

Mark y Anton intercambian una breve mirada.

Anton vuelve a mirar por la puerta abierta.

Y entonces ve eso.

Ese es el único pronombre que encaja: «eso». Porque aunque parece, en parte, un adolescente crecido, está claro que no lo es. Para empezar, es demasiado alto, y sus brazos y piernas demasiado largos. Pero lo que de verdad destruye la frágil ilusión es la forma en que se mueve.

Está rodeando los jeeps, superándolos con facilidad. Corre a cuatro patas, usando tanto manos como pies, pero no como lo hacen los cuadrúpedos normales, con las patas traseras plegándose bajo el cuerpo para impulsarse. No, esta criatura corre con los brazos y las piernas extendidos hacia los lados. Anton nunca ha visto nada moverse así. Lo más parecido que su mente logra asociar es una araña cazadora.

Solo que mucho más grande. Y mucho más rápida.

«Nos va a alcanzar», se da cuenta Anton con un nudo en el estómago. «Es demasiado rápido».

El camión va ahora a lo que debe de ser su velocidad máxima.

La criatura, sin embargo, parece tener un par de marchas más. A pesar de lo rápido que se mueve, al menos cien kilómetros por hora, Anton puede ver que no está corriendo a toda velocidad. Es capaz de mantener la cabeza sorprendentemente estable, y a medida que se les acerca, Anton ve que sus ojos son demasiado grandes y están demasiado separados.

Están fijos en el camión y arden con un hambre depredadora. La boca, también demasiado ancha, dividiendo la cara como la de un muñeco Muppet, está abierta en lo que al principio parece una sonrisa. Pero al acercarse, Anton se da cuenta de que está jadeando, alimentando esos músculos sobrehumanos, con espuma y saliva volando de sus finos labios.

Durante un momento de horror absoluto, la criatura cruza la mirada con Anton. Se quedan mirándose. Está a solo seis metros, y ha igualado la velocidad del camión.

—La madre que lo parió —dice Mark desde atrás—. Aléjate de la puerta, Anton.

Es empujado hacia atrás mientras Mark se acerca a la puerta. Saca una pistola, igual que Gina, y ambos apuntan a la criatura.

—¡Cuando salte, empezad a disparar! —grita su madre.

Anton se mueve a un lado para tener una vista clara. La criatura está aún más cerca. Baja la cabeza y Anton sabe que está a punto de impulsarse.

Pero, en el último segundo, el monstruo parece cambiar de opinión.

Anton ve cómo cambia su expresión y empieza a reducir la velocidad. Le parece como si hubiera recibido un mensaje por un auricular invisible. La criatura se detiene y se pone en pie, mostrando lo realmente alta que es. Permanece allí, con el pecho subiendo y bajando, observándolos. Pero la caza ha terminado, y rápidamente ponen distancia entre ellos.

El camión da un leve bache y Anton cae de rodillas. Al caer, se da cuenta de que está temblando y sudando por completo.

«Podía habernos matado a todos. Casi lo hizo. Pero algo lo detuvo.»

Anton no tiene ni idea de qué fue. Pero le está inmensamente agradecido.

25

TOMMY

El dolor solo dura un instante.

Luego es reemplazado por una sensación bastante agradable. Comienza en el pecho y se extiende por todo el cuerpo. Los sonidos se desvanecen, el silencio envuelve el mundo. El miedo lo abandona como una bandada de mariposas que alzan el vuelo, revoloteando lejos, para no volver jamás.

Tommy se encuentra tumbado en el suelo. Abre los ojos y mira hacia el cielo.

Por primera vez en siglos, el cielo está intacto. Sin grietas. Perfecto. El fondo es negro como la tinta, miles de estrellas brillan, y no hay ni una sola nube a la vista.

Tommy sonríe. «Había olvidado lo bonito que es».

Le apetece quedarse allí. El asfalto ni siquiera está frío. Se siente más como una cama mullida.

Pero algo lo empuja. Una sensación de que tiene que marcharse.

«¿Estoy muerto?»

Tommy levanta la cabeza y mira su cuerpo. Espera ver sangre y vísceras, su carne colgando hecha jirones. Pero está perfectamente bien.

«Vaya. Juraría que esa cosa me había alcanzado».

Su ropa ha sido sustituida mágicamente. Ya no lleva la camisa y los pantalones negros. En su lugar, viste su ropa habitual. Vaqueros.

Zapatillas. Su camiseta favorita, la que dice "All This and a Big Dick Too". A Charles nunca le gustó y le exigía que se pusiera una sudadera cuando lo llevaba al colegio.

Pensar en su difunto padrastro es como evocar una vida anterior. Charles fue de los primeros en mirar al cielo, cuando la grieta era apenas una fisura. Tommy estaba con él en el coche. Casi lo matan a golpes. Y no fue la última vez que estuvo a punto de morir.

«Creo que esta vez, por fin ocurrió».

Se incorpora, sorprendido de lo ligero que se siente su cuerpo, de lo fácil que le resulta moverse. Nunca se ha sentido tan bien. Es como si el aire no ofreciera ninguna resistencia. Como si estuviera en el vacío perfecto.

Al mirar a su alrededor, descubre que todos se han ido. El camión ya no está, y tampoco los hombres armados. No hay rastro de Fritz ni del monstruo. Está completamente solo en la pista.

—No estás solo, Tom-Tom.

Tommy gira la cabeza al oír la voz de su padre. Lo ve de pie a solo unos pasos de distancia —de verdad de pie—. Ya no hay cama de hospital, ni respirador, ni bata blanca. Vestido con su propia ropa, su padre no parece enfermo en absoluto. De hecho, tiene mejor aspecto que nunca. Sus ojos rebosan vida y le dedica a Tommy una sonrisa radiante.

—Qué gusto volver a verte, hijo. Ha pasado una eternidad, ¿eh?

Tommy le devuelve la sonrisa. No puede evitarlo. Hacía tanto tiempo que no sonreía por algo que no fuera por despecho, por defensa o porque alguien soltaba una broma cruel… esas sonrisas que nunca llegan del todo a los ojos.

Esta, en cambio, se le dibuja de oreja a oreja.

Tommy se pone en pie y se lanza a los brazos de su padre. El abrazo es tal y como lo recuerda de cuando era pequeño, solo que más apretado y más cálido, y se siente como algo mucho más profundo que un gesto físico, como si se fundieran en uno solo. Tommy se entrega por completo a la sensación.

—Te he echado tanto de menos, papá —dice Tommy—. No voy a dejarte ir nunca.

—Y no tendrás que hacerlo —responde su padre.

Y esas son las últimas palabras que Tommy oye jamás.
Porque un instante después, Tommy ya no existe.

26

MARK

—Ya está —dice Mark, bajando el martillo. Se limpia el sudor de la mejilla y se aparta de la puerta—. Con eso debería bastar.

Al mirar atrás, ve a John levantarse, sacudiéndose la arena de las manos. Ha conseguido encender la hoguera, y los demás se acercan, agradecidos por la luz y el calor.

La playa permanece mayormente a oscuras; aún faltan unas horas para el amanecer, aunque la luna baña la escena con un tono azulado lo bastante intenso como para proyectar sombras pálidas sobre la arena.

El océano está en calma. Pequeñas olas rompen con un ritmo que recuerda a una respiración, y una ligera brisa salada flota en el aire.

Hay algo más en el aire. Está justo fuera del alcance de los sentidos humanos, pero Mark lo percibe, y está seguro de que los demás también.

Es una forma de tensión. O quizá una estática sutil. Como si la propia naturaleza supiera que este será el lugar del enfrentamiento final.

Como si el aire estuviera cargado de electricidad, una corriente apenas perceptible, lista para intensificarse en cualquier momento.

«No está mal el escenario», piensa Mark, mirando hacia la playa. El agua refleja la luna y las estrellas sobre su superficie ondulada, y la arena es suave como una manta. Nick y Anton han acercado un

tronco al fuego, y Camilla se sienta en él, acunando a Danny. Nora está justo a su lado. No se ha separado de Camilla desde que le entregó a Danny. Rex se desliza cerca, moviendo la cola con ansiedad. Lisa se mantiene cerca de John, y Alicia está sentada sola, lanzando miradas nerviosas a su alrededor. No ha dicho mucho desde que llegaron. Cuando Mark le preguntó cómo estaba, solo murmuró un «bien». Se da cuenta de que no deja de mirar a Camilla y a Danny.

«Pobre chica. Se siente fatal por lo que hizo.»

Mark decide que hablará con la chica en cuanto tenga oportunidad. Asegurarse de que sepa que no la culpan, que nadie le guarda rencor.

Pero ahora mismo hay cosas más urgentes que hacer.

Vuelve a mirar la puerta. El listón de madera que la atraviesa parece bastante sólido, y ha usado todos los clavos, así que confía en que aguantará. Al menos el tiempo que necesiten.

La casa pequeña de playa estaba allí, justo como Mark esperaba, y es la única a la vista.

Lo que significa que, probablemente, es la única puerta en kilómetros.

—¿John? —pregunta—. ¿Puedes probar esto?

John se acerca, extendiendo las manos. Mark lo toma por la manga y lo guía hasta la puerta. Palpa el listón, luego le da un fuerte tirón. La puerta cede unos milímetros, la madera cruje, pero resiste.

—Creo que está bien —dice John, soltando—. Hará falta fuerza para abrirla.

—Bien. ¿Y la gasolina?

John señala la esquina de la cabaña.

—La dejé ahí detrás. Creo que deberíamos esperar un poco. Encendí el fuego contra la brisa, así que no deberíamos arriesgarnos a que alguna chispa vuele en esta dirección, pero mejor prevenir que lamentar.

Mark asiente.

—Sí, no queremos quemar la entrada antes de que Fritz llegue.

—Exacto. En cuanto llegue el momento, la rociaré sobre las paredes. Solo me llevará unos segundos.

—Y yo lanzaré la antorcha —dice Mark, mirando la hoguera. Nota que John ha colocado a propósito varias ramas largas con los extremos sobresaliendo del fuego.

Lisa se une a ellos. Se ha puesto un jersey, pero aún parece estar helada.

—¿Estáis seguros de que es seguro simplemente… quedarnos aquí sentados? —pregunta—. Quiero decir, sabían que veníamos, así que probablemente saben dónde estamos. ¿No?

Mark no está preocupado de que los hombres de Fritz aparezcan. Los jeeps solo los siguieron hasta el final de la pista y luego dieron la vuelta. Desde entonces, han estado conduciendo sin cruzarse con ningún otro coche.

—No lo sé —dice John, negando lentamente con la cabeza—. Creo que fue porque nos acercamos mucho a su base. Ese lugar era… no sé. «Maligno» es la mejor palabra que se me ocurre. Ahora que estamos a ochenta kilómetros de distancia, creo que estamos bien.

—Estoy de acuerdo con tu padre —le dice Mark—. Si Fritz pudiera encontrarnos fácilmente, ya lo habría hecho. Y no habría tenido que usar a Tommy.

Se arrepiente de haber mencionado a Tommy, porque la expresión de Lisa cambia de inmediato.

—No puedo creer que no viniera con nosotros —susurra, asintiendo hacia Alicia—. Si ella tiene una segunda oportunidad, ¿por qué él no?

—¿Ya no estás enfadada con él? —pregunta Mark, algo sorprendido.

Lisa respira hondo.

—No. Sé que provocó la muerte de mi madre… —Su voz comienza a temblar, y se esfuerza visiblemente por controlarse—. Pero en realidad no fue él, ¿verdad? Eso es lo que Gina no para de decir. Ella le ha perdonado por matar a Victor, así que supongo que yo también debería perdonarle.

John le pasa un brazo por los hombros.

—Tú decides cómo te sientes, cariño. Nadie más.

—No, papá, lo entiendo —insiste Lisa—. De verdad. Cuando escuché lo que hizo Tommy por nosotros… quiero decir, él es la

razón por la que conseguimos escapar, ¿verdad?

Mark asiente.

—Probablemente, sí.

—Eso demuestra que Tommy no era malvado. En el fondo, siempre lo he sabido. Era un buen chico. Incluso… —Parece arrepentirse de lo que está a punto de decir y, en su lugar, carraspea —. Era muy atento.

Antes de que su fantasma lo atrapara.

Cuando volvió a casa, noté que estaba cambiado. Sus ojos… era como si hubiese alguien más ahí dentro.

Debería haber dicho algo, pero no estaba segura de lo que significaba.

Pensándolo ahora, me parece obvio que no fue él quien activó la bomba.

Pero lo que hizo esta noche… eso sí fue decisión suya. Nadie lo obligó ni lo manipuló. Ni siquiera lo hizo por salvarse, porque no quería venir… —Su voz se vuelve tenue, y empieza a llorar—. Y ahora probablemente esté muerto, ¿no? Quiero decir, Fritz debe de haber descubierto lo que hizo.

—Es lo más probable —murmura Mark.

Lisa se limpia una lágrima.

—Tommy dio su vida por nosotros. En lo que a mí respecta, eso basta para redimirlo. Ya no le guardo rencor.

Con esas palabras, vuelve al fuego y, para sorpresa de Mark, se sienta junto a Alicia. No puede oír lo que dicen, pero parece que Lisa entabla una conversación. Alicia duda al principio, pero luego le sonríe tímidamente.

—¿Sabes? Me acuerdo de un proverbio chino —dice John—. No lo recordaba desde… no sé, desde el instituto, probablemente. Me ha venido a la mente ahora mismo.

—¿Sí?

—Decía algo así como: "Para aprender el bien, no bastan mil días. Para aprender el mal, una hora es demasiado".

A Mark le recorre un escalofrío involuntario por la espalda.

—Tiene mucho sentido.

—Sí. En aquel entonces no lo entendía del todo. Lo veía como buenos contra malos, y cómo hace falta mucho esfuerzo para criar a un buen ciudadano, mientras que se necesita muy poco para arruinar a alguien hasta el punto de convertirlo en criminal.

—Eso también es cierto, supongo.

—Lo es, pero creo que tiene un significado más profundo. No se trata solo de cumplir la ley.

Mark mira a John, que parece reflexionar sobre sus siguientes palabras.

—Creo que los chinos se referían a nuestras almas —continúa—. ¿Sabes? Sea lo que sea esto, es como la prueba definitiva de nuestra voluntad. Como si algún poder divino se hubiera cansado de nuestras tonterías y nos arrojara a los lobos. "Aquí tenéis, resolvedlo. Espero que estéis listos, porque tuvisteis tiempo de sobra." Pero… por muy aterradores que sean esos lobos… —John asiente hacia la puerta atrancada—. Lo que atraviese esa puerta antes de que acabe la noche… la verdadera batalla es la que hemos estado librando desde el principio.

Se da un golpecito en el pecho.

—La de dentro. La de nuestras almas.

Mark lo medita.

—Lo entiendo —dice—. Lo que salga de todo esto, quienquiera que gane, lo decidiremos nosotros.

John está a punto de contestar, pero otra voz se le adelanta:

—Exactamente.

Mark y John se giran para ver a Gina allí de pie.

Ella se encoge de hombros.

—Somos más fuertes que cualquier monstruo. Mientras lo tengamos claro y no dejemos que el miedo nos venza, no podemos perder —Hace un gesto hacia el fuego—. Vamos. Repasémoslo una última vez. Luego haremos la llamada.

27

GINA

—Muy bien —dice Gina al terminar el esquema—. Ese es el plan. ¿Alguna pregunta?

Mira a los rostros reunidos en torno al fuego. Se cruzan miradas silenciosas, pero nadie dice nada.

—Vamos a repasarlo una vez más, por si alguien en el fondo no se ha enterado —dice John. Es el único que está de pie, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho—. Quiero oíros decirlo en voz alta. Tenemos que asegurarnos de que todos tenemos claro cuál es nuestro papel.

—Buena idea —interviene Mark.

—Yo llevo a Danny hasta la camioneta —dice Camilla, asintiendo hacia el lugar entre las dunas donde aparcaron el vehículo—. Llevaremos a Rex y lo pondremos en la parte de atrás. Siento no poder quedarme aquí con vosotros, pero Danny no puede quedarse solo.

Nadie discute ese punto.

—¿Lisa? —pregunta John.

Lisa carraspea.

—Anton, Alicia y yo iremos a las dunas. Hemos escogido un sitio desde donde podemos ver la cabaña, pero sin ser vistos.

—¿Y cuál es vuestra misión?

—Estaremos atentos por si Fritz manda a alguien a tenderos una emboscada.

—Eso es. ¿Y si esto sale mal?

Un momento de silencio.

Lisa vacila antes de responder en voz baja:

—Entonces corremos hacia la camioneta y nos marchamos con Camilla y Danny.

—Exacto —asiente John—. Y no miráis atrás. Cogéis una de las armas —Gira ligeramente el torso, señalando hacia la cabaña—. En cuanto Gina llame a Fritz, yo rociaré la cabaña con gasolina. ¿Y tú, Mark?

—Yo me prepararé con la antorcha —dice Mark, mirando la hoguera—. En cuanto Fritz cruce la puerta, prenderé todo. Así nadie podrá seguirle y él no podrá salir, por si cambia de idea.

—Y entonces luchamos —concluye John—. Gina cogerá la otra arma. Seremos cinco contra Fritz: Mark, Gina, Nick, Nora y yo.

Otro largo momento de silencio. Nadie parece saber qué decir.

Anton es quien rompe el silencio:

—Seréis como los Vengadores —murmura. Está dibujando en la arena con los dedos, y parece apenas consciente de que ha hablado en voz alta—. Cinco héroes, defendiendo el destino de la Tierra.

Todos lo miran. Gina no puede evitar sonreír. A los chicos siempre les encantaron los superhéroes. Pensaba que ya se les habría pasado, pero los dos insistían en ir al cine cada vez que salía una nueva superproducción. Las primeras veces, Gina fue a regañadientes, convencida de que eran demasiado pequeños para ir solos, así que aguantó Batman, Spiderman, Iron Man, Hulk y muchos más… hasta que, sin darse cuenta, se vio enganchada a aquellos universos. Le costaba admitirlo, pero acabó esperando con ganas el siguiente estreno.

—Me gusta cómo piensas —dice Mark con una sonrisa—. Pero los Vengadores tenían más de cinco miembros, ¿no?

—No el grupo original —responde Anton enseguida—. Lo mismo con la Liga de la Justicia. Al principio solo eran cinco.

—Bueno, yo dejé de ver esas cosas cuando salieron los Power Rangers —admite John—. También eran cinco, ¿no?

Lisa suelta una risita.

—Esos eran adolescentes, papá. Tú eres demasiado viejo para ser Power Ranger.

—Está bien, entonces soy el Capitán América —replica John—. Tiene más de cien años, ¿no? Pues me cuadra.

Ríen brevemente. Parte de la tensión desaparece del ambiente.

Gina mira a los demás y no puede evitar sentir un profundo amor por todos ellos. Por mucho que le guste la comparación con los Vengadores, ninguno de ellos es un superhéroe; de hecho, son personas dolorosamente ordinarias. Un grupo improvisado de supervivientes, unidos para luchar contra las fuerzas oscuras.

—Bien —dice de nuevo—. Si no hay preguntas, creo que deberíamos…

—Y—yo tengo algo que decir.

Es Alicia. La única que no había hablado aún.

—Claro. ¿Qué es, Alicia?

La chica parece muy incómoda cuando todas las miradas se centran en ella.

—Yo solo… solo quería daros las gracias… por dejarme venir —dice, con la voz temblorosa y a punto de llorar.

Mark y Camilla están sentados a cada lado de Alicia, y ambos reaccionan al instante. Camilla le pasa un brazo por los hombros y Mark le aprieta el hombro con ternura.

—De nada, cielo —le sonríe Camilla.

—Y yo… —prosigue Alicia, secándose una lágrima—. Siento que… debería estar haciendo algo más —Su voz suena ahora más decidida —. No quiero esconderme. Quiero ayudar.

—No hay realmente nada que puedas hacer —le dice John con suavidad—. Tenemos todo…

—Puedo ayudar a Camilla —lo interrumpe Alicia—. Puedo ir con ella y Danny a la camioneta, y estar atenta desde allí.

Gina lo considera brevemente.

—No me parece mala idea.

Todos miran a Camilla, esperando su respuesta. Ella acaricia con ternura la mejilla de Alicia y dice:

—Me encantaría.

Alicia sonríe.

—De acuerdo, entonces —dice Gina—. Todo está en su sitio. Voy a por el teléfono para hacer la llamada.

El grupo se dispersa y Gina se dirige hacia la camioneta. Nick la dejó aparcada a unos cien metros, en un tramo donde la pendiente de las dunas era lo bastante baja como para poder atravesarlas con el vehículo. Está justo fuera del campo de visión desde la cabaña.

Mientras camina por la arena, oye pasos corriendo. Anton la alcanza.

—Estoy orgullosa de ti —le dice Gina, dándole un beso en la sien —. Eres muy valiente. Victor también estaría orgulloso.

Anton baja la mirada, afectado por la mención de su hermano.

—Tengo mucho miedo —admite—. Pero lo estoy haciendo igualmente. Eso es lo que tú solías decirnos, ¿te acuerdas? Que no debíamos tener miedo de que pasaran cosas malas, solo debíamos saber qué hacer si ocurrían.

Gina asiente.

—Eso os decía, sí.

Caminan en silencio unos momentos.

Entonces Anton dice:

—Mamá, tú eres la Bruja Escarlata.

—¿Que soy qué?

—Perdona, así se llama. ¿Recuerdas al personaje de Elizabeth Olsen?

—Ah, sí —responde, sonriendo—. Puedo vivir con eso. Es muy guapa.

—Sí, y es perfecto, porque puede alterar la realidad al conectar con poderes más grandes que ella misma. Igual que tú.

Gina lo mira de reojo.

—No estoy muy segura de que esté cambiando la realidad, exactamente. Y es algo que todos podemos hacer, si…

—No, no podemos —interrumpe Anton, negando con la cabeza—. Sé por qué lo dices, y en teoría puede ser cierto, pero… tú eres especial, mamá. Te guste o no. Eres la única a la que Fritz no puede intimidar con sus poderes.

—No lo sabemos con certeza. Puede que fuera algo puntual. Tal vez yo era inmune por las emociones tan fuertes que sentía tras perder a Victor.

—¿Y esas emociones han desaparecido?

Gina le lanza otra mirada.

—No creo que se vayan nunca.

—Exacto. Ese es el poder al que te estás conectando.

Gina lo piensa.

—Entonces no soy la única. El amor no es un poder que me pertenezca solo a mí.

Anton se encoge de hombros.

—Puede que haya otros como tú —concede—. Espero que sí. Pero no por aquí. Para nosotros, tú eres especial.

—Bueno, tú también lo eres para mí —le dice con una sonrisa.

Anton le devuelve la sonrisa.

—Ahora te estás poniendo cursi, mamá.

Ella ríe. Ya han llegado a la camioneta, y Gina se detiene.

—Escucha, Anton. Quiero que tengas mucho cuidado y estés muy alerta. En cuanto tú y Lisa os escondáis, tenéis que mantener los ojos y oídos bien abiertos, ¿vale?

—Claro, mamá.

Gina observa la playa oscura y el océano negro.

—Lo que sea que sea esto, cada vez está más desesperado. Lo noto desde que murió Víctor. En la base aérea se podía palpar en el aire. Creo que sabe que tenemos una posibilidad real de ganar, y eso no le gusta nada. Así que creo que va a lanzarnos todo lo que le queda.

Oye a Anton tragar saliva.

—Estaré preparado, mamá.

Lo mira y lo abraza con fuerza.

—Eres valiente, Anton. Acuérdate de eso. Pase lo que pase —Rompe el abrazo y le besa la frente—. Ahora, ve.

Anton asiente y se aleja trotando.

Gina se queda allí un momento, siguiéndolo con la mirada hasta que desaparece detrás de una duna.

De verdad espera sobrevivir a esta noche. Que Anton no se quede huérfano. Ya ha perdido a su hermano, y la idea de dejarlo solo en este mundo le resulta casi insoportable.

«Eres especial, mamá. Te guste o no.»

Las palabras de Anton resuenan en su mente. Y siente el poder. Está ahí, dentro de ella. Brillando. Emanando desde su plexo solar. El amor que siente por sus dos hijos.

«Estoy preparada», piensa, respirando hondo. «Pase lo que pase. Estoy preparada para afrontarlo.»

28

FRITZ

Las voces lo han abandonado. Esta vez de verdad. No queda ni el más mínimo rastro de duda en su mente.

Se han deshecho de él. Lo sabía. Sabía que llegaría ese momento; solo creía que no sería tan pronto. Estaba convencido de que aún le quedaba un papel que desempeñar en la misión final: la destrucción de la resistencia. El asesinato de Gina.

Tuvo su oportunidad, por supuesto. Y la dejó escapar.

Ahora, sus amos se han retirado, lo han abandonado como portavoz.

Puede sentir cómo sus poderes se desvanecen. Pronto desaparecerán del todo. Volverá a ser lo que era antes de que las voces se revelaran y le mostraran sus verdaderos planes. Es un destino cruel. Pero siempre fue consciente de ello. Por muy especial que se haya sentido, por muy importante que haya sido su papel, sigue siendo humano, y por tanto no es más que un recipiente. Un instrumento útil solo por un tiempo, descartado al perder su utilidad.

Fritz suspira, dejándose hundir aún más en el sillón. Se siente treinta años mayor que cuando todo esto empezó.

—Son las tres —dice Frej desde el otro extremo del salón, sacando a Fritz de sus pensamientos.

Mira al otro lado de la sala y ve a su hijo de pie junto a la mesa de billar. Las bolas están alineadas delante de él, y las observa con

intensidad. Toma una en la mano, la aprieta hasta que se rompe con un crujido seco. Deja caer los trozos sobre el tapete, luego coge otra.

—Son las tres y aún no ha llamado.

Fritz mira el teléfono en su regazo. La pantalla marca 3:01.

—Seguro que lo hará —responde, aclarándose la garganta.

Encontró el teléfono dentro del paquete que le dejaron en el edificio donde retenían al bebé. Estaba claramente etiquetado con su nombre. Durante un instante pensó que podría ser una bomba. Pero era demasiado pequeño. Además, estaba envuelto en un plástico blando. Así que lo abrió. Dentro había un teléfono y una nota escrita a mano: «GINA LLAMARÁ A LAS TRES.»

Aquello enfureció a Fritz. Habían planeado toda esta operación y habían tenido éxito porque contaban con colaboradores internos. Saboteadores. Traidores.

¿Cuánto tiempo llevaban la Gemela, la Yonqui y el Bombardero actuando en contra de la causa? ¿Días? ¿Desde que llegaron, tal vez?

Y había una más. La Chica. La Amapola. Uno de los pistoleros que sobrevivió juró haberla visto subir al todoterreno con Gina.

—¿Y cuando llame? —pregunta Frej, sin levantar la vista. Está concentrado triturando bolas de billar. Lleva comiendo sin parar desde que regresaron. Fritz dio orden a un grupo de hombres de cargar todos los cadáveres en un camión y traerlos hasta aquí. Ahora, en una esquina, hay un enorme montón de huesos y ropa ensangrentada. El aire huele a carne cruda. Algunos de los pistoleros seguían vivos, apenas conscientes. Frej se los comió igual.

Fritz no puede evitar fijarse en los restos de sangre seca en las comisuras de la boca de su hijo.

«Si crees que puedes controlarlo, eres aún más estúpido de lo que pensaba.»

Las últimas palabras de Tommy le vienen a la mente, pero las aparta. No necesita seguir controlando a Frej. No por mucho tiempo. Y esa idea le da cierto alivio. Porque, en el fondo, Frej le da miedo. Está claro que ha desarrollado voluntad propia. Un impulso de salir

al mundo y cumplir su verdadero propósito, en lugar de seguir encerrado en un sótano con su enclenque padre humano.

Fritz se sorprendió cuando Frej le obedeció en la pista de aterrizaje. Pensó que saltaría al camión sin dudar, y que entonces abrirían fuego sobre él. Frej era rápido, pero no a prueba de balas.

Para su gran alivio y sorpresa, su hijo se contuvo cuando oyó la voz de Fritz en su mente, suplicándole que se detuviera. Quizá porque él también sintió que era demasiado arriesgado. En cualquier caso, Fritz está convencido de que fue la última vez que Frej le obedecerá.

—Cuando llame, hablaré con ella —dice Fritz con calma—. Averiguaré qué quiere.

—Ya sabes lo que quiere. Quiere que yo muera.

—Sí. Y no dejaré que eso ocurra.

Frej resopla, casi como un humano.

—Ya no puedes protegerme, papá. Y aunque pudieras, no necesito protección.

—Puede ser —concede Fritz—. Pero aún así debemos ser cautos. Ella es peligrosa.

—No tanto como yo —responde Frej, llevándose una bola a la boca. Con las muelas, muerde con fuerza y la tritura. Escupe los fragmentos rotos.

—Deberías haberme dejado acabar con ellos —murmura.

Fritz está a punto de contestar cuando suena el teléfono.

Se sobresalta y se pone en pie de un salto, casi dejándolo caer. Mira la pantalla. Es un número aparentemente aleatorio.

Frej rodea la mesa de billar con paso sigiloso, los ojos muy abiertos y fijos en Fritz.

—Contesta —dice, y suena mucho más a orden que a sugerencia.

Fritz contesta y se lleva el aparato a la oreja.

—¿Gina?

—Sí —responde ella simplemente—. Queremos verte, Fritz.

Fritz alza las cejas.

—¿Ah, sí?

—Queremos hablar. Solo tú y nosotros.

Fritz mira a Frej, que lo observa con atención, con los ojos brillando.

—Podemos arreglarlo.

—Estamos en una playa —dice ella—. Tienes que venir tú.

—De acuerdo.

—Apunta estas coordenadas. Te llevarán hasta nosotros.

Ella recita una serie de cifras. Fritz, que siempre ha tenido buena memoria para los números, no necesita anotarlas.

—Debes venir solo —añade Gina—. Si alguien más cruza la puerta, nos veremos obligados a disparar.

Fritz entrecierra los ojos.

—¿Y cómo sé que no me dispararás igual?

—Te doy mi palabra.

Fritz se burla.

—Tu palabra. Por favor. Dirías cualquier cosa con tal de que yo…

—No —interrumpe Gina—. No lo haré. Ven solo, Fritz. Ven ahora.

—¿Y si yo…?

La línea se corta. Gina ha colgado.

Fritz se queda mirando el teléfono, incrédulo.

—Qué descaro…

—Vamos —dice Frej, dirigiéndose a la puerta—. Abre el portal, papá.

—Espera —replica Fritz—. Solo un momento. Debemos pensar.

—Nada de pensar —dice Frej, con ira en la voz, girándose para clavarle la mirada—. Es hora de matar.

—Y eso es lo que ellos también harán —replica Fritz, forzando serenidad—. Escucha, hijo —añade, bajando la voz—. Vamos a ir. No te preocupes. Pero tenemos que ser listos. No podemos lanzarnos sin más. Obviamente es una trampa. En cuanto te vean, abrirán fuego o…

—Eso no me matará —interrumpe Frej, sacudiendo la cabeza—. Soy mucho más rápido que ellos. Esquivaré las balas y los despedazaré antes de que puedan disparar otra vez.

—¿Y si han puesto una bomba justo al otro lado? —pregunta Fritz —. ¿O una trampilla que te haga caer en una fosa? La verdad es que no sabemos qué han preparado —Lo examina de arriba abajo—.

Eres poderoso, Frej. Pero no eres inmortal. Y aún es mi trabajo asegurarme de que no te hagan daño.

Frej abre y cierra los puños, como si aún estuviera triturando bolas de billar. Lucha visiblemente por contenerse.

—¿Entonces qué propones? —dice entre dientes apretados.

Fritz lo piensa un instante. Se concentra en la puerta y cierra los ojos. Descubre que aún puede abrir el portal. Eso es bueno. Por lo que puede notar, Gina no mentía; el destino está realmente en una playa, y parece que la puerta para la que le dio las coordenadas es la única en las cercanías.

Vuelve a abrir los ojos.

—Déjame ir primero —dice—. Si realmente han preparado algo siniestro, mejor que me afecte a mí y no a ti. ¿De acuerdo?

Frej respira con fuerza.

—¿Y yo debo quedarme al margen esperando? ¿Otra vez?

—Solo hasta que te llame. Si no puedo con ellos, entonces vienes.

Frej abre la boca y exhala un largo suspiro.

—Y entonces podré matarla.

—Sin duda —susurra Fritz—. De un modo u otro, todos morirán esta noche.

Se da la vuelta hacia la puerta. Al extender la mano hacia el pomo, una certeza lo sacude:

«Esta será la última puerta que abra.»

«Voy a morir también», piensa con una claridad súbita y punzante. Todos morirán antes del amanecer. Todos salvo Frej.

Y entonces abre la puerta.

29

MARK

—Ven solo, Fritz —dice Gina—. Ven ahora.

Luego baja el teléfono y lo lanza a un lado.

Mark la ve desde la esquina de la cabaña donde se encuentra. Gina está frente a la entrada, rodeada por Nick a un lado y Nora al otro.

—¡Adelante, John! —grita Gina.

No necesita que se lo diga; Mark ya escucha, desde el otro lado de la cabaña, cómo John chapotea con la gasolina. Lo ve aparecer, rodeando la construcción, y verter las últimas gotas sobre la pared antes de dejar caer el bidón.

—Listo —dice, pasando junto a Mark con paso decidido, en dirección a Gina y los demás.

Mark se sorprende de lo bien que se orienta John sin ver. Ya parece algo instintivo.

Mark mira la antorcha encendida en su mano. Debería durar varios minutos, pero aún así espera que Fritz no se demore.

La espera se hace interminable. Apenas dura tres o cuatro minutos, pero se sienten como una hora. El aire está cargado, como si el mundo contuviera la respiración antes de una tormenta. Mark permanece de pie, con el peso apoyado en una pierna, inclinado ligeramente para no perder de vista la puerta.

Entonces el pomo se mueve y la puerta se abre. Gira hacia Mark, lo cual es intencionado, pues lo mantiene fuera del campo visual de Fritz. También significa que Mark no puede ver a Fritz. Pero la cabaña está elevada unos quince centímetros del suelo, y Mark ve un par de botas negras pisar la arena.

—Hola, Fritz —dice Gina—. Me alegra que hayas venido.

Esa última frase es la señal. Mark retrocede un par de pasos más. Lanza la antorcha encendida contra la pared, que prende con un profundo ¡FUUUM! Parte de la gasolina se ha evaporado, pero aún queda suficiente como para incendiar la cabaña. Llamas azuladas recorren la madera, envolviendo toda la estructura en cuestión de segundos.

—¿Pero qué demonios…? —oye exclamar a Fritz, que retrocede tambaleándose desde la puerta y ahora Mark lo puede ver. Se cubre la cara con una mano, protegiéndose del calor y la luz. Observa un instante la cabaña ardiendo y luego se vuelve hacia Gina—. Un poco dramático, ¿no os parece? Ah, hola, Mark.

Fritz lo reconoce justo cuando Mark sale a su encuentro, cerrando así el semicírculo a su alrededor.

—Cuánto tiempo —dice Mark—. ¿Qué tal la paternidad? Pareces algo desmejorado, la verdad.

—Me siento mejor que nunca —responde Fritz, con una voz cargada de falsa seguridad, y se yergue.

—Bien, me alegro —responde Mark—. Estoy deseando conocer a tu hijo. Ya sé que tú conociste al mío.

Un tic nervioso le estremece la comisura de la boca a Fritz.

—Espero que sepas que no fue algo personal.

—Qué curioso, a mí me pareció muy personal —responde Mark. Habla con calma, pero por dentro hierve de ira. Ver a Fritz le provoca mucho más odio del que esperaba. También está inquieto por lo que está por venir—. Confío, entonces, en que tú tampoco te lo tomes como algo personal cuando mate a tu hijo.

Fritz enseña los dientes en una mueca. Las llamas crecen, alcanzan el tejado. Su resplandor oscilante ilumina el rostro de Fritz cuando vuelve a mirar a Mark.

—Te equivocas, Mark. El que va a morir no es mi hijo.

—Esa era la única puerta en kilómetros —le informa Gina—. No tienes adónde ir. Esto termina aquí y ahora, Fritz.

Fritz alza los brazos.

—¿A qué os referís exactamente? Estoy seguro de que comprendéis que nuestra causa trasciende tanto a mí como a quienes estamos en la base aérea. Estamos por todo el mundo. Cada día nacen nuevos salvadores. Estoy convencido de que ya hay varios cientos. Matarme no servirá de nada.

—No queremos matarte, Fritz —dice Gina—. Te damos una opción. O nos ayudas a matar a esa cosa, o no podremos dejar que regreses.

Fritz suelta una carcajada aguda.

—Eso no es una opción. Es un ultimátum.

—Llámalo como quieras. ¿Qué vas a hacer?

Fritz entrecierra los ojos y los mira a todos.

—Sabéis perfectamente cuál es mi respuesta. Sabéis que no traicionaría a mi hijo por nada del mundo —sus ojos se detienen en Gina—. Ni siquiera bajo amenaza.

—Lamento oír eso —responde Gina, y suena sincera.

—Fritz —dice Mark—. Escúchame. Esto no tiene por qué acabar en un derramamiento de sangre. ¿Recuerdas que te salvé el culo cuando los ciegos intentaron matarte?

Fritz le lanza una mirada amarga.

—No te debo nada.

—No digo que hayas sido tú. Pero alguien más, sí. Sea lo que sea lo que hay detrás de todo esto, quienquiera que haya estado comunicándose contigo… ¿te explicó por qué te atacaron los ciegos?

—Mark, por favor. No hagas el ridículo.

—No conseguiremos hacerle cambiar de opinión —dice John—. Ya es demasiado tarde. Créeme, he tratado con suficientes sociópatas como para saber cuándo aún hay algo que salvar y cuándo lo único que se puede hacer es encerrarlo y mantenerlo sedado hasta dejarlo inerte.

Esas últimas palabras parecen tocar un nervio en Fritz. Mark nota cómo cambia su postura, también su expresión. De repente parece contener una furia brutal.

—Qué curioso que lo digas así —dice, esforzándose por mantener el tono sereno—. Porque eso es exactamente lo que me hicieron. Durante años me encerraron en…

—Bien hecho —lo interrumpe John—. Y deberían haber tirado la llave. Así seguirías donde realmente perteneces.

Solo ahora Mark se da cuenta de que John lo está provocando a propósito. Intenta hacerle perder los estribos.

—Puedes seguir hablando si quieres —dice Fritz, señalando a John y luego al resto con un dedo huesudo—. Pero ya estáis muertos. Todos vosotros.

—¿Fue mamá quien no te quiso lo suficiente? —pregunta John, con tono casual, casi conversacional—. ¿O fue papá quien te tocaba la colita por las noches?

Fritz aprieta los dientes.

—Será mejor que…

—No, seguramente ya naciste así. Demente desde el primer momento en que saliste de…

—¡NO ESTOY LOCO! —grita Fritz, escupiendo al hablar—. ¡NO ESTOY ENFERMO, Y NUNCA LO ESTUVE! ¡SOIS VOSOTROS! ¡SIEMPRE HABÉIS SIDO VOSOTROS! ¡VOSOTROS SOIS LA ENFERMEDAD! ¡TODOS VOSOTROS!

Fritz inspira hondo, temblando, y luego suelta el aire con algo que se parece a una risa.

—Y ahora, moriréis todos —dice, con la voz baja.

Fritz estira los brazos, gira las palmas hacia afuera y empieza a hacer una serie de rápidos empujes en el aire, apuntando a cada uno por turnos. Con cada gesto, alguien cae al suelo.

John es el primero. Luego Nora. Después Nick.

Mark lo ve venir y se lanza hacia delante, con la intención de derribar a Fritz con un puñetazo. Pero apenas da tres pasos cuando Fritz empuja en su dirección y algo invisible, brutalmente fuerte, lo golpea. Se siente como si lo arrollara un camión.

Sale despedido hacia atrás.

Y entonces pierde el conocimiento.

30

ANTON

—Jo, de verdad que me estoy meando —dice Lisa, levantándose y mirando a su alrededor en el paisaje oscuro y ondulado. Señala con el dedo—. Solo voy detrás de esa colina.

—Vale —responde Anton.

Está sentado sobre una piedra grande, deshilachando una caña en trocitos diminutos. Desde allí arriba observa la cabaña. A esa distancia, su madre y los demás parecen soldaditos de juguete. La hoguera casi se ha apagado, reducida ya a brasas incandescentes. Mira su reloj: las 2:58. Hará la llamada en cualquier momento.

La mente de Anton está extrañamente vacía de pensamientos. Es como la calma antes de la tormenta. Sabe que algo muy loco está a punto de suceder, pero sus pensamientos no tienen nada que decir al respecto.

Lisa regresa dando zancadas.

—¿Ya has ido? —pregunta Anton sin mirarla.

Como no obtiene respuesta, gira la cabeza por encima del hombro… y se sobresalta al darse cuenta de que no es Lisa quien está allí.

Es Victor.

Anton aparta la vista de inmediato.

Ver aparecer a su fantasma así, de la nada, es un choque para su sistema nervioso.

Pero, sorprendentemente, se da cuenta de que estaba preparado. De hecho, esta era la tormenta que su mente estaba esperando.

«Es ahora. Tengo que ser valiente.»

Incluso mientras se dice eso, nota cómo el miedo le recorre el cuerpo, cómo se le acelera el corazón y cómo le sudan las palmas de las manos.

—Mírame, Ant —dice Victor con voz juguetona—. ¡Mírame! ¿O eres demasiado gallina como para mirar a tu propio hermano?

Anton gira la cabeza y mira a Victor. Hacerlo requiere un gran esfuerzo, aunque intenta aparentar tranquilidad.

Su hermano sonríe con esa mueca tan suya, tan única. Lo hace desde que eran muy pequeños. Esa sonrisa siempre significaba que Victor estaba tramando algo cruel. Pero Anton se da cuenta de que es una imitación. Creció junto a Victor. Lo ha visto cada día, nunca ha estado más de unas horas separado de él. Sabe distinguir a un impostor del verdadero. Y, por alguna razón, eso disminuye su miedo de inmediato.

—No tengo miedo de mirarte —dice Anton—. Porque tú no eres mi hermano.

La sonrisa de Victor se tambalea, aunque solo un poco.

—No lo dices en serio. Estás aterrorizado. Lo noto. Tu corazón late con fuerza.

Anton se encoge de hombros.

—Claro que late. Y claro que tengo miedo. Pero no de ti. Tú no eres real.

Victor enseña los dientes en una mueca burlona.

—Déjate de tonterías, Ant. Primero me dejaste morir, y luego tú…

Anton resopla. El sonido se le escapa antes de poder evitarlo.

Victor lo fulmina con la mirada.

—¿Qué? ¿Acaso insinúas que no provocaste mi muerte? Si me hubieras impedido correr a ayudar a Patrick, ahora seguiría vivo.

Anton hace una mueca. No por lo que dice el fantasma, sino por el recuerdo que le despierta.

Victor. Su hermano. Muerto.

Duele mucho. Pero también refuerza su convicción de que lo que está viendo no es real.

—Escucha —dice—. Victor era mi hermano gemelo. Lo conocía mejor que a mí mismo. Lo quería más que a mí mismo. Y no hay forma en el mundo de que me convenzas de que él no sentía lo mismo, porque sé que sí —Mira al fantasma de arriba abajo y niega con la cabeza—. Ni siquiera lo estás imitando bien. Mamá dijo que te estabas volviendo desesperado, y supongo que tenía razón. Dijo…

—Mamá —escupe Victor con desprecio—. Esa zorra estúpida. ¿Qué hizo ella alguna vez…?

—Cállate y escucha —dice Anton.

El fantasma parpadea, sorprendido, y Anton continúa antes de que pueda añadir nada más:

—Sabía que elegirías a Victor para intentar engañarme. Lo supe en el momento en que murió. Y también supe que, dijeras lo que dijeras, no me lo iba a creer ni por un segundo. Para tener miedo de algo, primero tienes que creértelo. Así que, si no te importa… —Anton estira el cuello y sopla un fino hilo de aire sobre la cara de la cosa que tiene delante—. Lárgate, fantasmito. He terminado de hablar contigo.

Gira la cabeza. Luego hace todo lo posible por no moverse ni mirar atrás. Por el rabillo del ojo, ve que la imitación de su hermano sigue allí de pie. Lo oye respirar con rapidez. Está enfadado. Furioso. Sin duda buscando otra manera de atacarlo.

Entonces, de repente, empieza a crecer. Se hace más y más grande, hasta que se cierne sobre Anton. Aun así, no lo mira. Respira con firmeza por la nariz, repitiendo en su mente, una y otra vez:

«Soy valiente. Soy valiente.»

El fantasma se inclina sobre él y abre la boca, dejando escapar un aullido largo y desgarrador. Anton nota el aliento helado en su pelo, y la cosa grita cada vez más fuerte, hasta que está seguro de que los tímpanos van a estallarle. Está muy cerca de apartarse… pero en lugar de eso, empieza a gritar en voz alta su mantra mental y…

Entonces todo termina.

El fantasma desaparece con un suspiro.

Anton parpadea y mira a su alrededor. Su corazón sigue latiendo con fuerza, pero su cuerpo se siente distinto. Más ligero. Menos

asustado.

Ve a Lisa rodear la colina. Ella lo mira con los ojos muy abiertos, blancos como el papel.

—¿Qué pasa? —susurra—. Parece que tú también has visto un fantasma.

—Lo he visto —responde Lisa, con voz hipnótica. Sonríe—. Y lo he soltado. Por completo. Se fue.

Anton se pone de pie.

—Buen trabajo.

Lisa ladea la cabeza.

—Has dicho "también"… ¿Tú también…?

—Sí —dice él—. Y también lo he hecho desaparecer.

Lisa lo abraza con fuerza. Anton le devuelve el abrazo.

Cuando se separan, Anton vuelve a mirar el reloj.

—Madre mía, son las 3:11. ¿Cómo puede haber pasado tanto tiempo?

Ambos se giran para mirar hacia la cabaña.

Lo que ven es aterrador.

—Oh, no —murmura Lisa—. Están perdiendo. Tenemos que irnos, Ant.

—Espera, solo espera —dice Anton.

—Prometimos que iríamos —insiste Lisa—. ¡Por Camilla y Danny!

Anton no puede apartar la vista de la lucha que tiene lugar allá abajo.

—Tienes razón —dice Anton—. Vete. Llévalos a un lugar seguro. Yo me quedo.

Lisa dice algo más. Le suplica. Intenta arrastrarlo.

Pero Anton no se mueve.

Sigue mirando.

31

GINA

Cuando Fritz extiende los brazos, Gina sabe que algo está a punto de ocurrir. Pero no sabe qué, así que apenas retrocede un poco, sin llegar a sacar el arma.

Uno tras otro, Fritz lanza a todos hacia atrás. Mark es el último en caer, y casi logra alcanzarlo. Casi.

Finalmente, solo Gina queda de pie. Los demás se revuelcan en la arena, gimiendo y jadeando, visiblemente heridos por la fuerza invisible que los ha golpeado.

Fritz la fulmina con la mirada. Respira con dificultad y aprieta los dientes.

—Siempre supe que iba a matarte, Gina. Simplemente no imaginé que tendría que hacerlo yo mismo.

—Bueno —responde Gina, mostrando las manos vacías—. Aquí tienes tu oportunidad.

Fritz cierra ambos puños, los aprieta contra su pecho, y luego los lanza hacia delante con un gruñido de esfuerzo.

Gina no siente absolutamente nada. Empieza a avanzar hacia él. Su expresión cambia del triunfo a la incredulidad.

—No. Otra vez no. ¿Qué pasa?

Repite el gesto tres veces, cada vez con más empeño, pero sin resultado.

Gina se detiene justo fuera de su alcance.

—Sea cual sea la brujería que estás usando, parece que no funciona conmigo.

—Yo no… no lo entiendo —grita Fritz, sacudiendo las manos, y vuelve a intentar derribarla con otra ráfaga invisible.

—¡Dale una paliza, Gina! —dice John desde algún lugar cercano.

Fritz aparta la vista de Gina por una fracción de segundo, mirando hacia donde está John. Luego vuelve a fijar los ojos en ella, con los labios temblorosos, y lanza un golpe descontrolado hacia su cabeza. Gina lo ve venir y lo esquiva fácilmente, agachándose. Contraataca con un pisotón y una rodilla en el estómago. Fritz suelta un grito de dolor y se encoge. Su grito se transforma en un rugido de rabia mientras se lanza sobre ella como un toro. Gina se aparta, le barre las piernas y le propina un codazo contundente en la espalda. Fritz cae al suelo con otro grito ronco. En un último intento desesperado, le agarra el tobillo, intentando hacerla caer. Gina simplemente pisa su muñeca con el otro pie, y Fritz grita.

—¡Ay! ¡Suéltame! ¡Suéltame, me la vas a romper!

Gina levanta el pie, y Fritz se incorpora de inmediato, sujetándose la muñeca. Ya no parece querer seguir luchando. Mira a su alrededor como un animal acorralado. Excepto Mark, que está inconsciente, los demás se han levantado y han reformado el semicírculo. Sus rostros están iluminados por el resplandor trémulo de las llamas. Incluso desde esa distancia, Gina puede sentir el calor.

—Sabía que tus poderes no funcionaban conmigo —le dice Gina, sacando el arma—. Por eso llevo el arma.

Fritz alterna la mirada entre la pistola en su mano y sus ojos, aún frotándose la muñeca y respirando con fuerza. Ahora han cambiado de lugar, y Gina está de espaldas a la cabaña en llamas. Quizá por eso es ella quien ve cómo los ojos de Fritz se desvían.

—Curioso que lo menciones —susurra él, pasándose la lengua por los labios—. Yo también tengo un arma.

Gina se prepara para que saque una pistola, y está lista para disparar si lo hace.

Pero en lugar de eso, Fritz mira por encima de su hombro, forma un embudo con las manos alrededor de la boca, y grita:

—¡Frej! ¿Podrías unirte a nosotros, por favor?

32

NICK

Por un momento, no ocurre nada.

Todos se quedan mirando la cabaña en llamas. El umbral casi ha desaparecido, tragado por las llamas.

Entonces, emergiendo del fuego, aparece la cosa más horrenda que Nick haya visto jamás.

Es mucho más grande de lo que pensaba.

Y también está en llamas.

Al salir a la arena, la ropa le arde por completo. Sin embargo, no parece molestarle en absoluto. Con la tela humeante desprendiéndose de su enorme cuerpo, se sacude las últimas brasas, dejando al descubierto grandes quemaduras rojas por todo el cuerpo. Gira su largo y delgado cuello para mirarlos uno a uno, sonriendo mientras empieza a hablar con una voz que Nick se alegra de no poder oír. Debe de ser muy profunda, porque la siente en los huesos mientras lee las palabras en su boca antinaturalmente ancha.

—No conozco el dolor. No conozco el miedo. No puedo morir.

Incluso mientras habla, los parches de piel quemada se cierran, desapareciendo sin dejar cicatriz. Lo que ve hace que Nick dude, de verdad dude, de que puedan matar a esa cosa. Si puede regenerar los daños físicos casi al instante, ¿qué tendrán que hacer para acabar con ella?

—Este mundo me pertenece ahora —continúa la criatura—. Y vosotros ya no sois bienvenidos en él.

Fritz se pone en pie y se desliza alrededor de Gina. Al acercarse al monstruo, levanta una mano, aparentemente para colocarla en el hombro de la criatura. Está diciendo algo, pero por el ángulo, Nick solo alcanza a entender la última parte:

—… orgulloso de ti, hijo.

Entonces, sin siquiera mirarlo, la criatura golpea a Fritz de lado como quien espanta una mosca molesta. El manotazo, aunque aparentemente no tiene intención de hacer daño, es lo bastante fuerte como para lanzarlo por los aires, haciéndolo aterrizar en la arena y rodar como un muñeco de trapo. Se detiene frente a Nora, que instintivamente da un salto hacia atrás.

Fritz se incorpora, con el rostro desencajado por la sorpresa y el horror, y luego se dobla de dolor, sujetándose el costado. Lucha visiblemente por respirar, mientras se da la vuelta y se arrastra torpemente, utilizando solo una mano.

—Ahora os mataré a todos —dice la criatura, aún de pie—. Me alimentaré de vuestra carne, romperé vuestros huesos y arrancaré vuestra piel mientras sigáis vivos. Sufriréis un dolor como nunca antes habéis sentido. Ese será el castigo por desafiarme. Vosotros…

Lo que ocurre a continuación se desarrolla tan rápido que Nick apenas tiene tiempo de asimilarlo.

John es el primero en moverse. De pronto se lanza contra la criatura, como un jugador de fútbol americano a punto de placar. Para alguien de su tamaño, cubre la distancia increíblemente rápido.

Al mismo tiempo, Nora lanza un grito y arroja una piedra del tamaño de una manzana a la espalda del monstruo, que ya se había girado hacia John. La piedra impacta justo entre los omóplatos, y la atención de la criatura se desvía por una fracción de segundo. Entonces John salta y se lanza contra su costado, impactando con su hombro.

Aunque el monstruo es muy delgado y parece que debería ser fácil de derribar, chocar con él es como estrellarse contra un árbol. Aun así, John consigue empujarlo unos pasos mientras la criatura recupera el equilibrio, y enseguida lo atrapa en una especie de llave

de jiu-jitsu: le sujeta el brazo, lo baja y lo inmoviliza bajo su propio brazo herido, mientras lo retuerce con el otro. La llave debería bastar para romperle el codo, si no fuera porque la articulación se dobla mucho más de lo normal. A pesar de todo, el monstruo muestra signos claros de dolor e intenta agarrar a John por el cuello mientras tira para liberar el otro brazo. Pero John ha volcado todo su peso sobre él, forzando el brazo contra la arena y obligando a la criatura a inclinarse.

—¡Remátalo! —grita John—. ¡Dispárale, Gina!

Nick mira hacia Gina. Ella tiene el arma apuntando a la criatura, pero duda.

No quiere arriesgarse a herir a John.

Entonces Nora aparece corriendo por el otro lado, y se lanza hacia la pierna del monstruo. Nick se mueve instintivamente hacia ella, con el impulso de proteger a su hermana.

Un instante antes de que ella llegue, el monstruo logra rodear a John con ambos brazos y lo levanta por completo del suelo. Luego ruge y lo lanza como un niño arroja una pelota. John pasa volando justo por encima de la cabeza de Nick, dando vueltas en el aire hasta perderse en la oscuridad.

La criatura no se detiene ni un segundo: se gira y agarra a Nora por el cuello. La levanta y abre su enorme boca, a punto de morderle la cara, cuando Nick llega corriendo y le lanza una patada a la altura de la rodilla. La criatura no suelta a Nora, pero se da la vuelta con la rapidez de una serpiente y, antes de que Nick logre apartarse, se lanza sobre él y lo muerde.

Ocurre tan deprisa que apenas lo siente. No es más que un mordisco en el cuello.

La criatura retira la cabeza y mastica lo que parece un gran trozo sangriento de carne.

Nick se lleva la mano al cuello, y enseguida queda empapada por la cascada de sangre que mana a borbotones.

El monstruo, al no considerar ya a Nick una amenaza, vuelve a centrar su atención en Nora, que sigue suspendida en el aire. Su rostro se enrojece, y cuando sus ojos se cruzan con los de Nick, se miran por última vez, y Nick piensa justo antes de derrumbarse:

«Te he conseguido cinco segundos. Aprovechalos. Te quiero, Nora».

Entonces se derrumba y muere.

33

MARK

Solo ha estado fuera unos minutos.

Es el sonido de los disparos lo que lo hace volver.

Se incorpora, aturdido y desorientado, con un dolor de cabeza que le taladra el cráneo. Siente la arena bajo las manos y, al alzar la vista, ve un gran fuego.

Entonces lo recuerda todo.

Frente a la cabaña en llamas está la criatura. En su mano cuelga Nora, los pies suspendidos en el aire, la cara roja e hinchada por la asfixia.

En el suelo yace Nick, con la garganta arrancada.

John no está a la vista. Fritz tampoco.

La que está disparando es Gina. Avanza hacia el monstruo, vaciando el cargador mientras lo hace, y la criatura parece ejecutar una especie de danza loca. Al principio, Mark cree que está siendo alcanzada por las balas, y que por eso se mueve de ese modo. Luego se da cuenta, con desolación, de que en realidad las está esquivando.

Pero cuando Gina se acerca más, dos o tres impactos sí aciertan, Mark lo nota por los chillidos agudos del monstruo, junto con los pequeños chorros de sangre que salen por su espalda. Al fin, se ve obligado a soltar a Nora, que cae sobre la arena, jadeando mientras se arrastra para alejarse.

La criatura se da la vuelta y se lanza contra Gina.

Ella consigue apartarse, aunque no del todo. El monstruo la alcanza con una mano, haciendo que el arma vuele por los aires. Luego se abalanza sobre ella, y a Mark le parece ver a un adulto atacando a una niña de primaria. El monstruo lanza zarpazos, intenta arañarla, agarrarla, morderla. Gina retrocede mientras se defiende con agilidad, usando ambos brazos, y evita lo peor del ataque. Entonces, la criatura la alcanza con un golpe brutal en el hombro, y Gina cae al suelo.

El monstruo se alza sobre ella, y Mark intenta gritar para distraerlo, pero no le sale la voz, así que se pone en pie. Al hacerlo, ve el palo que usó para prender fuego a la cabaña. Uno de los extremos aún brilla con brasas. Lo agarra. El dolor en su cráneo se intensifica, pero apenas lo nota. Solo se tambalea hacia la criatura, que le da la espalda.

«No llegaré a tiempo», piensa Mark.

Pero el monstruo no mata a Gina de inmediato, aunque podría hacerlo perfectamente. Ella yace sobre la arena, sujetándose el hombro, mirándolo con desafío.

—Nunca tuviste ninguna posibilidad, Gina —balbucea la criatura, con una voz llena de triunfo—. Siempre estuviste destinada a perder. Verás, somos una fuerza que jamás morirá. Puede que creas que nos has vencido, pero en cuanto apartes la vista, volveremos a levantarnos. Somos más que inmortales, Gina. Somos eternos.

Mientras Mark se acerca por detrás, Gina parece percibirlo, pero no aparta la mirada de la criatura ni un solo instante. En su lugar, dice entre dientes:

—Puede que fueras inmortal mientras te escondías en tu mundo. Pero ahora estás en el nuestro, y por lo que veo, ya estás sangrando.

La criatura se inclina, a punto de agarrarla y despedazarla, cuando Mark le clava el palo al rojo vivo en el costado.

La criatura ruge, se da la vuelta y agarra a Mark por la cintura. Lo hace con tal rapidez que Mark no tiene tiempo de reaccionar. Antes de que pueda darse cuenta, lo ha envuelto con sus largos y delgados brazos y lo ha alzado por completo del suelo. Se siente

como si lo atrapara una prensa industrial. Si antes no estaba seguro de la fuerza descomunal del monstruo, ahora no le queda duda, mientras este empieza a apretar. Se queda sin aire de inmediato, y siente sus costillas inferiores doblarse dolorosamente hacia dentro, amenazando con perforar sus órganos. Tiene ambos brazos inmovilizados, así que intenta patear a la criatura, pero justo en ese momento esta da un tirón violento, aplastándolo aún más, y Mark siente cómo algo en su columna cede.

Grita de dolor, pero sorprendentemente, el dolor se disipa rápido. Al principio lo toma como una buena señal, pero entonces se da cuenta de que ya no puede mover las piernas.

Ni siquiera las siente.

«Me ha paralizado. Me ha roto la maldita columna.»

La criatura, que sigue apretando su abrazo mortal, lo mira con un gesto de placer perverso en el rostro. Enseña sus dientes puntiagudos en una sonrisa amplia. Están casi a la misma altura de los ojos, Mark un poco más arriba, y se retuerce desesperadamente para liberar los brazos, para romper el abrazo, para lograr siquiera una mínima bocanada de aire, pues sus pulmones ya sienten que van a estallar, al igual que sus intestinos, su hígado, sus riñones y todo lo demás dentro de él.

La criatura no deja de observarlo, absorbiendo cada emoción de su rostro, deleitándose con su agonía.

—Muere, Mark —susurra—. Desaparece de este mundo. Piérdete como el insecto inútil que eres. Tu hijo no tardará en seguirte. Sé que está cerca. Puedo olerlo.

Esas últimas palabras encienden algo en Mark. Ya está actuando por puro instinto, pero el pensamiento de Danny lo empuja a una furia primitiva. Lo que queda de su energía se convierte, en un instante, en rabia, y hace lo único que puede: se echa hacia atrás y luego lanza su cabeza hacia delante, golpeando de lleno con la frente el rostro de la criatura.

El cabezazo es tan violento que aparecen manchas negras ante sus ojos, y durante un instante, el mundo gira, y está a punto de desmayarse otra vez.

Entonces, milagrosamente, el aire entra en sus pulmones, y el dolor al expandirse es lo que lo despierta de nuevo. Aún sigue atrapado en el abrazo del monstruo, pero este ha aflojado lo suficiente como para que Mark pueda inspirar. Parpadea, alejando el aturdimiento. La criatura aún lo mira, pero parece sorprendida y algo desorientada. Un hematoma rojo oscuro está brotando entre sus ojos.

Aún dominado por esa energía instintiva, el cuerpo de Mark actúa por sí solo. Libera el brazo derecho y luego intenta sacar también el izquierdo, pero la criatura se recupera justo a tiempo para cerrar el abrazo de nuevo, inmovilizándolo.

Mark gime cuando la criatura vuelve a aplicar la presión suficiente para impedirle respirar. Entre dientes, jadea:

—Vuelve… a estar… ciego, cabrón.

Formando el gesto del diablo, le golpea justo en el puente de la nariz, y al hacerlo, le clava el meñique y el índice profundamente en las cuencas oculares. Siente cómo uno de los globos oculares estalla con un sonido húmedo.

Esta vez, la criatura ruge, y el sonido no es humano; se parece más al chillido de un raptor, y al echarse hacia atrás, suelta a Mark, que cae al suelo.

Al aterrizar sobre sus piernas, estas no responden, y se desploma de lado con un gemido de dolor en la espalda.

La criatura grita con fuerza, un alarido tan agudo que a Mark le empiezan a pitar los oídos. Se lleva las manos a los ojos sangrantes y lanza manotazos ciegos en dirección a Mark, sin alcanzarlo.

Mark se gira, notando cómo sus huesos y vísceras protestan al recolocarse. No tiene ni idea de si además de la espalda tiene algo más roto o perforado, pero al menos sus brazos siguen funcionando, y se arrastra con los codos, alejándose de la criatura.

34

CAMILLA

Danny se suelta del pezón y reclina la cabeza con un suspiro.

Camilla se acomoda el pecho antes de que pueda salpicar algo de leche restante, y luego le limpia los labios. Él ya está profundamente dormido y no lo nota.

Lo mira y siente oleadas de amor recorriéndole el cuerpo.

—No voy a dejarte nunca más, espero que lo sepas. Así que tendrás que acostumbrarte a vivir con tu madre el resto de tu vida.

Danny gruñe en sueños.

Lo envuelve en la manta y lo deja con cuidado en el asiento a su lado. Está sentada al volante del camión. Está orientado en dirección opuesta a la playa, listo para salir de allí si es necesario. Vuelve a comprobar los retrovisores, aunque no puede ver la cabaña desde esa posición.

—De verdad espero que tu padre esté bien —susurra, mordiéndose el labio.

Se siente mal por estar sentada aquí mientras los demás luchan por el destino del mundo. Pero, por irracional que parezca, su instinto maternal es más fuerte, y proteger a Danny es la prioridad. Ya estuvo a punto de perderlo una vez, y no volverá a suceder.

Sigue mirando el retrovisor cuando, de pronto, una figura salta desde la duna más cercana y corre hacia el camión. Reconoce a

Alicia y baja la ventanilla. La chica llega hasta su puerta y la mira con ojos enormes, llenos de alarma.

—Fritz —jadea—. Viene.

—¿Viene? —pregunta Camilla.

—Ajá. Lo vi. El monstruo también ha atravesado la puerta, y los demás están luchando con él. Pero Fritz se fue por su cuenta y... debió de tomar otro camino hasta aquí, y...

—Sube al camión —la interrumpe Camilla, girando la llave.

El motor ruge al encenderse mientras Alicia rodea la parte delantera. Abre la puerta y está a punto de subir al vehículo cuando Camilla enciende los faros y casi grita. Allí mismo, a seis metros, está Fritz. Está visiblemente herido, se sujeta el costado mientras se cubre los ojos con la otra mano.

Alicia da un salto y se queda paralizada al verlo.

—Vamos —susurra Camilla—. ¡Sube!

Pero Alicia no se mueve.

—Apaga esa luz —grita Fritz, agitando la mano. Y, mágicamente, sin que Camilla toque nada, los faros se apagan.

Camilla gira la cabeza para mirar a Alicia, pero la chica ha desaparecido.

—¡Mierda! —Coloca una mano sobre Danny, pone la marcha y pisa el acelerador.

Pero Fritz hace otro gesto, y el motor se apaga justo cuando el camión va a arrancar.

—¡Joder! —Camilla se apresura a desabrocharse el cinturón y coger a Danny. Cuando por fin consigue abrir la puerta, Fritz ya está allí.

En su mirada hay un destello de reconocimiento al verla.

—Mira tú, la conductora estrella del grupo.

La mente de Camilla trabaja rápido. Necesita el arma. Está en el salpicadero. Fritz no puede verla desde donde está. Pero en cuanto ella intente cogerla, la verá y se la quitará. Necesita sorprenderlo. El problema es que él no deja de mirarla.

—Puedes quedarte con el camión —dice ella—. Solo déjanos marchar.

—Espera —responde Fritz, levantando una mano—. No puedo dejarte ir.

—¿Por qué no?

—Porque no sé conducir. —Hace una mueca y murmura—: Me rompió las malditas costillas... maldito ingrato.

La vuelve a mirar.

—Los niños, ¿eh? Harías cualquier cosa por protegerlos, y de repente se vuelven contra ti. Y aun así los sigues queriendo.

Lo que dice Fritz es tan grotesco que Camilla se siente como en una pesadilla. Es como si fueran viejos conocidos que se encuentran por casualidad en el supermercado.

—Por favor, Fritz. Déjame marchar. Por Danny. Ya ha pasado por demasiado.

Fritz mira el bulto que lleva en brazos y parece considerarlo un segundo. Luego niega con la cabeza.

—Ya te he dicho que no sé conducir. Tendrás que hacerlo tú.

Cierra la puerta y rodea el camión.

Camilla vuelve a dejar a Danny en el asiento, coge el arma y forcejea con el seguro. Mark le había enseñado varias veces cómo hacerlo, y estaba segura de saberlo, pero claro, ahora que no es un simulacro, se le resiste. Mientras Fritz sube al asiento del pasajero, ella aún sigue lidiando con el seguro. Él no se ha dado cuenta porque está ocupado sujetándose el costado dolorido.

—Enciende el motor —le ordena—. Tenemos que irnos.

Justo cuando Camilla logra liberar el seguro, Fritz gira la cabeza hacia ella.

Se da cuenta del peligro una fracción de segundo antes de que ella pueda disparar. Y entonces ella no puede hacerlo.

—Madre mía —exclama Fritz—. No sabía que tenías un arma...

Camilla hace un esfuerzo desesperado por apretar el gatillo, pero es como si estuviera soldado. Resopla e intenta de nuevo. Los brazos le tiemblan por el esfuerzo, pero no sirve de nada.

El rostro de Fritz se ensombrece.

—No me puedo creer que ibas a dispararme. Te habría dejado ir, tarde o temprano. A ti y a tu hijo. Pero ahora... —Niega con la cabeza—. ¿Sabes qué? Te voy a dar una lección, Camilla.

—No —dice ella, apuntando el arma hacia el techo—. No, Fritz.

—Sí —dice él—. Si quiero poder confiar en ti, necesito saber que me tienes miedo. Que hablo en serio —Abre los brazos—. ¡Has intentado pegarme un tiro en la cara! He crucificado a gente por cosas mucho menores.

—Fritz, no hagas esto. Quédate con el camión.

—No... sé... conducir —repite, silabeando.

—Vamos a acabar con esto.

Mueve un dedo, y Camilla siente manos invisibles que toman el control de su brazo. Levanta el arma y apunta a Danny.

—¡No! —grita, intentando con desesperación apartar el brazo, apuntar en otra dirección. No puede, así que en su lugar cubre el cañón con la otra mano—. ¡No, no, no! ¡Fritz, por favor! —Lo mira suplicante—. Te lo ruego. ¡Dispárame a mí!

Rex empieza a ladrar desde atrás.

Fritz mira brevemente hacia atrás y luego se encoge de hombros.

—¿Y quién conducirá el camión entonces?

La total ausencia de emoción en su voz hace que Camilla se asuste aún más. Ya no le queda la menor duda de que Fritz está dispuesto a hacerle matar a Danny solo para asegurarse de que le obedecerá en el futuro. Intenta otra vez apartar el arma, levantarse del asiento, hacer cualquier cosa, pero Fritz la mantiene completamente inmovilizada. Tiene el control total sobre ella.

Debido a los gritos de Camilla, Danny empieza a despertarse. Se mueve y gruñe.

—Ahora, despídete de él —dice Fritz, moviendo de nuevo el dedo.

—¡Nooo! —grita Camilla, y aprieta el gatillo.

El arma hace clic.

Fritz suspira.

—¿No la habías cargado? No pasa nada, ya te lo enseño.

Controla sus manos y la hace cargar el arma. Justo cuando la gira de nuevo hacia Danny, Camilla ve a Alicia. Está fuera del camión, con la cabeza junto a los pies de Fritz.

Justo cuando Camilla vuelve a levantar el arma, Alicia abre la boca y muerde con fuerza el tobillo de Fritz.

Él da un alarido, se retuerce y se gira para ver qué ha sido.

Y Camilla recupera el control de su cuerpo al instante.

—¡Tú! —ruge Fritz—. ¡Maldita cría de...!

Entonces, como recordando que Camilla tiene un arma, se da la vuelta. Y en ese momento, Camilla le dispara dos veces en el pecho.

Fritz se queda con cara de sorpresa por un instante. Luego se desploma, casi cayendo encima de Danny. Camilla suelta el arma y lo aparta con fuerza. Con un gemido, Fritz cae hacia atrás y se desploma fuera del camión.

—¿Alicia? —llama Camilla, cogiendo a Danny, que ahora grita. Apenas puede oírlo—. ¿Alicia, cariño? ¿Estás bien?

Durante un instante aterrador, teme haber disparado también a Alicia. Ella estaba justo detrás de Fritz, y aunque el ángulo era erróneo, una bala podría haberse desviado y...

Y entonces Alicia aparece en la puerta. Mira primero a Fritz, luego a Camilla.

—Dios mío —murmura Camilla, meciendo a Danny, liberando el inmenso shock de haber estado a punto de matar a su propio hijo—. Ya está, cariño. Tranquilo. Mamá está aquí.

—¿Está bien? —pregunta Alicia, mirando a Danny—. ¿Está herido?

—No, solo llora por el disparo.

—Bien —asiente Alicia, mirando una última vez a Fritz. Ya no se mueve ni hace ruido.

—Gracias —dice Camilla—. Gracias, gracias, Alicia.

La chica la mira de nuevo y sonríe.

—No hay de qué. Se lo debía.

35

GINA

Tan pronto como el monstruo se vuelve hacia Mark, Gina va a por el arma.

Es la única forma de matarlo.

Avanza a gatas, primero en una dirección, luego en otra, entrecerrando los ojos para ver. El arma no está a la vista, pero debe de estar cerca. Sigue arrastrándose, alejándose cada vez más de la luz, buscando desesperadamente entre la arena.

A su espalda, escucha a Mark soltar un gemido de dolor, y la criatura empieza a hablarle. Gina echa un vistazo atrás: la criatura lo sujeta en un abrazo de oso. Su instinto le grita que corra a ayudarlo, pero sabe que sería inútil. Sin el arma, están muertos los dos, igual que Nick.

—Gina...

Una voz débil surge desde la oscuridad.

—¿John?

—Aquí —responde—. La sentí. Cayó justo a mi lado. Tómala.

Gina se arrastra rápidamente en dirección a su voz. Lo encuentra tendido de espaldas, sujetando el arma cubierta de arena. Parece herido, pero no sangra. Al menos, no por fuera.

—Mátalo —le dice entre dientes—. Rápido.

Gina arranca el arma de su mano y se pone en pie. El hombro derecho le palpita con violencia; si sobrevive a la noche, no podrá

usar el brazo al día siguiente. Pero ahora mismo, la adrenalina le da la fuerza suficiente para levantar el arma mientras corre hacia el monstruo.

No tiene idea de cuántas balas ha disparado ya, pero sabe que no deben de quedar muchas. Tres, si tiene suerte. Así que debe aprovecharlas. Cualquier disparo que no sea a la cabeza o al corazón no servirá de nada.

Para su sorpresa, el monstruo ha soltado a Mark y él sigue con vida. No parece interesado en volver a cogerlo; de hecho, se tambalea alejándose de él, llevándose las manos al rostro.

«¿Qué le ha hecho?»

Cuando la criatura se vuelve hacia ella, más por casualidad que por haberla sentido llegar, se quita las manos de la cara y abre los ojos. Ambos sangran, y uno parece perforado. El otro debe de seguir funcionando, porque se enfoca en Gina, y su rostro se transforma en una máscara de furia absoluta.

Con un grito inarticulado, se lanza hacia ella. Gina dispara dos veces. Una de las balas se incrusta en su clavícula. La otra le arranca un trozo de oreja. Ninguna lo detiene.

La alcanza en un suspiro, y entonces muerde.

Sucede más rápido que un parpadeo.

Un momento, el arma está ahí. Al siguiente, ha desaparecido. Y también su mano.

Gina mira, atónita, los huesos de su antebrazo sobresaliendo del muñón ensangrentado. La criatura gira la cabeza de lado y escupe el arma junto con su mano. Luego se lanza de nuevo sobre ella, la derriba y cae encima.

Usando ambos brazos, forma una cruz frente a su cara, consiguiendo apenas detener al monstruo bajo la mandíbula mientras éste chasquea los dientes a centímetros de su nariz. Al sentir su peso aplastándola, Gina nota que es mucho más pesado y fuerte de lo que parece, y sabe que no podrá retenerlo.

Su propia sangre, cálida y espesa, brota a chorros del lugar donde hasta hace segundos tenía la mano derecha, salpicándole el cuello y el rostro. Gira la cabeza de lado para evitar que le entre en los ojos y la boca.

Gina hace lo único que puede: le da una patada fuerte en la entrepierna. No tiene idea de si la criatura tiene genitales. Si siquiera puede considerarse macho.

Pero por su reacción, claramente ha alcanzado algo sensible, porque el monstruo lanza un chillido agudo y echa el torso hacia atrás. Gina vuelve a patear, pero esta vez la criatura está preparada y aprieta las piernas, atrapándole el tobillo.

Luego se inclina de nuevo sobre ella, con la barbilla aún apoyada en los brazos cruzados de Gina, y la mira con ojos desquiciados y ensangrentados, solo uno de ellos aún funcional. Al acercarse, Gina lo observa fijamente, asimilando la visión horrenda, y comprende que eso será lo último que verá. En un segundo, la criatura le arrancará la cara de un bocado o le desgarrará la garganta, y morirá.

Cuando la criatura abre su enorme boca, mostrando los dientes, las encías rosadas y, al fondo, la abertura de una garganta blanda y viscosa, Gina cierra los ojos y obliga al tiempo a detenerse. No en la realidad física, sino en la de su mente. Llama a sus hijos, los evoca con sus rostros alegres, despreocupados, con esas sonrisas inocentes y descaradas que tenían antes de que todo esto ocurriera.

Se impregna de cada uno de sus detalles, y eso la llena de un amor y una alegría tan radiantes, que todo lo demás se desvanece: el dolor, el miedo, la adrenalina... y está lista.

Entonces ocurre.

Se oye una voz.

Anton.

Al principio, Gina está convencida de que lo oye en su memoria. Pero no recuerda haberle oído decir esas palabras exactas.

—Esto es por mi hermano.

Gina abre los ojos de nuevo, y la realidad la invade como una ola.

Lo único que ve es la boca abierta del monstruo, su aliento cálido y su saliva pegajosa cayendo sobre ella.

Pero entonces, al parecer al oír las palabras de Anton, la criatura gira la cabeza, y su expresión de triunfo se transforma en sorpresa lúgubre.

Gina ve a su niño, a su único hijo con vida, allí de pie. Su rostro es una piedra. Su mano sostiene el arma ensangrentada, cubierta de arena. Y no tiembla ni un milímetro.

—Esto es por Victor —dice Anton.

Y aprieta el gatillo.

Gina ve el fogonazo, el retroceso del brazo de Anton, y la erupción escarlata que brota de la parte trasera del cráneo del monstruo mientras cae al suelo. El peso se libera de su pecho.

Entonces llega el sonido, golpeando sus tímpanos, reduciendo su audición a un zumbido bajo, no muy distinto al del océano.

Gina toma una última y profunda bocanada de aire, lo suelta…

y se apaga.

36

GINA

Mientras observa las calles deslizarse al otro lado de la ventanilla del autobús, la mente de Gina vuelve una y otra vez a lo que acaba de vivir.

Sigue oyendo el crujido de la clavícula del skater al estrellarse contra el suelo. Sigue sintiendo las manos de la mujer alrededor de su cuello, antinaturalmente fuertes, estrangulándola.

Pero sobre todo, lo que la persigue es la imagen de la chica joven con la mochila.

Podría haber sido perfectamente uno de mis hijos.

Tan solo pensar en Victor o Anton quedándose ciegos y perdiendo la cordura hace que Gina se estremezca y emita un sonido involuntario.

La chica del asiento de enfrente se vuelve hacia ella.

—Lo sé, ¿verdad que es de locos?

Asiente hacia la pantalla colgada del techo del autobús. Están emitiendo imágenes del centro de la ciudad. Coches de policía y ambulancias por todas partes, escombros y bolsas para cadáveres cubren las calles. El titular dice: «¡Caos y asesinatos masivos en tres ciudades!»

—Todavía no saben qué lo ha causado —prosigue la chica—. O al menos no lo dicen.

—Yo sí lo sé —responde Gina—. Sé lo que lo ha causado.

Algo extraño sucede en su mente al pronunciar esas palabras. Como si una película saltara varios fotogramas.

La chica la mira, ladeando la cabeza.

—¿Ah, sí? ¿Qué ha sido?

—Son esas… entidades malignas. Pero en realidad son parte de nosotros. Nuestro miedo más oscuro, nuestro odio más profundo.

La chica alza las cejas con una expresión exagerada de sorpresa.

—Vaya, uhm, vale. Si tú lo dices.

Suena su móvil y responde de inmediato:

—¿Mamá? Sí, ya voy. No no, estoy bien.

«Qué raro», piensa Gina. «Ha pensado que estoy loca.»

Parpadea y vuelve a mirar por la ventanilla. Esta parte de la ciudad parece completamente normal. Coches aparcados ordenadamente. Peatones caminando. Ventanas intactas. Un contraste chocante con las imágenes de la televisión.

Gina aún no puede creer que mintiera a las autoridades. Pero no podía arriesgarse a quedarse encerrada en esa sala durante horas. Ha visto suficientes series policiacas como para saber lo que significa cuando te llevan a un cuartito con dos agentes trajeados frente a ti.

Tenía que ir a por sus hijos. Siempre han sido su prioridad. Siempre lo serán. Al parecer, incluso la seguridad nacional queda por debajo de eso.

Cierra los ojos brevemente, y la sensación de salto en el tiempo vuelve, esta vez con más intensidad.

Vuelve a abrirlos y se encuentra fuera del autobús.

En cuanto el vehículo se aleja, Gina cruza la calle y entra corriendo en el patio del colegio. Allí los ve, sentados en las escaleras de la entrada principal. Anton está jugando con el móvil y Victor se concentra en equilibrar un palo sobre el dorso de su mano.

El corazón de Gina da un brinco de alivio mientras corre hacia ellos.

—¡Dios, cuánto me alegro de veros!

Se agacha para cubrirles las mejillas de besos, algo que ellos odian que haga en público. Pero ahora mismo a Gina le da absolutamente igual. Y, probablemente por la situación, tampoco protestan.

—¿Estás bien, mamá? —pregunta Anton, guardando el móvil—. Nos han dicho que el padre de Frederik estaba trabajando allí cuando pasó todo, y que no saben si está bien.

—¡Y la abuela de Lisa, de séptimo, se murió!

—Estoy bien, no me pasó nada —les asegura Gina—. La policía vino y me ayudó.

—¿Pero la policía puede ayudarnos de verdad? —pregunta Victor.

Gina lo mira, pensando: «Eso no fue lo que dijo. Me preguntó otra cosa.»

—Quiero decir, tú misma lo dijiste —continúa Victor—. Que depende de nosotros pararlo.

—Escuchadme —dice Gina, deteniéndose. Los coloca frente a ella para mirarlos, no necesita agacharse; han crecido tanto este último año.

—Lo que ocurrió —empieza, y luego se corrige—. Lo que va a ocurrir… cambiará el mundo para siempre. Nos cambiará a nosotros.

—Pero, mamá…

—Déjame terminar. Nos destrozará, y luego nos unirá más que nunca, y después… después volverá a destrozarnos. Para siempre.

Esas últimas palabras apenas son un susurro, cuando Gina de pronto comprende lo que está diciendo. De algún modo, sabe lo que va a pasar. Puede ver el futuro porque…

—Ya ha pasado —murmura.

Victor y Anton intercambian una mirada como si pensaran que su madre se ha vuelto loca.

«Todo esto. Ya ha pasado. Y también el futuro. Por eso sé lo de las fuerzas malignas.»

Mira a sus hijos, que la observan con atención. Pero no lo saben. No tienen ni idea.

Piensa un momento, elige las palabras. Su promesa de honestidad incluye también a sus hijos. Decidió hace tiempo, cuando empezaron a hablar y a comprender el mundo, que no quería mentirles salvo que fuera absolutamente necesario. Incluso las cosas difíciles se sobrellevaban mejor si se hablaban abiertamente.

La única gran mentira entre ellos era la de su padre.

Y la contará. Pronto.

Pero no puede contarles lo que va a suceder. Que Victor morirá.

Así que Gina respira hondo.

—Escuchad —dice—. Hoy no vamos a preocuparnos por lo que pasó. Vamos a pasarlo bien. Estar juntos, como familia. Hacer algo divertido. ¿Os parece bien?

Los dos dudan un instante, pero cuando se dan cuenta de que habla en serio, se les iluminan las caras como cuando eran pequeños y llegaba la Navidad.

—¿Entonces? —pregunta Gina—. ¿Alguna idea?

—¡Bolera! —dice Anton.

—¡Laser tag! —dice Victor.

Gina mira su reloj.

—Si nos damos prisa, da tiempo a las dos. Pero antes, ¿qué tal una hamburguesa?

—¡Genial! —dice Victor—. Me muero de hambre.

Se dirigen al restaurante de la siguiente manzana. Anton comienza a hablar de otras cosas: a qué nivel va en su juego online, lo que hizo en el recreo. Es algo inusual...

«y no es lo que ocurrió...»

porque Anton nunca fue el charlatán. Y, sin embargo, ahora es Victor quien camina en silencio junto a Gina, mirando al suelo.

—Un céntimo por tus pensamientos, Vic —dice ella.

Victor levanta la mirada. Luego sonríe.

—Estaba pensando… Estoy orgulloso de ti, mamá.

Las palabras la hacen detenerse en seco. Victor también se detiene. Anton no se da cuenta y sigue caminando.

La mira, entrecerrando un ojo por el sol. Sonríe.

—Por todo lo que has pasado. Lo hiciste muy bien.

—Gracias, cariño. Hice lo que pude.

Suspira, sin dejar de sonreír.

—Va a ser un día divertido. Ojalá no tuviera que terminar nunca.

Gina siente que se le llenan los ojos de lágrimas.

—Ojalá.

La expresión de Victor se vuelve solemne.

—Pero ya ha terminado, ¿verdad?

—Supongo que sí.

Victor lo piensa un instante.

—Pero, pensándolo bien, ¿quién dice que no podamos hacerlo durar para siempre?

Cuando Anton por fin se da cuenta de que se han parado, se vuelve.

—¡Eh! ¿Venís o qué?

Victor asiente hacia su hermano.

—Me alegro de que no se lo hayas dicho. No necesita saberlo.

Gina lo abraza con fuerza, y ya no puede contener las lágrimas. Ella también desea que este día dure para siempre. Desea con todas sus fuerzas no soltar nunca más a Victor.

—No deberías tener miedo de que ocurra algo malo, mamá —susurra él—. Solo necesitas saber qué hacer si ocurre.

—¿Mamá?

La voz de Anton. No viene de detrás, sino de algún lugar más alto.

El sueño se disipa poco a poco, y Gina despierta.

Parpadeando, ve el rostro de Anton sobre el suyo. Su expresión es una mezcla perfecta de esperanza y ansiedad.

—¿Estás despierta, mamá?

Gina intenta responder que sí, pero no encuentra la voz. En su lugar, asiente levemente y parpadea.

Anton suelta un suspiro tembloroso.

—¿De verdad estás despierta? ¿En serio?

«En serio, piensa Gina, asintiendo de nuevo.»

Están en el interior de algún lugar. Una luz suave entra por la ventana.

—¡Oh, mamá! —se lanza sobre ella en un abrazo feroz—. ¡Me alegro tanto de que hayas vuelto! John no paraba de decir que te despertarías, pero yo estaba preocupado. Dijo que es normal dormir varios días después de ese tipo de trauma, pero yo…

Anton se interrumpe.

—Voy a avisar a los demás. Ahora vuelvo.

Sale corriendo de la habitación.

Gina se queda allí, contemplando el lugar. La cama es muy cómoda. El cabecero está un poco elevado.

«¿Es esto… un centro para enfermos terminales?»

Al mirar por la ventana, ve un gran césped verde y un jardín con flores. La hierba necesita un buen corte. Dos mirlos machos se están peleando.

Entonces nota una extraña sensación en la mano derecha. Intenta levantarla y descubre que apenas tiene fuerza. Consigue alzarla apenas por encima de la manta, y se sorprende al ver que le falta la mano. En su lugar, hay un vendaje blanco enrollado alrededor del brazo.

«Vaya. Así que de verdad ocurrió.»

Sospecha que todo lo demás también fue real, aunque todo se sienta como una pesadilla de un pasado lejano. Tal vez ha sido el extraño sueño que acaba de tener lo que ha alterado su percepción del tiempo.

Anton regresa a la habitación. Sus ojos se dirigen inmediatamente al rostro de Gina.

—Oh, bien. Sigues despierta.

Se da la vuelta con entusiasmo.

—¡Venid!

Entran Lisa, Nora, Alicia y John, que lleva ambos brazos en cabestrillos. Después entra Mark, sentado en una silla de ruedas. Está sonriendo.

—Me alegro de verte, Gina.

Camilla viene tras él, llevando a Danny en brazos. El niño parece visiblemente mayor que la última vez que Gina lo vio. También está Rex, que se acerca a lamerle la única mano que le queda.

—¿Cuánto tiempo…? —pregunta Gina, gratamente sorprendida de oír su propia voz, aunque tan ronca que apenas parece suya.

—Han pasado seis días —responde Anton enseguida. Y hablando de parecer mayor, su hijo parece haber crecido varios centímetros. Se parece más a un adulto que a un niño.

—¿Recuerdas lo que ocurrió? —pregunta Mark.

Gina reflexiona un momento.

—Casi todo.

—Lo matamos, mamá —dice Anton con una sonrisa radiante—. Detuvimos al monstruo. Lo cambió todo. El hangar se ha vaciado por completo. Toda la gente que se quedó allí ha desaparecido. Fuimos a

comprobarlo —Extiende los brazos—. Ya no vienen a matarnos. Y casi todos los ciegos han muerto.

—O al menos eso creemos —interviene John, con su habitual tono sobrio—. Aún es pronto, pero parece que Anton podría tener razón. Da la impresión de que, ahora que Fritz y el monstruo han desaparecido, se ha roto algún tipo de hechizo.

—¿Fritz también? —susurra Gina.

—Ajá —dice Anton—. Camilla le disparó.

Camilla no parece tan orgullosa como Anton al decirlo, pero asiente brevemente en señal de confirmación.

Gina observa sus rostros y se da cuenta de que falta uno.

—¿Nick?

Esta vez, Anton no se apresura a contestar. En lugar de eso, mira a Nora. La joven respira hondo y dice:

—Murió. El monstruo lo mató.

—Lo siento mucho.

Y entonces lo recuerda. Ver morir a Nick. Recuerda su propia vacilación. Cuando John se lanzó por primera vez contra la criatura, logró lo impensable: sujetarla durante unos segundos con una llave de brazo. Gina podría haber disparado en ese momento. Vaciarle el cargador. Probablemente lo habría matado. Pero también habría matado, sin duda, a John. Por eso dudó. Y, por esa duda, John sigue vivo… pero Nick está muerto.

Una vida por otra. Otra muerte que llevará en la conciencia hasta el fin de sus días.

Solo cuando el monstruo estuvo a punto de matar también a Nora, Gina se atrevió a disparar. Por suerte, no llegó a herirla. Y se consuela pensando que Nick la habría comprendido. Que habría aceptado morir si eso significaba salvar a su hermana.

—John se rompió el otro brazo —añade Mark—. Nora tiene unos buenos moratones. Yo no jugaré al fútbol en una temporada. Y tú… —señala las vendas en el brazo de Gina—. Vas a tener que aprender a limpiarte el culo con la izquierda. ¡Por lo demás, estamos todos bien!

Todos sueltan una carcajada.

Entonces Gina pregunta:

—¿Fantasmas?

—Han desaparecido —responde Anton sin más—. El cielo ya no está roto, mamá. Incluso los que no somos inmunes, podemos mirarlo sin problemas. ¿Y sabes qué es lo mejor? Está ocurriendo en todo el mundo. Mira esto…

Saca su móvil, busca una imagen y se la muestra.

Es una foto bastante desagradable tomada en la playa. Muestra al monstruo tumbado de lado, con la cabeza reventada, sangre oscura y materia gris esparcidas por la arena.

—Dios… —murmura Gina, al tiempo que la imagen la arrastra de nuevo al recuerdo de aquella horrible y decisiva noche. Oye disparos, gritos, fuego… y la voz del monstruo:

—Nunca tuviste una oportunidad, Gina.

—Quizá deberías darle un respiro a tu madre —sugiere Camilla—. Puede que sea demasiado para asimilar.

—Oh, claro, perdón —murmura Anton, retirando el móvil—. Es solo que subí esta foto a Internet. Y se ha vuelto viral. Está en todas partes. ¿Ves, mamá? Es la prueba de que los monstruos pueden morir. Y ha hecho que otros grupos del mundo hagan lo mismo.

Anton está tan emocionado que apenas puede contenerse.

—Los están matando, mamá. Y luego lo cuelgan en la red. Esta mañana apareció el número cinco. En Brasil. Era una hembra; algunas lo son. ¿No es alucinante?

Gina asiente.

—Es una gran noticia.

—Creo que tuvimos suerte —interviene John—. La criatura que matamos no estaba del todo desarrollada. Por lo que se ve en otras muertes, algunos monstruos eran incluso más grandes y fuertes. Mucho más difíciles de eliminar. Ya han muerto miles de personas valientes, y seguro que morirán más. Todavía quedan muchas de esas criaturas por ahí.

—Pero la resistencia se está volviendo más lista también —dice Anton—. Ya no se enfrentan a ellas cara a cara como hicimos nosotros. A la de Brasil, la encerraron en algún sitio y luego le pasaron un camión por encima. Le aplastaron el cráneo. Y otra, creo que en China, volaron el edificio donde se escondía y lo

derrumbaron sobre ella. La encontraron entre los escombros, hecha trizas.

Gina observa a Anton. Apenas lo reconoce. Aún debe llevar a cuestas la pena por su hermano, sin duda, pero vuelve a ser él mismo. Y eso la llena de orgullo.

—¿Quién me salvó? —pregunta.

Anton sonríe.

—Yo. John me guió. Menos mal que teníamos todo el material de emergencia listo.

—Gracias —susurra Gina, mirando de su hijo a John—. Gracias a los dos.

John sonríe, algo que Gina no había lo visto hacer a menudo, y Anton le aprieta la mano. Un instante de silencio atraviesa la habitación.

—Tengo bastante sed —dice Gina.

—Claro —responde Nora—. Voy a por un zumo. ¿Quieres también algo de comer?

—Sí, por favor.

—Creo que deberíamos dejar descansar a Gina —dice John, y Gina le agradece la sugerencia. Está feliz de verles a todos, pero también muy cansada. En cuanto coma algo, sin duda volverá a dormirse.

—Yo también me voy —le dice Anton, cuando los demás ya se han marchado—. Pero estaré cerca, así que si necesitas algo, solo tienes que llamarme. ¿Vale?

—Vale. Gracias, cariño.

Anton se inclina y le besa la frente.

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero.

Deja la puerta entreabierta.

Gina vuelve a quedarse sola en el silencio.

No puede evitar regresar mentalmente a la playa. Recuerda lo que le dijo el monstruo. Que volverá, sin importar lo que hagan.

Puede que sea cierto. Pero entonces, ¿qué fue lo que le dijo Victor en el sueño?

«Victor.»

Pensar en él le hace doler el alma. De verdad se ha ido.

—No deberías tener miedo de que ocurra algo malo, mamá —susurra la voz de su hijo en su memoria—. Solo tienes que saber qué hacer si ocurre.

Gina vuelve a mirar por la ventana y sonríe, mientras una lágrima le recorre la mejilla.

Curiosamente, el sueño le ha dejado una profunda paz interior. Como una señal de una inteligencia más profunda en su interior. Una promesa de que, aunque el mundo sigue en caos, no está roto. Y de que el futuro aún es posible.

Pero no solo eso.

El mensaje más importante del sueño tenía que ver con su hijo.

Una certeza tranquila de que Victor está a salvo y rodeado de amor.

Dondequiera que esté.

GRACIAS

No puedo creer que haya terminado.

En 2020, cuando empecé a escribir esta serie, no tenía ni idea de adónde me llevaría ni cómo acabaría. Sí sabía, sin embargo, que sería la serie más grande y más larga que hubiera escrito jamás. Y eso se ha cumplido. Pero nada más de lo que ocurrió en esta historia habría podido preverlo.

Sabía que quería una protagonista femenina fuerte. Nunca había creado una antes, y he leído muy pocas historias protagonizadas por mujeres. Cuando aparecen, a menudo se comportan como hombres con peluca, dando patadas a otros hombres. Pero esa no era la fortaleza que quería para Gina. Quería que fuese valiente y peligrosa, sí, pero sobre todo que el amor fuese su fuente de poder.

En la superficie, pueden parecer que los músculos y las armas gobiernan el mundo, pero si uno se fija bien, creo que el amor de una madre es mucho más poderoso. Puede construir o destruir a cualquiera. Incluso puede, y probablemente algún día lo hará, determinar el destino de la humanidad.

Supongo que ese fue el mensaje subyacente de esta historia, aunque soy muy cauteloso con los mensajes, porque no me gusta cuando la ficción se pone demasiado aleccionadora.

Hay un par de personajes más sobre los que me gustaría hablar: Mark y Tommy. Junto con Gina, los considero los Tres Originales. La

verdad es que no esperaba que todos llegaran al final. Si me hubieran obligado a apostar, habría dicho que Mark sería el primero en caer. Estaba convencido de que iba directo al desastre, pero, para mi sorpresa, consiguió darle la vuelta.

Muchos lectores me han escrito diciendo que al principio no les gustaba, pero que acabaron cogiéndole cariño. No tenía intención de hacerle antipático, simplemente me pareció interesante explorar la infidelidad como un defecto humano. Me identifico profundamente con todos mis personajes, y Mark no es una excepción. Yo nunca crucé las líneas que él cruzó, pero entiendo qué le llevó a hacerlo. Siempre supe que su actitud temeraria y distante no era más que una forma de huir del compromiso.

Tommy es probablemente el personaje más trágico que he escrito. En cierto modo, su historia es más oscura que la de personajes como Thorn o Fritz, por nombrar a un par, porque a diferencia de ellos, Tommy sí tuvo la oportunidad de salvarse… pero no la aprovechó.

Esto también fue una sorpresa para mí. Desde el principio sabía que era un chico inteligente, y pensaba que acabaría resolviendo todo. De hecho, imaginé que se convertiría en el cerebro del grupo de supervivientes, gracias a su pasión por la ciencia. Me rompía el corazón cada vez que daba un paso más hacia la oscuridad, hasta que quedó claro que ya no habría vuelta atrás.

Me alegra que al menos tuviera un final algo feliz. O, como mínimo, con algo de redención.

En fin, estoy encantado de que hayas llegado hasta el final conmigo. Eso significa mucho. Sé que no todos los lectores lo hicieron. Aunque probablemente esta sea mi serie más popular, también se volvió difícil de clasificar a medida que avanzaba. Mezcla géneros, introduce elementos que yo mismo no esperaba. Estoy seguro de que no fue del gusto de todo el mundo.

Sentía que no tenía otra opción que seguir por donde la historia me llevaba. Así que el hecho de que estés aquí, leyendo esto, al menos significa que querías saber cómo acababa todo.

Y dicho esto, espero que estés satisfecho. Yo sé que lo estoy. O mejor dicho: estoy agotado.

Haber dejado que esta gran historia, con todos sus personajes, pasara a través de mí y se convirtiera en palabras ha sido un privilegio, pero también un esfuerzo enorme. Creo que ahora me voy a echar una buena siesta.

Una última cosa: si aún no has leído la precuela gratuita, Dioses Ciegos, puedes conseguirla en cuanto te apuntes a mi boletín en **nick-clausen.com/gratis**

Cuenta lo que ocurrió seis años antes de la grieta en el cielo. Además, el boletín es la mejor manera de ponerte en contacto conmigo y estar al tanto de lo que hago.

Si te apetece escribirme un correo y contarme qué te pareció el final, no te cortes. Pocas cosas me gustan tanto como recibir mensajes de quienes han leído mis libros.

Entonces… ¿adónde vamos ahora?

Siempre intento que mi próxima historia sea la mejor que he escrito. No tengo ni idea de lo que me deparará el futuro, porque no suelo (ni puedo) planear nada. Pero te prometo esto: nunca dejaré de escribir.

Hasta entonces, quizá quieras echarle un vistazo a alguna de mis otras series:

CARNE MUERTA

Mi primera serie larga sigue el apocalipsis zombi desde el mismo brote inicial. La historia del origen probablemente no sea como nada que hayas leído antes.

Sentí que el enfoque típico de "experimento militar que salió mal" ya estaba muy trillado, así que decidí probar algo que nunca había visto antes: vudú.

Y resultó funcionar muy bien. Carne Muerta es, sin duda, una de las favoritas de los lectores.

nick-clausen.com/carne-muerta

CADÁVER

Ambientada en Noruega durante el crudo invierno, también es una historia de zombis, pero desde una perspectiva muy distinta.

Gira en torno a una criatura ancestral llamada draug, que, si no has oído hablar de ella, te va a sorprender.

Si ya has leído Carne Muerta, entonces Cadáver es el siguiente paso natural.

Disponible en: **nick-clausen.com/cada**

Gracias de nuevo por leer.

Espero que volvamos a encontrarnos pronto.

—Nick